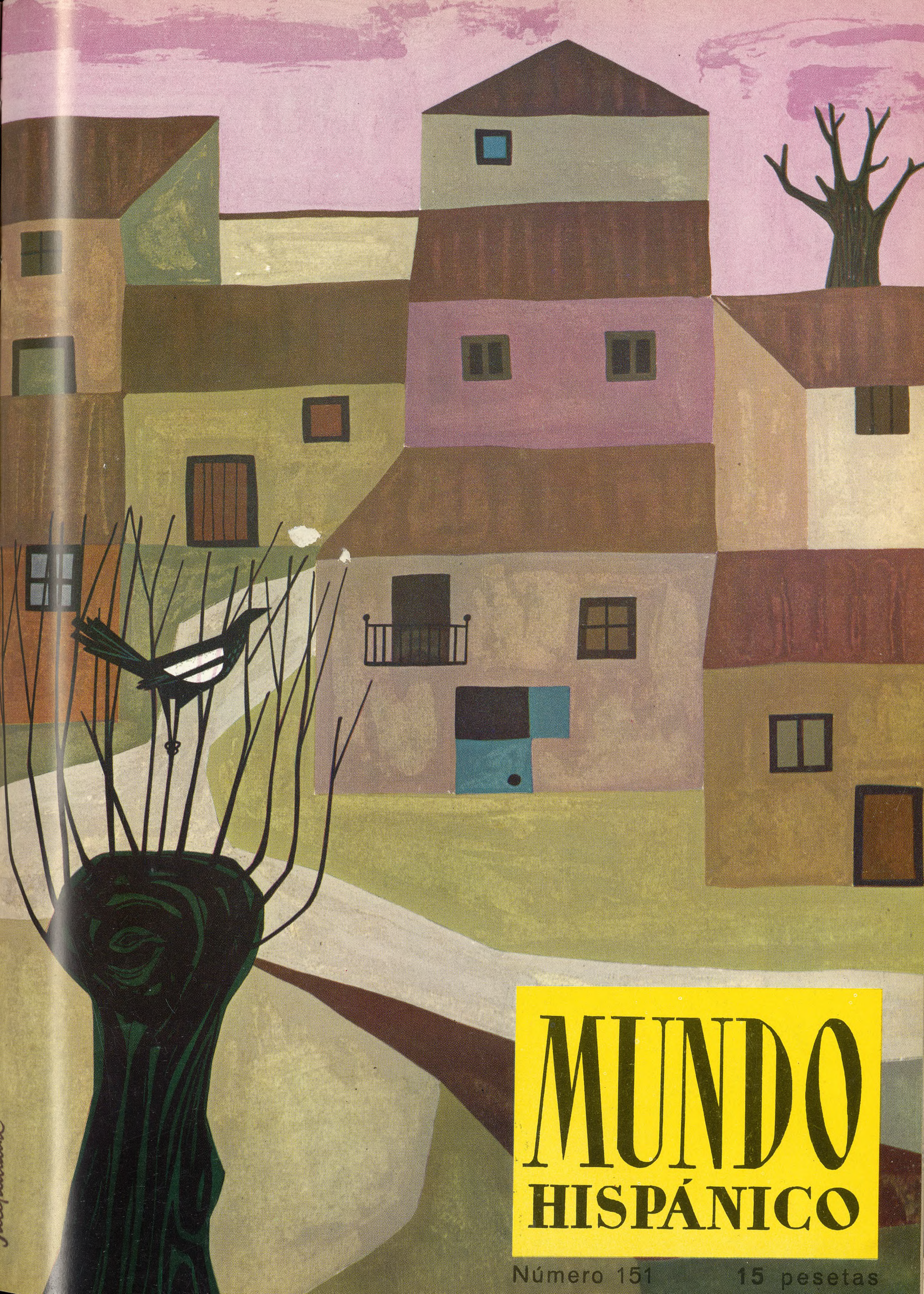




MUNDO HISPÁNICO

Número 151

15 pesetas

RETRATOS



ESTUDIO DE PINTURA DE
JOSE DEL PALACIO

Logramos de un mal retrato fotográfico un buen cuadro,
al óleo, pastel o acuarela

MINIATURAS SOBRE MARFIL, PAISAJES, MARINAS, BODEGONES,
COPIAS DE CUADROS DEL MUSEO DEL PRADO, RESTAURA-
CION DE CUADROS Y CLASES DE DIBUJO Y PINTURA

VISITE NUESTRA EXPOSICION
PELIGROS, 2 MADRID



con

GILBEY'S GIN



siempre vermout

CINZANO

seco



VUELE

DIRECTAMENTE

A

SAN JUAN



BOGOTA



QUITO

LIMA



Azafata de
Ruana Roja
símbolo de
buen servicio

**SALIDA TODOS
LOS VIERNES**

AVIANCA

AEROVIAS NACIONALES DE COLOMBIA
Primera en las Américas

Consulte a su Agencia de Viajes
o a nuestros Agentes Generales:

PAN AMERICAN WORLD AIRWAYS

Madrid: Edificio España, Pl. España - Tel. 41 42 00
Barcelona: Mallorca, 250 - Tel. 37 00 03

MUNDO HISPÁNICO

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Avenida de los Reyes Católicos, Ciudad Universitaria. Madrid-3

TELEFONOS:

Dirección 44 02 48
Administración 43 92 79
Administración y Redacción..... 44 06 00

DIRECCIÓN POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS:

Apartado de Correos 245 - Madrid

EMPRESA DISTRIBUIDORA:

Ediciones Iberoamericanas (E. I. S. A.). Pizarro, 17 - Madrid

IMPRESO EN LA FÁBRICA NACIONAL DE MONEDA Y TIMBRE

ENTERED AS SECOND CLASS MATTER AT THE
POST OFFICE AT NEW YORK, MONTHLY: 1959
NUMBER 144. ROIG. NEW YORK «MUNDO HIS-
PANICO». SPANISH BOOKS, 576, 6th Ave. N. Y. C.

PRECIOS:

ESPAÑA.—Ejemplar: 15 pesetas.—Suscripción semestral: 85 pesetas.—Suscripción anual: 160 pesetas.—Suscripción por dos años: 270 pesetas.

AMÉRICA.—Suscripción anual: 5 dólares.—Suscripción por dos años: 8,50 dólares. Suscripción por tres años: 12 dólares.

ESTADOS UNIDOS Y PUERTO RICO.—Sobre el precio de suscripción: 1,50 dólares por año, de gastos de franqueo.

EUROPA Y OTROS PAISES.—Sobre el precio de suscripción: por año, 60 pesetas por gastos de franqueo sin certificar, ó 120 pesetas por gastos de franqueo certificado.

LA ARGENTINA en "Mundo Hispánico"

PIDA ESTE EXTRAORDINARIO ANTES QUE SE AGOTE A

Administración de "Mundo Hispánico", Avenida de los Reyes Católicos,
Ciudad Universitaria - Madrid - 3

LIBROS ESPAÑOLES



HISTORIA GENERAL DE LAS CIVILIZACIONES

Todas las épocas del Mundo. Todos los Países.

Todas las clases Sociales.

I. Oriente y Grecia antigua.—II. Roma y su tiempo.
III. La Edad Media.—IV. Los siglos XVI y XVII.—V. El
siglo XVII. Los 5 tomos editados y encuadernados a todo
lujo, 44 dólares, que rogamos cheque y se envían los
4 tomos aparecidos y el 5.º en breve, cuando salga, sin
más gastos.

SERVIMOS TODA CLASE DE LIBROS ESPAÑOLES

CREDITO EDITORIAL HERNANDO

Carretas, 21 primero

Apart. 1003 - Madrid

BALDOVINOS y FABIOLA

Las revistas que, como MUNDO HISPANICO, tienen periodicidad mensual han de renunciar de ordinario a la sabrosa y fácil actualidad de cada día y aun a la que aguanta una semana y contentarse con espumar de su caliente bullir para retener lo menos fugaz y pasajero.

Desde que la inesperada declaración del Rey Baldovinos —Baldovinos en clásico castellano, que no Balduino— hizo estallar una de las más sensacionales bombas periodísticas de este año bisieto, cargado no precisamente de buenas nuevas hasta el momento de nuestra salida, han transcurrido dos largas semanas. La noticia ya no lo es para nadie. Pero MUNDO HISPANICO no puede seguir construyendo su historia sin dar fe del jubiloso nacimiento oficial de este noviazgo regio. Tanto más cuanto que entre nuestros colaboradores permanentes hay quien posee información de primerísima mano. Julio Atienza, barón de Cobos de Belchite y pariente de la futura Reina de los belgas, es el autor del estudio genealógico siguiente, con el que MUNDO HISPANICO se une a la alegría de los pueblos español y belga por el feliz final del romance del Rey que no sonreía.

Notas genealógicas de

FABIOLA MORA DE ARAGÓN

Fabiola es la sexta de los siete hermanos, hijos todos de los anteriores marqueses de Casa Riera, condes de Mora. Estos hijos son: Neva (María de las Nieves), casada con el marqués de Aguilar, primogénito de la Casa conde de Sástago; Ana María, casada con el conde de Salinas, primogénito de la Casa ducal de Lécer; Gonzalo, marqués de Casa Riera, casado con una hija del marqués de Oquendo; Alejandro, Jaime y María Luz, casada con el conde de Saltes, primogénito de la Casa ducal de Soma.

Sus padres, don Gonzalo Mora Fernández, segundo conde de Mora, cuarto marqués de Casa Riera, caballero de la Orden del Santo Sepulcro, y doña Blanca de Aragón Carrillo de Albornoz, casaron en Madrid, en el palacio de los marqueses de Casa Torres, en la calle de Fernando el Santo, el 9 de diciembre de 1916. Su padre falleció, también en Madrid, el 22 de noviembre de 1957.

Hermanos de la madre de Fabiola son: don José, séptimo marqués de Casa Torres, décimo conde de Ablitas y séptimo de la Rosa, caballero de la Orden de Malta, destacado diplomático, y don Fernando, decimoséptimo vizconde de Baiguer, también caballero de Malta. Otro hermano, don César, falleció hace pocos años.

La línea paterna de Fabiola ostenta dos títulos nobiliarios: el de marqués de Casa Riera, concedido en 1833 a don Felipe Riera y Rocas. Muerto este señor sin descendencia, pasó el título a su sobrino don Alejandro Mora Riera, el que alcanzó la Grandeza de España vitalicia en 1913. Vivió la mayor parte de su vida en su palacio de París, permaneciendo cerrado el que en Madrid tenía en la calle de Alcalá. Esta prolongada ausencia sirvió para que la exaltada musa popular envolviese al palacio, tan céntrico y siempre cerrado, en una gama de leyendas absurdas e inverosímiles. También falleció este marqués sin sucesión, pasando el título a su sobrino don Alejandro Mora Fernández, hijo de un hermano suyo y de doña Concepción Fernández del Olmo, condesa de Mora.

Esta señora, abuela paterna de la futura Reina de Bélgica, fué un modelo de humildad, bondad y sencillez, virtudes que ha heredado esta nieta suya. Creada condesa de Mora por Su Santidad León XIII en 1894, casó en segundas nupcias con don Joaquín Angolotti, que de su primer matrimonio tenía por hijas a la recientemente fallecida duquesa viuda de la Victoria y a doña Angeles Angolotti Mesa, madre del actual marqués de Torres de Mendoza.

El tercer marqués de Casa Riera, don Alejandro Mora Fernández, falleció en Biarritz el 9 de octubre de 1954, sin descendencia de su matrimonio con doña Leonne Marceau. Sucedió en el título, por consiguiente, don Gonzalo Mora Fernández, segundo conde de Mora, padre de Fabiola.

Son sus abuelos maternos don Cesáreo de Aragón y Barroeta-Aldamar, caballero de las Ordenes de Santiago, Malta e Hijosdalgo de Madrid, fallecido en Madrid el 25 de septiembre de 1954, y doña Blanca Carrillo de Albornoz y Elio, sexta marquesa de Casa Torres, de noble ascendencia navarra y cubana.

Por línea paterna, pertenecía don Cesáreo a la noble Casa de los Aragón, de Villanueva de Cameros (Logroño), desviada de la de Poveda (Soria), y ésta, a su vez, de la de Sádaba (Zaragoza). En Villanueva de Cameros todos los Aragón fueron regidores por el estado noble, y un abuelo suyo, don Juan de Aragón y Pérez, fundó en dicha villa la Congregación de Nuestra Señora de los Nogales, en 1767.

Los Barroeta-Aldamar —línea materna del abuelo materno de Fabiola— son oriundos de Guetaria, en Guipúzcoa, donde aún conserva esta familia su hermosa casa solariega. El tercer abuelo de Fabiola, por esta línea, fué don Joaquín Francisco de Barroeta-Aldamar y Hurtado de Mendoza, alcalde de Guetaria en 1829, gentilhomme de entrada en 1830, comandante de los tercios de Guipúzcoa en 1831 y caballero de la Orden de Santiago en el mismo año. Su cuarto abuelo fué don Joaquín María de Barroeta-Aldamar y Alzolaras, alcalde de Guetaria en diversas ocasiones, caballero maestrante de la Real de Ronda y destacada figura en la política de su época.

Como nota curiosa debe hacerse constar que, por esta línea, la de Barroeta-Aldamar, resulta Fabiola Mora decimotercera nieta de una hermana de la madre de San Ignacio de Loyola.

JULIO DE ATIENZA,
Barón de Cobos de Belchite

LAS BANDERAS DEL DOCE DE OCTUBRE

POR BLAS PIÑAR

En la América hispana de hoy, tres ideas matrices cargadas de fuerza se agitan y actúan. Lo importante es que, encauzadas y ágiles, lleven a cabo lo que postulan en principio: una edad nueva en la cual la tradición y el progreso, la historia y el destino se anuden y concilien, creando un nivel de vida mejor en unas patrias más fieles a sí mismas.

Que los peligros que rodean a este noble esfuerzo son grandes, salta a la vista. El agua, que corre en tropel desbordada y sin frontera, lo arrolla todo, destruye la cosecha y transforma en erial la tierra de cultivo. Pero esa misma agua, dirigida y sujeta al dominio de una voluntad rectora, crea energía, humedece la atmósfera y fecunda la planta.

No nos duele el momento de Hispanoamérica; al contrario, nos punza y empina para contemplarla y unirnos a ella en el riesgo de su gran aventura, sintiéndonos carne de su carne en la hora de su nuevo despertar.

Nuestra inquietud se asienta en el temor de que las ideas matrices: sentimiento nacionalista frente a imperialismos extraños; revolución social frente a oligarquías financieras; ímpetu religioso frente a agnosticismos blandengues, se desborden y esterilicen, después de un período de efervescencia y ebullición.

Es cierto que ojos miopes y conductas equivocadas —por no atribuirles calificativos más duros— han hecho posible que esas ideas motoras inicien vericuetos peligrosos y se contaminen de virus extraños.

El afán constante, terco y suicida de deshispanizar a América está produciendo sus frutos, como los produce, sin duda, por una parte, la identificación de determinados intereses particulares con los intereses del mundo occidental, y, de otra, el ejemplo y la conducta seguida por quienes han representado aquellos intereses en etapas históricas superadas.

Mientras no se produzca una rectificación a fondo no será posible exigir a los movimientos nacionalistas de América que se conserven al margen de ciertas contaminaciones. Y ello, a pesar de que tales contaminaciones ahogan la ingenuidad y la pureza originarias de los mismos, porque el amor y el odio son ciegos, y más cuando los azusan los palos de ciego del adversario.

Esta rectificación puede ser inoperante si no se produce a tiempo. La oportunidad, en política, equivale al aprovechamiento de la coyuntura en el comercio. Una medida buena, adoptada con desatino, no sirve y pone en ridículo al que la utiliza.

La rectificación ha de ser rápida y a fondo, revisando y corrigiendo con lealtad y con nobleza muchas cosas importantes.

Es claro que si se buscó la alianza con el comunismo para vencer en una guerra, no es fácil condenar dicha alianza cuando otro país la obtiene para consolidar sus

posiciones; es claro también que si durante un cierto largo período una organización internacional no ha servido, como norma, más directrices y objetivos que los señalados por una gran potencia, no puede escandalizar a nadie que alguna vez, rompiendo los caminos trillados, desoiga y escamotee sus indicaciones.

Es claro que si el papel rector de los acontecimientos internacionales no se cumple con decisión defendiendo a los países que tratan de conservar o recobrar su libertad perdida, se espere que otra conducta habrá de seguirse cuando la agresión llegue a los propios países. Es claro, por último, que si la historia de esa gran potencia se hizo, en parte, cercenando soberanías y alentando independencias luego mediatizadas, sea poca la autoridad moral cuando se denuncian hechos ajenos semejantes.

El peligro no está en esos movimientos, inicialmente justos, sino en sus desviaciones, producto de la miopía y sagacidad ajenas.

Si ésta, siendo muy grande, no contara con aquella —que es mayor todavía—, los movimientos nacionalistas de Hispanoamérica, enraizados en su fibra hispánica, portadores de una transformación social honda, iluminados por una mística cristiana auténtica, nos ofrecerían un panorama distinto, porque las ideas matrices, que se simbolizan en la fe, la patria y el pan, unidas como tres banderas de lucha, arrastran a las multitudes, y de un modo especial a la juventud trabajadora y universitaria, que siente la vocación de la justicia.

Hoy, la miopía y la sagacidad están poniendo en una sola mano, diestra y arrolladora, la bandera de la patria y la bandera del pan, colocando a quienes se agrupan en torno a la bandera de la fe el clima psicológico conveniente para considerarse traidores a aquéllas.

Nosotros sabemos que en la América Hispana hay fuerzas que no asoman al exterior a través de la publicidad que todo lo ahoga y confunde con su maraña de ruidos insensatos. En la entraña de América están la familia, la religión, el sentido de la libertad, el concepto del honor, la idea de la patria, la conciencia de nuestra comunidad de historia y de destino.

Estas fuerzas surgirán un día, lozanas y sugestivas, y en medio de un caos aparente, entre la minoría que sirve intereses bastardos, entre los que sueñan conservar la hegemonía aunque el mundo perezca y los que aspiran a hacer pedazos lo que ese mundo tiene de conseguido con tal de imponer sus torpes programas de tiranía universal, elevarán al cielo nuestras banderas, las que nadie puede arrebatarnos ni reducir a pañuelos, la fe, la patria y el pan, las banderas del Doce de Octubre.

Cuando esas banderas se enarbolan juntas con manos de acero, sonrisa en el alma y cruz en lo alto, la victoria estará conseguida, porque nada ni nadie contienen —¡optimismo, hermanos de América!— a una juventud a la intemperie, que marcha sin miedo al combate por la fe, por la patria y el pan.

ESTAMPAS

de la

Épopeya hispanoamericana

De la rosa a la orquídea

Años del 1500. Años que estrenan siglo y mundo nuevos. Años iniciales, flamantes y promisoros que miran con desdén a los pasados, a los finiseculares. Velas que adivinan el rumbo, traen de España frágiles embarcaciones que han vencido tormentas y calmas, y ahora navegan por las azogadas aguas del Caribe. Sus pálidos tripulantes besan la arena de la playa riente, en la cual izan cruces y hurtan el cuerpo al impacto de la artera flecha sibilante. Los españoles siguen camino tierra adentro en busca del oro, las especias, el paisaje inédito y la soñada aventura. Padecen trabajos, sed y hambre. Conocen la angustia nueva, la producida por las estepas sin fin, el infierno de la selva y la nevada desolación de la montaña. Pero en la cobriza desnudez de la india, cobran su inmediata recompensa de amor. Ellos traían en su ser la clásica teoría de la rosa europea y la cambian por la primitiva realidad del jazmín americano. Descubridores y conquistadores se convierten en pobladores. En las tolderías indígenas los niños comienzan a mirar el mundo con ojos claros —azules, verdosos o grises—, obsequio remoto de la cepa céltica expandida por todos los finisterres europeos. América, la virgen sujeta al poder de los ídolos de piedra, al ser madre se humaniza. En ella se ha engendrado una nueva raza (raza cósmica la llama Vasconcelos), cuyos individuos tendrán rasgos inestables —desde el «tente en el aire» al «no te entiendo»—; pero poseen la gracia corporal de los hijos concebidos con un amor semejante al de la mañana de la Creación. Hispanoamérica no será la réplica de la disciplinada rosa ultramarina, ni de la simplicidad geométrica del jazmín autóctono: será la poliforme orquídea cuyos irisados pétalos tienen nombre: magia y mística, gana y logos.

Signada en intangible unidad

La orquídea nacida en el húmedo misterio de la selva, exige especiales cuidados para sobrevivir a los cambios del tiempo. Esta orquídea, que es Hispanoamérica, tuvo excelente y previsor jardinero.

Fines del estío, de 1519. En Barcelona, «archivo de cortesía», el joven rey Carlos de España (que será el Emperador quinto de su nombre) dicta una ley ubicua por la cual establece la unidad intangible como signo definidor de Hispanoamérica. Se trata de la Real Cédula del 14 de septiembre de 1519, por la cual se manda que las tierras de Indias «en ningún momento puedan ser separadas de nuestra real corona de Castilla, desunidas ni divididas en todo o en parte, ni sus ciudades, villas ni poblaciones, por ningún caso y en favor de ninguna persona». Mientras la pluma del escribano caligrafía, el rey tiende su mirada hacia el puerto en que sus reales abuelos recibieron al primer Almirante de la Mar Océano. Recuerda el testamento de Isabel, piensa en la varia lección política de Fernando de Aragón, considera los trabajos padecidos desde hace veintisiete años en la conquista y población de los dominios de ultramar, presiente el futuro reservado a sus sucesores por una Historia librada a la fortuna y a la fatalidad. Es preciso evitar que la orquídea quede expuesta a los caprichos del tiempo; es necesario impedir que el destino de Hispanoamérica quede librado a la deriva. Y el rey dicta al pendolista «... prometemos y damos nuestra fe y palabra real por Nos y los reyes nuestros sucesores que para siempre jamás no serán enajenadas ni apartadas en todo o en parte, ni sus ciudades ni poblaciones, por ninguna causa o razón o en favor de ninguna persona; y si Nos o nuestros sucesores hiciéramos alguna donación o enajenación contra lo susodicho, sea nula, y por tal lo declaramos».

La intangible unidad de Hispanoamérica, objeto de las preocupaciones de Carlos V, será ratificada y flexibilizada por sus sucesores inmediatos. Con su pacifismo congénito, Hispanoamérica podrá atravesar indemne la crisis del Estado-ciudad, las guerras de religión y las entabladas por las dinastías europeas.

Tiempos de opulencia

Desde mediados del siglo XVI hasta el último tercio del siglo XVIII, la indianidad, o sea la existencia y predicamento de la América civilizada por los españoles, se afirma y extiende. La orquídea ha proliferado, ya no se oculta en el corazón de la selva ni es, tampoco, flor de invernáculo. Su ámbito natural corresponde al

contorno físico y humano de una Hispanoamérica que hace ecuación con América. De una Hispanoamérica cuyas comunidades opulentas, con estilo y tradiciones propias se asientan sobre la triple base de la Catedral, el Cabildo y la Universidad. Las exportaciones de su no igualada producción agrícola y minera se evaluaban en millones de pesos mejicanos, unidad monetaria que desempeñaba, en Asia y América, el papel del dólar actual. En sus ciudades se daban cita todos los refinamientos de un tipo de vida limpio de vulgaridad. La unidad hispanoamericana estaba connotada en todo el registro de valores humanos, desde los modos de conducta hasta lo político, pasando por lo emocional, lo administrativo y lo económico. La indianidad había resultado ser una de las experiencias más logradas de la Historia. La vida de la orquídea era rica en toda suerte de bienes. Durante doscientos cincuenta años la vida hispanoamericana se desarrolla en gozosa intimidad, en su abundancia de hechos no encontramos casi ninguno acreedor a los titulares del escándalo. Esta Hispanoamérica no es noticia; es solamente crónica. Durante el siglo XVIII se convierte, según la expresión poética de Anzoategui, en una «ciudad confiada que saca por la noche, para hamacar la luna, sus sillas a la puerta» y que se está haciendo «demasiado señora acomodada».

Picotazos en la cintura

Fuera del contorno de la indianidad que abarca de océano a océano y desde Texas hasta los hielos australes, sólo existen en América pequeños enclaves territoriales explotados por las compañías británicas, francesas y holandesas, cuya precaria vida se enriquece lenta, pero progresivamente, ante la indiferencia de Hispanoamérica. Lo que ella siente y padece es un picoteo incesante en su cintura del Caribe. Son los gringos, los que cantan «Green good», los piratas, la chusma de presidio lanzada por los enemigos de España contra el Nuevo Mundo. Son los hombres que traen al reino de la orquídea la plaga de la tristeza; los que se alimentan de carne ahumada con lonjas de grasa, de «boucan», los bucaneros; la Hermandad Libre que trafica con esclavos blancos; los asaltantes de galeones y ciudades costeras; los insaciables sedientos de ron y de burdel. Son la gentuza organizada por un Drake o un Morgan, la piratería que anida en la Isla de la Tortuga y que, a veces, hace noche en Port-Royal. Son los hombres que jamás podrán fundirse en el cuerpo de la orquídea hispanoamericana porque ignoran las razones del amor, la servidumbre del corazón, el ideal de servir; porque no sospechan lo que es esperar a cada amanecer el milagro de lo grande y de lo pequeño, ni saben que, además de una realidad, la novia y el hijo son sueños.

Estos picotazos se convertirán en herida permanente, por la cual se escapará a raudales la integridad de Hispanoamérica.

En el siglo XIX

No bien emancipados, los países hispanoamericanos buscan reconstituir su unidad. Pero el nacionalismo incipiente, las rivalidades entre los jefes de la revolución emancipadora y la falta de una capitalidad exterior van alejando, desde el Congreso de Panamá, ese objetivo. El siglo XIX va a ser el siglo de la defensiva contra el colonialismo británico y francés, y contra el intervencionismo imperialista de los Estados Unidos. Mediatizar la economía de los países hispanoamericanos para convertirlos en mercado, factoría y fuente de materias primas es el propósito evidente de la Europa que siguió a la Santa Alianza. Propósito compartido por los Estados Unidos del «Destino Manifiesto» y de los corolarios de la Doctrina Monroe. La orquídea va a ser estrujada, despreciada y maltratada por su condición mestiza, por su ubicación meridional, por estar constituida por los «nativos» que dejan escapar el tren de la técnica.

Los hispanoamericanos del siglo XIX suelen entusiasmarse con su propio idealismo, con su humanismo espiritualista, con su capacidad para subordinarlo todo a una inteligencia sutil y cordial. Pero no opera con la intensidad debida para legitimar en la realidad sus posibilidades y capacidades. Por eso es que se registra una distorsión evidente entre su capacidad de hacer y el hacer en sí mismo. Durante más de un siglo los hispanoamericanos se complacieron con juegos antiguos propios de la Edad Prometeica. Les deleitó descubrir y redescubrir los fundamentos de la vida humana y manejarlos dialécticamente. Les embriagó la expresión lírica. El hacer técnico que les erosionaba epidérmicamente, lo miraban con cierto desprecio no exento de picardía, como enterados de su inconsistencia. Y mientras tanto ciento setenta millones de individuos hispanoamericanos viven sin participar en los beneficios de la civilización contemporánea. Es una triste verdad la frase denunciadora de Carlos Dávila «de tres hispanoamericanos, dos viven en una pobreza lindante con la miseria, cuando no en la miseria misma».

El principio del retorno

La epopeya hispanoamericana entra en una nueva etapa. Las sacudidas experimentadas en su ser político durante estos tiempos que corren, es indicio de vida. Hispanoamérica inicia el retorno a su unidad y a su grandeza, su intangibilidad ha menguado, pero no ha muerto. Ella le inspirará en la dura lucha que se le avecina y de la que saldrá triunfante. El principio de ese retorno está señalado por el hecho de que por voluntad unánime de sus pueblos, la orquídea de nuestro símbolo ha ganado un nuevo pétalo: se llama técnica.

CARLOS LACALLE

5 razones poderosas

afirman (y millares de alumnos confirman) que
polyglophone CCC

es el método MAS fácil, MAS ameno, MAS rápido y MAS cómodo para APRENDER en casa

INGLES-FRANCES-ALEMAN

Sus **textos** instructivos y amenos, sus vivificadas **ilustraciones**
y sus excepcionales **discos** de alta fidelidad, le harán:

VER	OIR	HABLAR	LEER	ESCRIBIR
dibujos y colores que unen la idea de la imagen con la palabra	a veinte incansables profesores de ambos sexos.	con soltura y muy pronto, por un procedimiento sencillo.	sin dificultad por medio de disposiciones tipográficas ingeniosas.	correctamente, mediante progresivos ejercicios por correo.

El método **polyglophone CCC** es asombroso por sus efectos positivos. Habitúa a **PENSAR** en el idioma que se estudia, a **TRADUCIR** simultáneamente de una lengua a otra, y a **COMPRENDER** en seguida y sin esfuerzo, impregnando el ánimo con el deleite de un viaje imaginario que permite **AMBIENTARSE** con las costumbres del país. Y con la gran comodidad de poder **ESTUDIAR**

DONDE, COMO Y CUANDO UNO QUIERA

polyglophone CCC

POR EL SONIDO Y LA IMAGEN

CON DISCOS y también SIN DISCOS

CCC es el único Centro de enseñanza por correspondencia que ha resuelto de un modo habilísimo la posibilidad de que sus alumnos efectúen un examen oral y práctico en los cursos de idiomas y asignaturas musicales.

AUTORIZADO POR EL MINISTERIO DE EDUCACION NACIONAL

Otros cursos CCC: ENGLISH LITERATURE • FRANÇAIS LITTERAIRE
LATIN • SOLFEO • ACORDEON • DIBUJO • RADIOTECNIA
JUDO • MECANOGRAFIA • TAQUIGRAFIA • SECRETARIADO
REDACCION COMERCIAL • CORRESPONSAL • CONTABILIDAD • CONTABLE ADMINISTRADOR • CALCULO MERCANTIL
TRIBUTACION • CULTURA GENERAL • ORTOGRAFIA
Para la mujer CORTE Y CONFECCION *Femina* CCC

CONFIE en la incomparable organización CCC como han hecho más de **250.000 alumnos** maravillados y, desde las primeras lecciones, se convertirá usted también en otro entusiasta.

Solicite información gratis a

**CENTRO DE CULTURA
POR CORRESPONDENCIA**

CCC

APARTADO 108-NP-300-SAN SEBASTIAN (España)

Servicio de enseñanza por vía aérea con Iberoamérica

MUNDO HISPÁNICO

Director: JOAQUIN CAMPILLO

NUMERO 151 - OCTUBRE 1960 - AÑO XIII

Depósito legal M. 1.034-1958

SUMARIO

	Páginas
Octubre y la descolonización mundial, por E. Ruiz García.	8-12
«Santa Isabel de España», por Julia Mérida	14-15



	Páginas
Lugares colombinos	16-19
Iglesias españolas en Puerto Rico, por Ernesto La Orden..	21-23
Don Enrique el Navegante.....	40-42

EN PAGINAS DE TIPOGRAFIA

	Páginas
Las tres banderas, por Blas Piñar	4
Estampas de la epopeya hispanoamericana, por Carlos Lacalle.....	5-6
La Hispanidad y los Estados Unidos, por Alfonso Junco	25
Dacia: Primera fundación hispánica, por Pamfil Seicaru	26-28
Contrapunto de rosas y piedras, por Gastón Baquero.....	30-31
La hispanidad mediterránea, por José María Lacalle.....	32-33
El Congreso de Academias de la Lengua.....	34-36

	Páginas
Ciudad Rodrigo, milenaria.....	43-46
Escuela de Optica, por E. Marco.	47-50

Y, ADEMÁS, EN ESTE NUMERO:

Misera comida de frailes, cuento inédito de Hugo Wast.—Una nueva casa para el Atlético.—Los encuentros, de Vicente Aleixandre.—Tres fotos sueltas.—Exposiciones de arte.—Revista de revistas.—Estafeta. — Humor. — Pasatiempos.

PORTADA: Otoño, por Julián Santa-maria.

Colaboración artística de Molina Sánchez, Fernando Giles, Juan L. Montero y Daniel del Solar.



OCTUBRE Y LA DESCOLONIZACION MUNDIAL

LA CATEDRAL DE MEXICO



ENRIQUE RUIZ GARCIA

UNA NUEVA ETAPA DE LA HISTORIA: LA DESCOLONIZACION

En 1960 culmina, sin disputa, una etapa justa y que es ya irreversible e inalterable: la descolonización.

Así, escasos de palabras, y sin que sea posible eludir los hechos —porque el mundo no es un compartimento estanco, sino un rascacielos de cristal—, asistimos a la entrada en escena de los jóvenes pueblos de África, Asia y Oceanía, tal como el destino los dejó en ese momento: con los trastos de matar y la desnudez general de estas horas.

Es cierto que la colonización europea de los dos siglos pasados ha servido para abrir puertas inéditas y nunca faltaron grupos que continuaron las grandes tradiciones de la cultura y de la civilización.

No obstante, el espectáculo que tenemos delante de los ojos, ese inmenso vacío que pesa y grita como una acusación, ha servido para dejar en su sitio, al cabo de cinco siglos, el estilo y la manera de la colonización española. Digámoslo así: humildemente, sin retórica.

Porque la historia puede ser, pese a todo, inimitable en su fallo, torrencial en su juicio, justiciera en la forma y el fondo. Al cabo del tiempo, los mismos pueblos que más contribuyeran a ennegrer la Leyenda Negra se encuentran en ocasiones, sin una palabra que ofrecer como testimonio de su propia obra colonizadora. Y si no viviéramos bajo entontecedoras y dogmáticas divisiones del mundo esa raíz auténtica de los hechos tendría aún mayor fuerza. Lo que ocurre es que se atribuye a circunstancias políticas externas e internacionales aquello que no hay duda corresponde, en su desarrollo inicial, a formas de colonización y discriminación que nada tienen que ver con la tutela o la integración del hombre-hermano en la comunidad de los hombres.

ESPIRITU Y CLIMA DE OCTUBRE

A cuatrocientos sesenta y ocho años del Descubrimiento no cabe ahora lanzar al mar barcos de retórica vacía para que naufraguen, en los periódicos de las conmemoraciones, en la mañana del día 13.

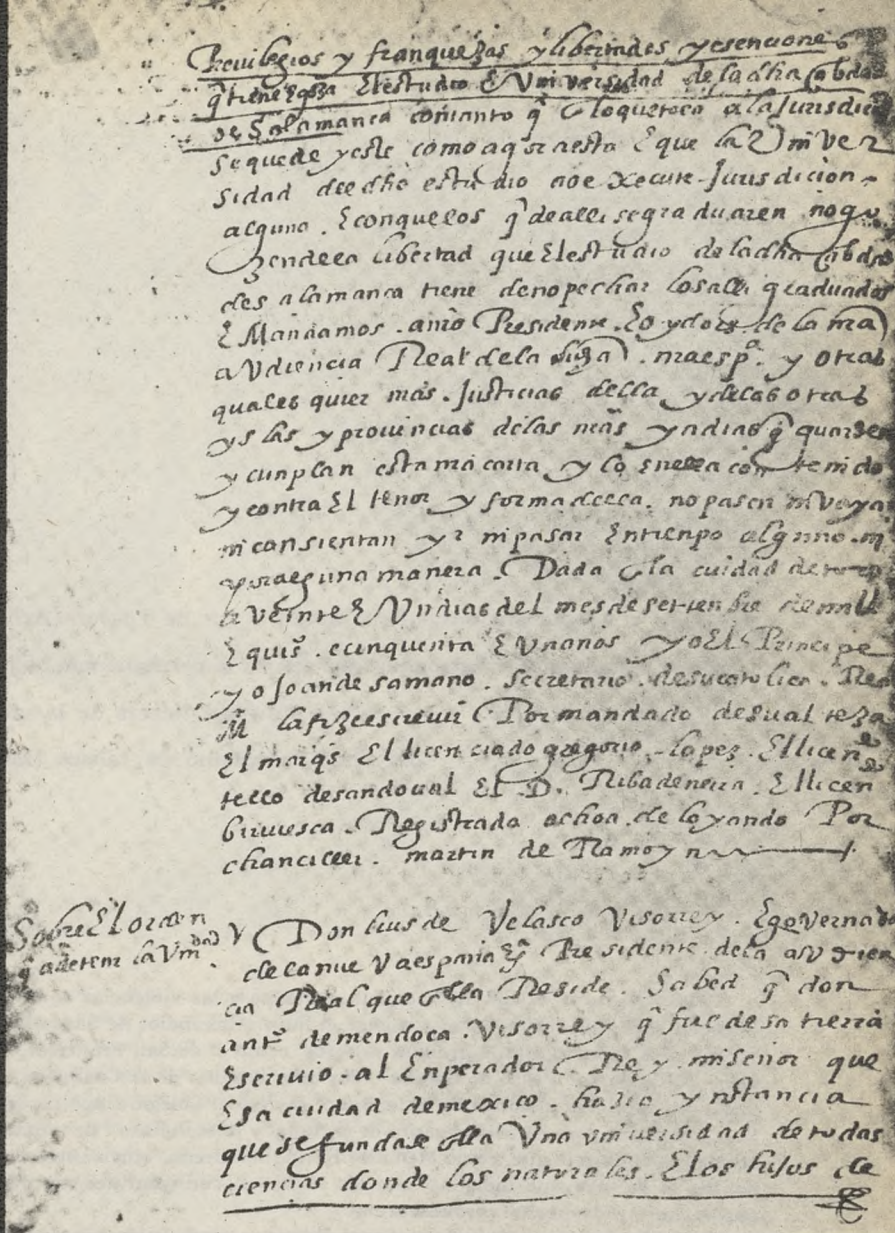
Se trata, al revés, de tocar con los dedos ese colosal ser vivo que es Iberoamérica, poseedor de una misma lengua —al menos con una misma raíz inteligible y vecina— articulada a lo largo de veinte Estados con 200 millones de hombres.

Ahora vemos también a los jóvenes países africanos donde los grandes «trusts» se aplicaron a la racional extracción de las materias primas sin tocar ni romper los tinglados tribales, porque en tanto que divisores, sostenían mejor los negocios y los dividendos.

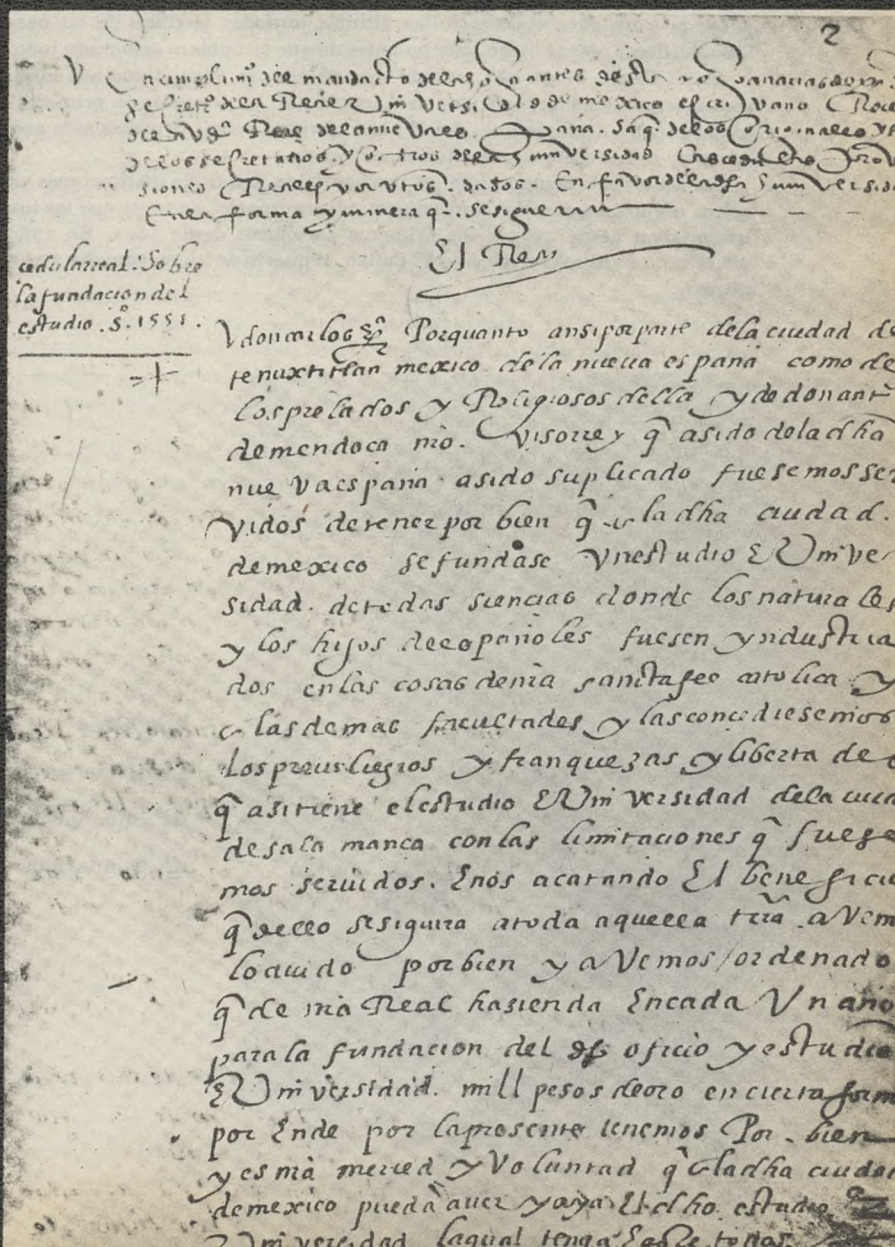
Cuando los Balubas y los Lulus se «entrematan», como dicen los franceses, una interrogación dramática nace en todas las cabezas: ¿Qué ocurre? Ocurre que el trato con los hombres no sólo es orden o paternalismo, sino integración y entrega. Al revés, la discriminación económica y la discriminación de la sangre dialectal forman la base de la herida.

Tribal también era América y el español se impuso con inaudita violencia en ocasiones —digámoslo—, la tarea de hacer hablar una misma lengua a los guerreros tlaxaltecas y a los aztecas. Sobre unos y otros, con todos sus errores, hubo un afán de entrega y, por ello, intentando aniquilar el pasado se aniquilaban ellos mismos y se ofrecían a sí mismos, al fin, como mexicanos, peruanos, argentinos, colombianos.

Ahora se descubre que los grandes poderes del Congo habían establecido como lema el «pas d'élites pas d'ennuis»; es decir, nada de minorías y no tendremos problemas, y que, para evitar complicaciones, se había evitado hasta hace tres años el acceso de los africanos a la Universidad.



Cédula Real — fechada en 1551, apenas a los cincuenta años del Descubrimiento — por la que se funda la Universidad de México, «para los naturales y los hijos de los españoles», con los mismos privilegios y facultades que la de Salamanca



La Misión de San Javier, al sur de Tucson (Arizona).
La blanca y barroca iglesia señala la permanencia hispánica
en las antiguas tierras de la colonia.
Derecha: Campesino de Jalisco (México)



Desde 1513, con el filo de la espada al flanco y las violencias de la guerra, llegaban a España normas para enseñar el latín a los indios de Santo Domingo y para ellos se inauguraron grandes colegios, como el de San Francisco, en México —dirigido por Pedro de Gante—, dos años después de la Conquista. Y después, con intuición histórica de lo legítimo, se creó el Colegio Imperial de Santa Cruz, destinado para escuela superior de caciques y jefes indios. Y de tanta importancia era el Colegio que, como bien dice Henríquez Ureña, «tuvo entre sus enseñanzas la de medicina indígena, que los europeos, con gran acierto, quisieron aprovechar, y de hecho aprovecharon».

No había pasado medio siglo en Santo Domingo desde la llegada de los españoles cuando el Colegio de la ciudad recibió autorización para llamarse Universidad. Amén de un español, que a sus espaldas el coste, creó otro colegio universitario más.

El 12 de mayo y el 21 de septiembre de 1551 sendas Cédulas Reales crearon las Universidades de Lima y México. Esta última, que comenzaría a funcionar antes que la anterior, en su sentido formal de ámbito universitario, lo hacía a treinta y un años escasos de las últimas jornadas terribles de las batallas de Tenochtitlan y, desde luego, mucho antes de que se hubiera explorado todo el país.

En el Congo Belga han tardado más de setenta años, desde que el territorio pasó a ser propiedad particular de Leopoldo II, en levantar la primera Universidad y, según declaraciones del Primer ministro belga, Bruselas sólo acoge hoy, en 1960, a diecisiete universitarios africanos.

En muy poco tiempo hubo en Iberoamérica veintiséis instituciones universitarias. Algunas aparecidas antes que muchas europeas, en tanto que las imprentas funcionaban desde 1535 y los primeros periódicos desde 1600. En 1785, «una sola remesa de libros recibida en El Callao, el puerto de Lima, sumaba 37.612 volúmenes».



Serenidad
y nobleza en el rostro
de este hombre
de Guanajuato

AHI ESTA FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS

En la tremenda aventura española existe un nombre que da mucho que hacer: Fray Bartolomé de las Casas. Los detractores de España han hecho de su «Brevisima Relación de la Destrucción de las Indias» un alegato y un testimonio. A su vez, los hispanistas y defensores de España han demostrado, con los testimonios de la época y las observaciones personales de un religioso sereno, como Motolinía, lo exagerado de sus afirmaciones.

En realidad, las dos posturas son igualmente pueriles. Fray Bartolomé era un gran español, exagerado y barroco, teatral y amigo de la pelea, pero es la afirmación profunda de que sentíamos la responsabilidad de lo que hacíamos y merece la pena que un país tenga, en una empresa de ese talante, una conciencia frenéticamente exagerada capaz de entender que el indio era hermano, un ser libre. La exageración de Fray Bartolomé de las Casas nos honra a los españoles y a los iberoamericanos, porque revela y demuestra que sentíamos la integración como primera fuerza y que cuando nos separábamos de ella se producían los «bartolomés-de-las-casas».

Ningún documento de ese tipo, ningún gran exagerado de ese temple ha quedado entre las sociedades anónimas del estilo de la Unión Minera del Alto Katanga o de la Forminiere de Kasai o de las Minas argelinas o las llanuras dramáticas de la India.

¿Por qué?

Porque la Unión Minera del Alto Katanga traza con una raya matemática los intereses y las discriminaciones. Al otro lado de las poblaciones «blancas» de Sudáfrica, Congo, India, Indonesia, estaban «los hombres de la selva». Al ser dos sociedades distintas no era pensable un Bartolomé de las Casas.

ESTILO Y MANERA DE LAS INDEPENDENCIAS

Cinco «trusts» dominan y controlan, en un 70 por 100, la riqueza total del Congo. Uno de ellos produce el 80 por 100 de los diamantes industrializados del mundo: el Estado de Kasai, que también, «casualmente», ha elegido la secesión. Como Katanga, sede imperial de la Unión Minera.

El 15 de agosto de 1957, cuando la India accedió a la Independencia, dos quintas partes del territorio correspondían a los Estados de los Maharajás, Príncipes o Caudillos, que seguían bajo el uso de sus tradiciones feudales, con palacios impresionantes al lado de la miseria más aterradora, pero ello no preocupaba a los poderes dominantes, porque en nada interfería la acción económica y política en la parte que se había reservado. Al revés, garantizaba el dominio.

El estilo inglés, calculador, inteligente y duro, ha permitido evoluciones considerables en algunos terrenos y ha tenido el talento, cuando menos, de crear clases dirigentes a la inglesa de la que es un testigo de excepción el Pandit Nehru.

No obstante, la independencia de estos pueblos se ha producido de dentro hacia afuera, por presión arterial que ha hecho saltar al ocupante. Pero no existe ese algo más extraordinario y original que ocurrió en los países de lengua española.

La Independencia de los países iberoamericanos se produjo en el seno de la libertad o la integración, es decir, fueron un gran número de hombres fundidos, criollos e hispanoparlantes en todo el cabal sentido de la frase los que motivaron gran parte de unos acontecimientos que poseían, por su tensión, casi un carácter de guerra civil.

Es el hijo de un español, Martí, quien sería el heroico libertador de Cuba. Es el hijo de un capitán español, José de San Martín, el libertador de Argentina y Chile. Había nacido en Yapeyá. Se educó, sin embargo, en el Seminario de Nobles de Madrid, entrando, desde muy joven, en el Regimiento de Murcia. Combatió bajo las banderas de España en Africa y en Rosellón, y cuando llega la hora de la verdad está en Bailén donde, a pie firme, asciende a teniente coronel.



No hablemos de Simón Bolívar, nacido en Caracas, y a cuya noble sangre llegan por todas las ramas genealógicas los apellidos más nobles, fieros y orgullosos de la Conquista y, en suma, las tres sangres de las Indias, incluso la negra. El Libertador formaba parte, por nacimiento, de las clases elevadas de la Administración hispánica en Venezuela. Su padre se lo recuerda en el testamento.

En México, por ejemplo, nos llegan los indios Hidalgo y Morelos —el grito del 16 de septiembre de 1810— como factores claves de la Independencia. Hidalgo la iniciaría y Morelos la continuó.

Estos ejemplos, que recorren todos los ámbitos de la Independencia y en cierta manera la dan carácter, revelan la enorme singularidad del movimiento. Se darán gritos contra el español o contra el gachupín, pero no dejará de existir siempre una contradicción radical y un elemento noble, poderoso y magnífico: la coexistencia de la sangre, la identidad de los apellidos, la teoría auténtica de un hecho radical y único.

¿Quién es Lumumba al lado de Bolívar? ¿Quién es Kasavubu al lado del cura Hidalgo? Lo que les separa no es otra cosa que un hecho insalvable: que Bélgica está en las antípodas de Lumumba, pero España está inserta en Bolívar.

En la India, ahora, existen enormes vacíos religiosos. Yo he tenido ocasión de hablar en diversas regiones de la India con algunos sacerdotes católicos. He preguntado:

—¿Qué pasó con las misiones protestantes?

—Gran parte de ellas se marcharon con los ingleses. Cobraban de ellos.

Al margen de cuestiones que no entran en mi ánimo, es cierto que apenas hay nada comparable con la prepotencia religiosa que tomó la cultura española en Iberoamérica. Una cultura que todavía se puede definir, hoy, por la religión y por la lengua.

La calle Milagros, en la Lima virreinal



Viendo el vacío que queda en otras regiones colonizadas —damos el nombre para entendernos, no más—, la distancia se hace inmensa. Se podrá discrepar de esa actitud española o se podrá admitir que existan posiciones contrarias, pero lo que no es discutible es que la religión fué, en sí misma, una prueba más del sentido de integración que dominaba a los exploradores y conquistadores. Ello no les disculpa de las violencias, pero les hace solidarios a los demás hombres y no pensaron que era algo que se perdería —o que habría que abandonar—, como una maleta cuando tocara la orden de retirada.

DOSCIENTOS MILLONES DE IBEROAMERICANOS

Octubre trae y lleva, con el mar, las viejas palabras del Descubrimiento. La mirada está llena, urgente de noticias: Iberoamérica abarca, desde el 32 grado de latitud Norte al 56 grado de latitud Sur, el 16 por 100 de las tierras habitables del mundo y centra en sus inmensas regiones a doscientos millones de hombres.

Con ellos tenemos que estar.

Baron Castro considera, siguiendo las tesis de Rosenblat, que la población original del Nuevo Mundo, en el momento del Descubrimiento, no excedería de los 17.400.000 habitantes.

Víctor Auderá dice que la población de España en tiempos de los Reyes Católicos se elevaba a diez millones de habitantes, que bajaron a 7.500.000 en 1610. Descontadas las expulsiones de judíos y moriscos, se ve claramente el empobrecimiento súbito, agónico y prolongado que suponía la atadura y creación de veinte naciones. Pobreza demográfica y vital —porque los más enérgicos escogían el camino indiano— que no podía ser compensada con la plata, que emigraba pronto, falta España de un orden económico que entendiera la verdadera significación de la nueva riqueza, a las arcas holandesas, belgas e inglesas. Con esa misma plata hundirían a placer el galeón español. No hay queja de ello. Siempre hay que estar en forma.

Un dato más de la Castilla emigrante. Toledo, que contaba con 80.000 vecinos en la época visigoda, dice Auderá, pasó a tener 50.000 con los Reyes Católicos y 2.456 en tiempos de Felipe II.

Los españoles podían ir a enriquecerse —no les hagamos santos—, pero eran de los hombres que no volvían, de los hombres que se integraban en aquellos países; que se casaban con indias y bajo credo apostólico romano y daban criollos que iban a cantar la Independencia.

El «trust» de Katanga —conectado con el Rodhesian Trust del cobre— ha arreglado las cosas en el Congo de manera muy sencilla: poniendo al frente de la secesión a un africano contemporizador.

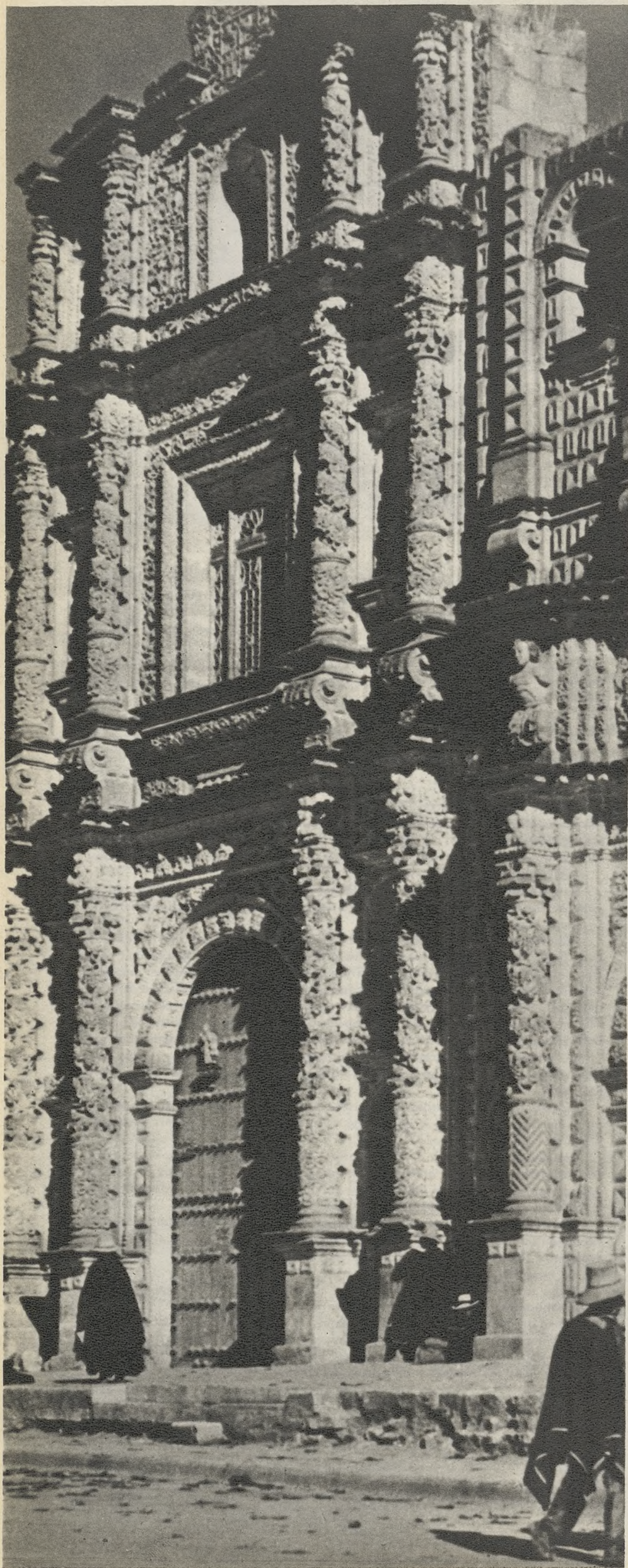
No hubo un solo caso en Iberoamérica.

Y esa sensibilidad tremenda en torno a la libertad y el carácter del hombre como tal hombre —que trasciende desde lo profundo de las «Leyes de las Indias»— se creó en un momento bien singular de la historia. Cuando era España quien inauguraba una época colonial y no tenía experiencia ni esa situación era algo que hubiese ocurrido el día antes a los países vecinos o fuese un hecho habitual. Así, frente a todos los tópicos y violencias de la época, la sensibilidad creadora se impuso.

Ahora bien; esos doscientos millones de iberoamericanos se encuentran hoy, y a su vez, en una enorme batalla política y económica que sólo puede definirse de una forma: el ser o no ser de nuestro tiempo.

INTERAMERICANISMO O SOLUCIONES REALES

Octubre no es un mes para malgastarle en versos a la Luna llena del Almirante Colón. Octubre es un mes tremendamente incitante y terrible, porque nos obliga



Filigrana de piedra: la fachada de la Catedral de Cajamarca (Perú)

a sentarnos y a poner las cartas boca arriba. He aquí nuestro destino: llamar las cosas por su nombre.

Se habla mucho de interamericanismo, panamericanismo y, si cabe, de la Doctrina de Monroe. Conviene, pues, poner el pulso a un ritmo equilibrado.

La doctrina del interamericanismo es lógica y establecida, a la vez, por el formidable acento de la geografía y por la implacable función de la economía. Precisamente estas semanas, entre Costa Rica y Bogotá se han debatido estos grandes temas. Los terribles simplificadores querían arreglarlo todo por lo bonito y como es un juego de prendas, pero no es tal fácil: Iberoamérica es un ser vivo.

Por lo pronto, conviene advertir que el panamericanismo de la Doctrina de Monroe no puede ser lo que fué; es decir, un instrumento supranacional bajo cuya ancha manga —1823— se hizo posible la anexión de Oregón, Arizona, California, Tejas, Colorado y Nuevo México, amén de las incursiones militares en Nicaragua, ocupación de Puerto Rico e intervención en Cuba.

A Bolívar, que pasa por ser el «padre de un panamericanismo híbrido», le bailaban en la cabeza ideas más hondas y profundas. En su célebre carta de Jamaica —como ha recordado muy oportunamente Briceño-Iragorri— «parecía con toda claridad la idea de una América unida por los antiguos lazos que le proporcionaban una continuidad continental: sangre, lenguaje, religión».

Cuando reunió el Libertador a los países iberoamericanos en el Istmo de Panamá soñaba aún con grandes integraciones nacionales, entre las que se contaba la Gran Colombia, uniendo a ésta Venezuela y Panamá.

Un historiador objetivo como Henríquez Ureña, dice lo mismo: «Así, la América Central, que al declararse independiente en 1821 se unió a México, deshizo la unión en 1823, y luego, en 1838-1839, se dividió en cinco pequeñas repúblicas: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, y uno de los estornos para que la unión se reconstituyera fué la oposición del Gobierno de los Estados Unidos, en 1882 y 1885».

Después, Iberoamérica ha quedado dividida en sectores de monocultivo o de monoproducción, a escala de las grandes compañías internacionales. Casa país ha pasado a ser un compartimento estanco dependiente de un solo producto: azúcar, para Cuba; estaño, para Bolivia; petróleo, para Venezuela; frutas para Centroamérica.

Esta doble situación se quiebra y se rompe hoy por dos grandes razones. Primero, porque Iberoamérica recobra el sentido urgente de que su fuerza, una de las fuerzas más poderosas del área occidental, reside en constituir de arriba abajo una unidad y que no es posible seguir la técnica de Katanga al abrigo de los inteses de la «United Fruit» o de la «American Sugar».

El interamericanismo tiene que comenzar reconociendo que es preciso alterar y cambiar el principio de la colaboración. El interamericanismo, cierto, es una ley rigurosamente concreta, nacida de circunstancias geográficas y nacionales evidentes, pero no es una solución para favorecer siempre al más fuerte. La gran mutación verificada en los últimos meses radica en que se ha llegado a una situación irreversible: hay que encontrar otras fórmulas de relación interamericana. Las anteriores no sirven, y menos cuando, al fin y al cabo, Norteamérica adquiere en Iberoamérica el 77 por 100 de los minerales que importa y numerosos productos más que debieran marcar el paso hacia una efectiva cooperación, poniéndose en orden el gran tinglado de las inversiones privadas. Estas tienen que tener, como es obvio, unos intereses legítimos e indispensables —sobre todo si se tiene en cuenta que Iberoamérica no posee ahorro suficiente para lamentar el desarrollo—; pero que no impliquen establecimiento de las normas y, en muchos casos, de los regímenes.

Vivimos otra época. Complicada, confusa, trágica en sus formas aparentes, pero ante la cual no cabe eludir el bulto. Iberoamérica, con un crecimiento demográfico del 2,5 por 100, tendrá 500 millones de habitantes en el año 2000, y ello impone profundas transformaciones sociales.

AL CABO DE CINCO SIGLOS

En estas cuentas y por estas palabras tenemos que medirnos en el día de hoy: un octubre de nuestro tiempo que autentifica la pasión española del Descubrimiento. Que nos compromete a formar parte del destino actual en lo que éste tiene de mutación y de afirmación. ¿No es afirmación última y cierta el hecho de esa inmensidad iberoamericana que se reconoce a sí misma por encima de dos siglos de compartimentos estancos? Justo mismo cuando se afirma la descolonización del mundo los iberoamericanos nos podemos reunir alrededor de octubre para hablarnos de las urgentes necesidades y de la no menor necesidad de estar juntos, pues podemos hacerlo sin intérprete.

Al fin, al cabo, recorriendo América, descubriendo su humanidad y su cultura, se ve en seguida que el barroco colonial, el deslumbrante ultrabarroco iberoamericano es la afirmación sobre la piedra, en millares de templos y portales, de un mensaje de orilla a orilla, que nadie pudo trasladar ni quitar como un fichero de la Unión Minera. Era el trabajo en común o en lo que había de común en el siglo XVI.

Y sin hundir la espada a nadie —porque la medida de nuestro orgullo es otra y también el sentido sereno de las circunstancias mundiales—, este espectáculo de la descolonización 1960, tribal y trágica, alumbra la esperanza de 200 millones de hombres que tienen ante sí, fresca y poderosa, una razón superior. Ello no disculpa nada, pero da a la tierra su color de tierra y al hombre su mirada de hombre y jamás les separamos con el dialecto o con el color de la piel.

La bandera de COSTA RICA en el Pilar

Costa Rica, el bello país centroamericano, ha renovado recientemente la bandera, que desde hace cincuenta años, en línea con los demás pabellones hispánicos, monta la guardia a la Virgen María en el templo del Pilar de Zaragoza. El embajador costarricense en Madrid, doctor Virgilio Chaverri, acompañado de su esposa e hija, realizó la ofrenda en una solemne y emocionada ceremonia. Recibió la ofrenda el arzobispo de la diócesis, doctor Morcillo, tan ligado a los países iberoamericanos, quien contestó con unas sentidas palabras al discurso del Dr. Chaverri.



En la conmemoración, en este octubre de 1960, de la Fiesta del Pilar y el Día de la Hispanidad, el homenaje de Costa Rica a la Patrona de los pueblos hispánicos es símbolo de común y plural homenaje de aquéllos a su Reina venerada en toda la

geografía del Nuevo Continente con una teoría inacabable de advocaciones.

Tal fué el sentido de las palabras del embajador Chaverri, cuyas últimas palabras fueron éstas: «Ya veis, Santísima Virgen del Pilar, cómo esta ofrenda es perma-

nente, es universal, y cómo en este día de San Jorge este humilde siervo vuestro os trae la bandera remozada de su patria, para que siga ondeando majestuosa, junto a las otras americanas que en un ritmo de eternidad alababan a su gran Señora.»

LINKER PRINCIPE, 4 MADRID
TELÉFONO 31 35 13



Miniatura sobre marfil
de 53 x 78 mm.

ORIGINAL



TRABAJO REALIZADO
MINIATURES
PORTRAITS IN OIL
PASTEL
CRAYON
FROM ANY PHOTO

De sus fotos viejas de familia, así como de las actuales, le podemos hacer estas artísticas miniaturas.

Hacemos notar a nuestros clientes que el actual cambio de moneda los beneficia considerablemente, dado que esta casa no ha elevado sus antiguos precios.

Linker

**CONSULENOS PRECIOS Y CONDICIONES
PREVIO ENVIO DE ORIGINALES**

TRABAJO REALIZADO



Miniatura sobre marfil
de 53 x 78 mm.

RETRATOS AL OLEO
ID. AL PASTEL
ID. A LA ACUARELA
MINIATURAS
SOBRE MARFIL
MINIATURAS
CLASE ESPECIAL
DIBUJOS DE CUALQUIER
FOTOGRAFIA

ORIGINAL



Santa Isabel de España

In síntesis del reinado de Fernando e Isabel pudiera cifrarse en el vuelo de unas flechas y las ataduras de un yugo. Tras de representar la letra inicial de sus nombres de pila, adquiere otro significado más trascendental. Es la abreviatura de sus caracteres dispares, tan opuestos, como lo es el impulso que lanza un venablo, de la amarra que detiene, lo que nadie podría desunir. El precedente de elegir escudo, lo siguió su nieto Carlos, el Emperador; al adoptar como emblema heráldico las columnas del PLUS ULTRA, símbolo de sus ambiciones de universalidad.

El ímpetu ciego del enamorado de Isabel de Trastámara, que olvida su real jerarquía y llega hasta ella disfrazado de arriero, ¿no es la trayectoria audaz de una flecha disparada? Con su gesto desafió a Enrique IV y a su valido el marqués de Villena, ejecutor de una orden prohibitiva de acercamiento a la princesa.

Había hecho don Fernando de Aragón en una venta de Almazán la apuesta de que entraría en Valladolid, pese a la defensa del Rey y estorbaría el casamiento de su hermanastra Isabel con el gran maestre de Calatrava. Igual arrolladora acometividad de flecha tuvo Fernando para eliminar a otros pretendientes de Isabel. Uno de ellos el hermano del rey de Francia, y otro el príncipe de Viana, hermano primogénito del arrogante don Fernando, vencedor en esa rivalidad amorosa suscitada por la gentil princesa de Castilla. Ella supo imponer el Yugo de su voluntad a los que trataron de impedir su unión con el elegido. Buscó apoyo en la suprema autoridad pontificia y solicitó de Pío II la Bula que convirtiera en matrimonio canónico indestructible la ceremonia clandestina por la que se unieron los enamorados en Valladolid el 19 de octubre de 1469, sin saberlo Enrique IV. Hubo luego reconciliación de éste y su hermana ante los toros de Guisando, accediendo aquél a la exigencia de Isabel de reconocimiento de sus derechos de sucesión a la Corona. Ya sentados en el trono los esposos demuestran cuán distinto es su modo de opinar acerca de los problemas de Estado. Don Fernando siente apetencias de ensanchar horizontes, con generosidad emprendedora. Convertirá los burgos en ciudades. Todo ha de ir a tono con ese *Renacimiento* que da nombre a la época en que viven. A doña Isabel gústale más recomponer lo viejo, a fin de conservar lo que no debe desaparecer. Por ello, debe otorgársele el ingente título de *Zurcidora* de España. Así la denominó la condesa de Pardo-Bazán en una de sus donosas narraciones. La reina, que sabía hilar con tanto primor, no podía errar en esa labor cotidiana de trenzar la urdimbre de cabos sueltos, hilos pequeños que enlazaban problemas vitales para sus vasallos, los más pobres y humildes. Había estudiado de cerca, recorriendo caminos castellanos, en incansables jornadas, de amazona, las necesidades de su pueblo, pues para ella *afanarse era gobernar*. El hilo irrompible del buen ejemplo tornaba firme el tejido roto. Iba formándose el yugo de la España unificada.

Cuando Fernando en persona manda sus lanzas y ballesteros que desfilan al monorrítmico compás de *Yo, el rey; Yo, el rey* (desconcertante contrapunto para los partidarios de la Beltraneja, que le disputa sus poderes reales), a ese alarde de marcialidad vanidosa —flecha al viento— opone la reina su solidez básica, que afianza la Victoria. Se transmuta en despensera, que alimenta a los soldados; con su

Alcancia de Segovia, establece la *Santa Hermandad*, que mitigue los dolores y fatigas de la campaña.

Ya ondea el pendón de Castilla en la torre almenada de Toro. Huyó, derrotado, el adversario que pretendía imponer la realeza de una hija de Beltrán de las Cuevas. Isabel, que en momento culminante de la batalla, hizo voto de elevar un templo a San Juan Evangelista, cuyo nombre llevaron su padre y su único hijo varón, muerto en edad temprana, encarga al artífice Juan Guas, maestro en arte gótico, ojival y plateresco, la construcción de un recinto catedralicio que sirva de asombro a generaciones venideras. Aún nos queda en Toledo la maravilla de San Juan de los Reyes, que conmemora las glorias bélicas de Toro.

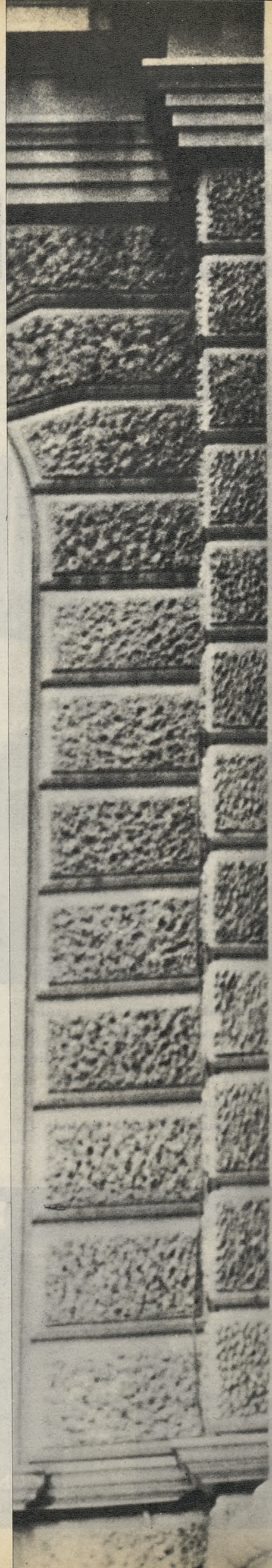
Durante el período de la Reconquista, si Fernando es el caudillo de viriles arrestos que derrota a Boabdil, Isabel, en su campamento de Santa Fe, atiende a los heridos o reza por los muertos. Ya en su poder las llaves de la Alhambra, manda izar la Cruz de Cristo en la Torre de la Vela y liberta por su mano a 10.000 cautivos encerrados en las mazmorras.

A la rendición de Granada, sigue muy de cerca la empresa del Descubrimiento de América, combatida en principio por don Fernando. Con las Juntas salmantinas y cordobesas, se niega a coadyuvar los propósitos de Colón. Pero Isabel se siente dispuesta a patrocinar la fabulosa aventura marinera. Escucha la voz persuasiva de su confesor fray Juan Pérez, franciscano de La Rábida, en cuyo convento se albergó Colón. El religioso logra convencer a la reina. Debe apoyar el esfuerzo de quienes pretenden llevar por mares desiertos hacia otras tierras lejanas el espíritu de Cristo que pueda reinar en ellas.

El entusiasmo místico de Isabel por ensanchar el Imperio de la Cristiandad, se transmite a su esposo con dimensiones humanas. Impetuoso, redacta las leyes que habrán de regir lo que aún está por descubrir. Isabel contrae deudas con el erario de Castilla. Deja en prenda las joyas de su corona, a fin de reunir el dinero que fletara las carabelas. El rey es el vuelo del pensamiento, la ideología de dominar con su fuero un mundo desconocido. La reina asume el peso abrumador de la obra, que sin el empuje de su corazón no se hubiera realizado. Acaba de consolidarlo Isabel cuando, al regreso de Colón, se apresura a enviar en el segundo viaje del Adelantado de Indias lo que más puedan necesitar aquellos súbditos tan amorosamente amparados por ella.

La reina se preocupa de intensificar siembras en los trigales de Castilla. Es preciso mandar a Ultramar mucho grano que asegure a los indios pan blanco, alimento corporal y hostias divinas con que nutrir el alma. Era indispensable que a los salvajes, convertidos al Cristianismo, se les procurase mejora de vida, con disposiciones justas e igualitarias que les acercaran más a Dios, de quien sus catequizadores se decían enviados. En el pan, sustento temporal y manjar de la vida eterna, al convertirse en la Divinidad de Cristo, se contenía cuanto necesitaba el Mundo descubierto. La dimensión exacta de las perfecciones de Isabel se traduce en sus postulados de mayor ahínco. Buenos ejemplos encerrados en la conducta de gobernantes abnegados y grandes cosechas agrícolas, para saciarles antes de escuchar la palabra de Dios; sólo así podrían asimilar sus entendimientos, la teoría de las fraternidades humanas.

Otras de las sublimes inspiraciones de la Reina de Castilla fué enviar el primer oro llegado de





Dos de los muchos
monumentos
que a la memoria
de la reina Isabel I
de España
han levantado
los pueblos
de su estirpe:
a la izquierda,
en San Salvador;
a la derecha,
el de Madrid,
en una ceremonia
reciente

Indias al Pontífice Alejandro VI, a fin de que pudiera dorarse el altar mayor de la Basílica de Santa María, en Roma. Así lo atestigua una inscripción latina esculpida en sus paredes. Con tal medida quedaba desvirtuada la menor idea de lucro, mediante las riquezas producidas en los dominios anexionados a España. Si de ésta partió la Cruz en embajada de paz y amor, la ofrenda del oro de países ya redimidos, al altar máximo de la Cristiandad debía dedicarse.

Don Fernando consiguió después ensanchar su soberanía de tierras en Italia. El arrojado del Gran Capitán, don Gonzalo de Córdoba, le ganó otro trono en Nápoles. Pero la reina opinaba que las empresas del mar latino eran secundarias ante la amenaza que se cernía sobre la que ella ansiaba hacer UNA-GRANDE-LIBRE. La espada recia de don Gonzalo debía emplearse en combatir viles banderías e intrigas cortesanas. Abrirle nuevos caminos a la anchura de Castilla que otros pretendían cerrar. Y don Gonzalo acude a la llamada de la reina; con su denuedo, el Gran Capitán afianza la conquista de Baza, soliviantada por la astucia de los moros vencidos en Granada. Sus victorias pregonan la previsora ternura maternal de Isabel.



que se desvela por el bienestar de sus vasallos. Y se ata, irrompible, su yugo, con España inmortal, en el testamento dictado sobre su lecho de agonía. Al que dió perennidad artística e histórica un lienzo debido al pintor Rosales. Antes de rendir su espíritu al Creador, Isabel queda amarrada perpetuamente al recuerdo de una patria, que le debe su engrandecimiento.

La última flecha de don Fernando de Aragón tórnase en dardo de Cupido en la inclinación que le lleva hacia Germana de Foix, su segunda esposa. Vuelve a acentuarse el contraste. ¿Quién osara imaginar que Isabel hubiera reincidido en nuevas nupcias al ser ella la viuda? Un yugo de oraciones y la venerada recordación del compañero de su vida, hubieranla uncido a su memoria, aun después de ser roto, por la Muerte, el vínculo matrimonial. En Isabel se conjugaba el modo perfecto de hermanar lo humano y lo divino. Esa fórmula excelsa bastó por sí sola para consagrarla mujer excepcional y reina impar.

El yugo simbólico, alegoría de Isabel la Católica, debiera estar tejido con flores de siemprevivas y tan presente en pluralidades de climas como en continuidad de generaciones. Esas flores pueden trocarse en letras que compongan este título: SANTA ISABEL DE ESPAÑA, PATRONA DE DOS MUNDOS.



El enigma de la nacionalidad de Colón sigue
aún en pie.

Los pontevedreses le proclaman
empecinadamente paisano suyo.

Y éste es el monumento de Pontevedra
a su hijo ilustre.

A la izquierda: un patio interior
y un pozo de aguas dulces:
el interior del Monasterio de La Rábida



LOS LUGARES COLOMBINOS

Realmente, la Historia es caprichosa. Sin gran razón, hace de cosas, hombres y lugares, capítulos célebres que nunca se olvidan. Hay un momento cumbre que a veces pasa inadvertido y se convierte en famoso después. Antes de ese momento, sus protagonistas son vulgares, nadie les tiene en cuenta. Luego, vienen unos y otros atacando o defendiendo, descubriendo o inventando. Y la Historia se encarga de dar la inmortalidad a lo que fué vulgar. Véase, si no un día, hace casi quinientos años, llegó un viajero a España. Desembarcó en el Puerto de Santa María. Y tomó el camino de la villa de Huelva, situada en la costa baja del Atlántico, entre Guadiana y Guadalquivir. Traía un hijo consigo con el propósito de dejarlo en casa de los familiares que tenía en esa ciudad. Puede ser que errara el camino, olvidara un río o pensara tomar una barca. El caso es que se encontró ante las puertas de un monasterio blanco. Entre el monasterio y Huelva está la confluencia del Tinto y el Odiel. Una avenida grande de aguas verde-roja. El único puente está hoy —y suponemos que entonces— veinte kilómetros más atrás; es decir, a su espalda. Si el viajero no hubiese cruzado antes, habría llegado a Huelva por el camino normal de la otra orilla, sin ocasión de llamar a las puertas de los franciscanos. Pero las puertas se abrieron y él entró.

Y si, años más tarde, el viajero no hubiera tocado las costas de América como descubridor de un Mundo Nuevo, nadie recordaría hoy el nombre de Cristóbal Colón, ni saludaría al Monasterio de la Rábida, a Huelva, al Tinto, a Palos, a Moguer, al camino y a la costa como lugares donde se realizó el milagro de una gran aventura. Porque viajeros andan todos los días por todos los caminos de la Tierra.

UNA GEOGRAFIA PARTICULAR

El cuaderno de los viajes de Colón por España está nutrido de itinerarios: La Rábida, Granada, Córdoba, Salamanca, Barcelona, Sevilla, Sanlúcar, Valladolid... Pequeñas villas, ciudades, puertos, universidades, monasterios. Pero lo más importante para él, donde más huellas dejó su idea fija secundada por la fe de unos hombres que le siguieron, fué en la franja luminosa, marinera y tranquila que sigue el camino del río Tinto, desde Moguer hasta el mar. Son los tradicionalmente llamados Lugares Colombinos y señalados por una fecha: viernes, 3 de agosto de 1492.

Cómo eran esos lugares entonces lo sabemos, más o menos, por la Historia. Hoy, vivo aún el recuerdo en cinco siglos, vamos a recorrerlos otra vez. No por caminos carreteros, sino por superficies de asfalto. Alguna vez nos desviaremos por senderos, entre los pinos, o por orillas de agua con sal. Así, podremos reunir en un catálogo 1959, la Historia que ronda al año de gracia de 1492.

A VISTA DE PAJARO

Los colores fundamentales de la zona son cuatro: azul, verde, rojo y blanco. Azul claro, el mar. Pero azul limpio, un poco enneblinado de tanta luz. Verde, el conjunto de pinos, eucaliptos y romerales. Yo no quiero decir que este verde sea el más perfecto. Pero me atrevo a afirmar que pocas cosas hay de un verde tan intenso. A veces, es también verde el agua de la ría de Huelva, que se escapa tierra adentro. Rojo el río Tinto, como el vino. Tinto de los minerales de cobre, entre los que nace al norte de la provincia, en los yacimientos que llevan su nombre: Río Tinto; explotados muchos años por los ingleses y nacionalizados ahora. El blanco se reserva para las playas —playas bajas— y las salinas, campamentos de tiendas de sal apilada y de pequeñas piscinas donde cristaliza.

Entre los colores, y de Este a Oeste, dos pueblos, un monasterio, una ciudad y varios monumentos y edificios conmemorativos del Descubridor: Moguer, Palos, La Rábida, Huelva, la columna del IV Centenario, la estatua de Colón y la Cruz del Descanso.

Visto todo esto hoy desde el avión, aparece punteado por varios muelles, un faro, los yates que van a Punta Umbría y los barcos de pesca y carga que tocan el puerto de Huelva. A la derecha mirando hacia poniente, la carretera general y los trenes que vienen cargados de mineral desde Río Tinto. Cerca de La Rábida, una estatua a los aviadores que hicieron el vuelo Palos-Buenos Aires en hidro. Si es verano, también se puede ver la estela de los «snipes» y la espuma de los nadadores. Los que lleguen en coche tendrán una indicación, quince kilómetros antes de llegar a Huelva: COSTA BLANCA Y LUGARES COLOMBINOS. A VEINTE KILOMETROS, EL MONASTERIO DE SANTA MARIA DE LA RABIDA, CUNA DE AMERICA.

PELIGRO DE DERRIBO PARA EL CONVENTO MAS FAMOSO DE HISPANOAMERICA

El Monasterio de hoy no es La Rábida de hace siglos. Conserva la estructura primitiva en su esencia, pero muy restaurada. Los monjes franciscanos lo abandonaron en el primer tercio del siglo XIX y permaneció latiendo en la incuria durante más de veinte años. Las sombras de la Historia se fueron a los rincones y los pequeños lagartos siguieron los pasos de Colón, de los Pinzones y de los frailes que empujaron al Almirante hacia la otra orilla del Atlántico. En 1851, un gobernador de Huelva cursó a Madrid un escrito que decía, más o menos:

«... y propongo al señor Ministro que el Monasterio sea derribado y, con lo que se obtenga por la venta de materiales, sea construída una lápida que recuerde el paso de Cristóbal Colón por estos lugares.»

El Ministro dijo que bueno, pero que se respetara la iglesia y lo que, a juicio de los técnicos, pudiera conservarse. Pero cambió el Gobierno y pasaron a la reserva política las dos autoridades. Vino otro gobernador y dejó en suspenso el cumplimiento de la orden hasta que lo ratificasen desde la Corte. Allí guardaron silencio y se salvó el Monasterio. Después vinieron las sucesivas restauraciones que han configurado el aspecto actual de las edificaciones que aparecen recortadas y blancas contra los pinos y eucaliptos de una loma, al borde del agua, como un conjunto típicamente andaluz en el que destaca la iglesia, de estilo gótico-mudéjar y en cuyo interior se guardan los restos —sin que se conozca



exactamente el lugar— de Martín Alonso Pinzón y la imagen de Nuestra Señora de los Milagros, que recogió la despedida de los marineros, hábilmente recompuesta de la profanación sufrida durante la Guerra Española...

BANDERAS, TIERRAS Y PINTURA A LA SOMBRA DE LOS FRAILES

De la Historia antigua, coetánea de los descubridores, son la Sala de las Conferencias; los frescos de la capilla —obra del mismo Colón, según dicen—; el mirador, por cuyas arcadas meridionales entra el arco iris del mar, cielo, olor a resina, sal, ruido de costa y estrellas a la noche y que es una maravilla para la vista y el oído; el patio mudéjar, con columnas de ladrillo anaranjado; el humilde refectorio de cal y escudillas, vacío de monjes ahora. De la Historia de hoy —si se puede decir así— son los frescos del pintor Daniel Vázquez Díaz, que representan las diversas fases de la gestación en el convento de la aventura. Frailes, marineros de Palos, Colón, las gentes de los contornos. Sólo que Vázquez Díaz hizo, al pintar a los contemporáneos de Colón, los retratos de sus propios contemporáneos. Allí están el prior del convento en 1930, el hermano del Premio Nóbel, Juan Ramón Jiménez y varios vecinos del pueblo, mareantes y labradores. Según cuentan, ésta fué una de las razones por las que los frescos fueron respetados en la revolución de 1936. Nadie quiso poner la piqueta sobre su propio retrato o el retrato de sus conocidos. La pequeña vanidad humana salvó la obra de arte...

Hay una sala que emociona a los que sienten la Hispanidad como un correr de algo vivo por la sangre; es pequeña y lo que contiene no es de la época del Descubrimiento. Se trata, sencillamente, de una colección de banderas de los países hispanoamericanos, presididas por la española, y de otra colección de arquetas —plata, bronce, caoba, ébano...— conteniendo tierra de esos países.



Azul, verde, rojo y blanco.

Los colores de la región que vió partir a Colón, rumbo a lo desconocido.

Un barco de hoy surca las mismas aguas que mecieron a la «Santa María».

Esa carabela que, rediviva, se mece suavemente en el puerto de Barcelona.



El Almirante —clara verticalidad sobre los horizontes abiertos—
preside majestuosamente el ámbito marino de la Ciudad Condal

LA COLUMNA DEL CENTENARIO

A poca distancia del Monasterio se levanta una columna de cincuenta y tres metros, que conmemora y da honra al Descubrimiento y a sus hombres. Ideado de una forma, construido de otra y restaurado y cambiado al fin, el monumento de hoy no es la cruz que, según planos del arquitecto don Ricardo Velázquez, se comenzó el 29 de mayo de 1891 para ser inaugurado por la Reina Regente de España el año del IV Centenario, 1892. Pero, de todas formas, desde su remate puede contemplarse todavía el círculo de paisaje colombino, compuesto por mar, pueblos, bosques, salinas y la barra de Saltés, brazo de ría por la que salieron las carabelas al amanecer de un viernes histórico, que se celebra cada 3 de agosto con fiestas, discursos, salvas de guerra y Misa a la sombra de las palmeras del Monasterio Blanco.

LA CRUZ DEL CAMINO

Ahora no es más que un hito de piedra al lado del sendero que va del Convento a la Universidad Hispanoamericana, —que abre sus puertas cada verano a los estudiantes de todo el Mundo interesados en el estudio de los temas comunes a la Península y América—. Pero, según la tradición, antes fué cruz donde se detuvo el que luego sería Almirante de la Mar Océano, con su hijo Diego. Por fortuna, aparece como un pino más o una piedra. Tiene todavía el encanto descuidado de estar, como si tal cosa, al borde de un camino sin asfalto. Como si, de un momento a otro, fueran a detenerse allí un hombre y un niño cogidos de la mano.

COLÓN, EL EGIPCIO

Frente al Monasterio de la Rábida, pero al otro lado de la confluencia de los dos ríos, en un pequeño cabo de arena baja llamado Punta del Sebo, se levanta el Monumento a Colón, que esculpió para España y por suscripción del pueblo norteamericano, miss Whitney. Es una figura en bruto, de más de cuarenta metros, que representa, «a lo basto», al Almirante, abrazado a un timón idealizado y con la mirada puesta en Occidente, siguiendo la línea de la «Mar Tenebrosa», que fué su obsesión. El monumento es de estilo egipcio, y muchos dicen que representa a la Fe. En su basamento hay una cripta donde están grabados los nombres de todos los que embarcaron en las tres carabelas, vecinos de estas orillas y descubridores de las otras.

LOS PALOS DEL PUERTO DE PALOS

Unos kilómetros hacia el Este de La Rábida se encuentran los restos del primitivo puerto de Palos, punto de partida de los barcos. Hoy no quedan más que una serie de estacas hincadas en el fango rojizo por donde corren a su gusto los cangrejos. Los arrastres del río Tinto han cegado lo que fué ensenada de la más importante escuadra de la Historia. El puerto moderno se encuentra a cinco kilómetros del Monasterio y sirve, hoy, para atraque de los lanchones que llevan a Huelva carbón y leche y hacen el servicio de viajeros entre el puerto y la ciudad. No tiene calado para barcos de gran tamaño. Pero no hay barco con tonelaje suficiente para cubrir todo el calado de gloria de estas aguas.

LA ORDEN DE SAN JORGE

La iglesia parroquial del pueblo de Palos sirvió para las reuniones de los marinos que discutieron el proyecto. De allí eran feligreses los Pinzones, que empujaron el decaído ánimo de Colón con su dinero, sus vidas y su pericia. En la plazoleta que hay a la entrada se leyó la Pragmática de los Reyes Católicos ordenando al pueblo que se pusiera bajo el mando del genovés. El texto está reproducido en un sencillo mosaico, ribeteado de cal. También de cal es la casa de Pinzón, que, al menos, tiene una estatua en Palos. No todo el honor ha de ser para el Almirante cuando se repartieron el peligro y la emoción a medias y puso Pinzón la mayor parte del oro que costó la empresa.

LA TRISTE FONTANILLA

Es una fuente de ladrillo. De allí tomaron agua las carabelas. Su agua llegó al Nuevo Continente. Un privilegio que han tenido, con sentido de descubrimiento, pocas aguas europeas. Fué algo precioso para los marinos, temerosos de que faltase. Pero ahora está olvidada, triste, sucia, mustia, como si fuera una fuente más o unos ladrillos sin importancia.

LOS PUNTOS DEL MAPA...

Hay, también, otros lugares colombinos fuera de esta área. Con su trascendencia dentro del Descubrimiento. ¿Quién le va a negar a Pinos Puente la emoción de ser el lugar donde los mensajeros del rey alcanzaron a Colón, cuando abandonaba la Corte, desanimado y para siempre? O al convento dominicano de San Esteban, en Salamanca, que es hoy estudio general de la Orden y donde se albergó el marino durante el tiempo en que se enfrentó con la Junta de Sabios de la Universidad para defender su proyecto, sin éxito. O a Barcelona —dos millones de habitantes hoy—, que fué el punto de destino a la vuelta de su primer viaje y cuyos ciudadanos presenciaron el encuentro de Colón con los Reyes Católicos, y se asombraron al contemplar los exotismos de hombres, animales y objetos que puso como regalo en las manos de los Monarcas. O a Bayona de Galicia, que todavía guarda el recuerdo de la carabela de Martín Alonso Pinzón, la primera en tocar costas españolas a la vuelta del Descubrimiento. Una placa dice, en el puerto, que aquella ciudad fué la primera del Viejo Mundo en conocer la noticia. Y a Moguer, con su convento de Santa Clara, favorito de Colón, por cuyas calles anduvo en sus días de incertidumbre, cuando nadie, salvo aquellos frailes y marinos, se atrevían a creer en él. Y las aguas del río, y las arenas de las playas...

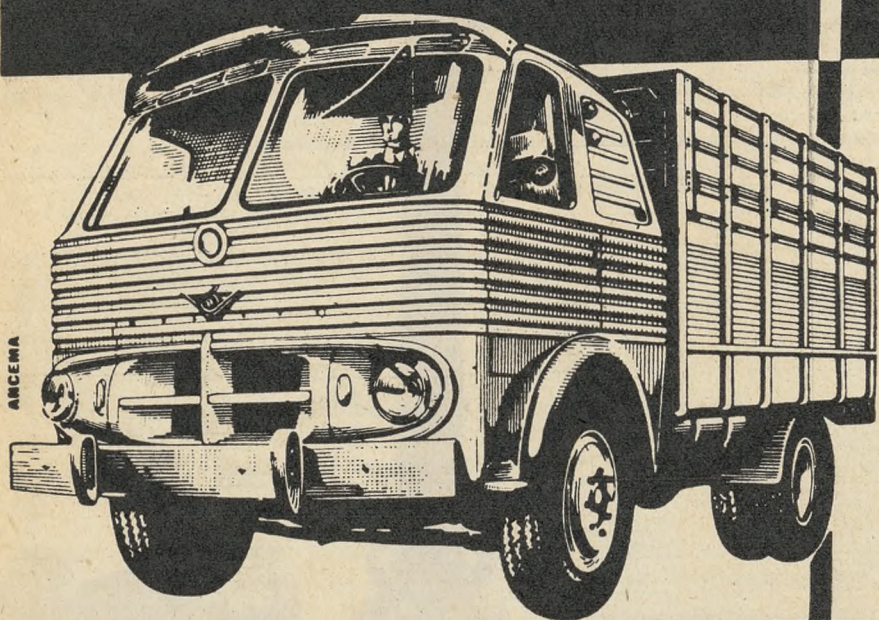
J E S U S H E R M I D A
Fotos: EUROPA-PRESS y RAMON MASATS



para sus transportes

un vehículo experimentado

MILES DE UNIDADES Z-207 CIRCULAN
POR LAS RUTAS DE ESPAÑA A PLENA
SATISFACCION DE SUS USUARIOS.



PEGASO

Z-207

7 toneladas
de carga útil

Centralizada la venta para
España de este modelo en:

Leyland Ibérica
S.A.

DESEMBOLSO INICIAL: **150.000** pesetas.

Y el resto, en **36 mensualidades de 16.000 pesetas.**

- ◆ INCLUIDO SEGURO TODO RIESGO POR TRES AÑOS
- ◆ MATRICULADO A SU NOMBRE
- ◆ LIBRE DE TODO GASTO

Solicite información a:

Leyland Ibérica
S.A.



Oficinas centrales: P.º del Marqués de Monistrol, 7 - Teléfono 47 44 00
Subdelegación: Alberto Aguilera, 8 - Teléfonos 23 74 05 y 57 34 10 Madrid

Distribuidores de la

EMPRESA NACIONAL DE AUTOCAMIONES, S. A.



BANCO ESPAÑOL DE CREDITO

DOMICILIO SOCIAL:

ALCALÁ, 14 - MADRID



CAPITAL DESEMBOLSADO Y RESERVAS:

2.323.889.389,49 Ptas.



498 Dependencias en España y África

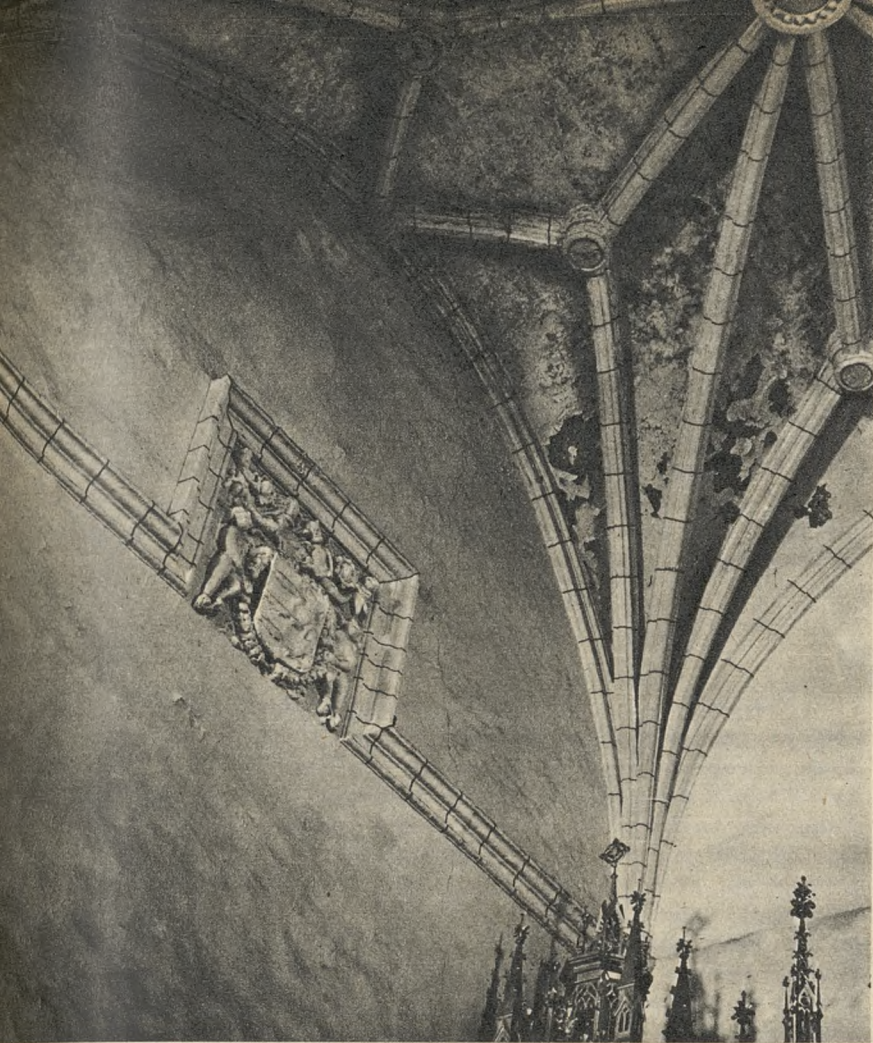


DEPARTAMENTO DE EXTRANJERO:

Cedaceros, 4 - MADRID



(Aprobado por la Dirección General
de Banca con el número 3.522)



Escudo de la familia Troche-Ponce de León, en el presbiterio de la iglesia de San José, en San Juan de Puerto Rico

LAS IGLESIAS ESPAÑOLAS en PUERTO RICO

Por ERNESTO LA ORDEN MIRACLE

En aquella mañana de junio de 1957, recién llegados a este San Juan de Puerto Rico moderno y pimpante, cuya edad más remota parece ser a primera vista la de la reina romántica doña Isabel II, descubrimos en el viejo San Juan un poquito de Edad Media.

Estábamos visitando la catedral, revestida toda ella en un neoclásico modesto del siglo XIX, cuando el amable sacerdote que nos acompañaba empujó una puertecilla cercana a la capilla mayor y nos dió entrada en el siglo XVI. Nos asombramos de vernos en una estancia cuadrada, cubierta por bóveda estrellada de crucería, que parecía la sala capitular de alguno de nuestros monasterios medievales. Divisamos otra sala análoga, también con buena bóveda de piedra, pero nuestras miradas se clavaron en un rincón de la primera pieza, donde se abría el arranque de una escalera helicoidal, con gruesas estrías de forma de maromas en el poste central del caracol. Todavía al otro lado del presbiterio, ocultas también a los ojos de quienes visitan la iglesia, descubrimos otras dos salitas góticas, parecidas a tramos de un claustro, con ménsulas de estatuaria plateresca. Todo aquel conjunto inesperado, las cuatro salas y la escalera de caracol, eran una hermosa muestra del gótico tardío de Castilla.

Mayor sorpresa nos dió poco después la visita de la actual iglesia de San José, que perteneció en otros tiempos al convento dominico de Santo Tomás. Enteramente encalada bajo el sol, en una plazuela de encanto provinciano, aquella iglesia nos pareció por fuera una parroquia barroca de Andalucía. Nuestro asombro fué inmenso en su interior, cuando contemplamos las finas bóvedas nervadas de un crucero y un presbiterio dignos de las iglesias castellanas del tiempo de los Reyes Católicos. Las bolas de piedra que adornan la clave central nos aumentaron el recuerdo de Santo Tomás, de Avila, el cenobio dominico que atesora la tumba del príncipe don Juan de España. También este Santo Tomás, de Puerto Rico, guardó unos grandes restos, los del conquistador don Juan Ponce de León, que ahora descansan en la catedral. Sus armas han quedado esculpidas en la capilla mayor de San José, unidas a las de su yerno, García Troche. Un león y tres rucas entre dos pajes, bajo un dosel de tritones y sirenas, ponen su sello de piedra sobre la que el marqués de Lozoya ha llamado la «Edad Media» de Puerto Rico.

EL PRIMER OBISPO DE AMERICA

Es que a Puerto Rico le correspondió, a pesar de la primogenitura hispánica de la vecina isla de Santo Domingo, o La Española, el honor de sustentar la primera sede episcopal del Nuevo Mundo. Cuando el canónigo de Salamanca, don Alonso Manso,

llegó a tomar posesión de su sede borinqueña, en junio de 1513, aún no había arribado ningún prelado a La Española. El actual obispo norteamericano de San Juan, monseñor Jaime Davis, cuenta con cincuenta y cinco predecesores en su diócesis, y está orgulloso de sus dos iglesias góticas auténticas, construídas cuatro siglos antes que la catedral de San Patricio, de Nueva York.

Pero el primer impulso civilizador y misionero no se mantuvo por mucho tiempo en las Antillas. Los indios de Borinquen desaparecieron casi por completo en pocos años y los españoles de Puerto Rico encontraron más posibilidades de riqueza en Méjico y en Tierra Firme. «Dios me lleve al Perú», decían los colonos isleños cuando hacían escala en San Juan los barcos que iban para Panamá, en los que procuraban embarcarse clandestinamente, en contra de las órdenes del Rey. Fué en vano que un gobernador furibundo castigara a los fugitivos mandando que les cortasen un pie. Entre los que emigraron de Puerto Rico por aquellos años figuraba un hidalgo del pueblo de San Germán llamado Gaspar de Flores, que había de ser padre de Santa Rosa de Lima.

Fué inútil que el segundo obispo de Puerto Rico, don Rodrigo de Bastidas, que gobernó de 1541 a 1567 su vasta diócesis —que entonces incluía hasta la costa de Venezuela y la Guayana—, se empeñase en construir, según sus palabras, «una catedral toda de cantería y muy real edificio», inspirándose nada menos que en la catedral de Sevilla. Aunque trajo las piedras afanosamente de una cantera del río de Toa, con seis leguas de navegación por el río y el mar, y mandó esculpir su escudo junto al de Carlos V en la capilla mayor —en la que, por cierto, se alzaba un mausoleo del obispo Manso, en alabastro—, no pudo terminar más que la cabecera de la iglesia, dejando el resto en obra de maderas y de tejas. Los obispos siguientes lucharon a brazo partido con la pobreza y con los huracanes, con la ocupación inglesa de 1598 y el incendio holandés de 1625. Bueno era el órgano, pero los ingleses se lo llevaron. Magnífica era la biblioteca del obispo don Bernardo de Balbuena, pero la quemaron los holandeses. Al comenzar el siglo XIX la catedral de Puerto Rico estaba definitivamente frustrada. Los ingenieros militares la terminaron discretamente en 1850. Menos mal que un moderno museo catedralicio, instalado con mucho decoro en una sala barroca, conserva la hermosa talla de la Virgen del Seminario, la custodia de plata que regaló Carlos V y otras joyas del antiguo tesoro.

La iglesia conventual de Santo Tomás fué algo más afortunada. El gobernador don Iñigo de la Mota la terminó con aire barroco, en 1641, y en ella quedan, además de la cabecera gótica, dos capilla con cúpulas y dos obras de arte muy considerables: la tabla flamenca de la Virgen de Belén y la talla berruguetesca del Cristo de los Ponce.

Las iglesias que se construyeron más tarde en Puerto Rico, a compás de la colonización campesina por toda la bellísima isla, ya no tuvieron las pretensiones monumentales de los obispos y los dominicos primitivos. Las catedrales y los conventos de piedra quedaron para los ricos virreinos de Méjico y el Perú. Lo más necesario en Puerto Rico era construir castillos, levantar esas murallas de San Juan que hoy son el monumento histórico más importante de los Estados Unidos. Los colonos tenían bastante con iglesias muy modestas, de mampostería o de barro, empezando por esa bella capilla del convento de Porta Coeli, en San Germán, que es poco más que una tienda de campaña, un almacén de maderas cubierto de tejas —muy semejante al granero de nuestro monasterio del Paular—, en el que el Instituto de Cultura Puertorriqueña va a instalar con muy buen acuerdo un museo de la escultura religiosa de Puerto Rico.

¡Qué hermoso es, bajo el cielo azul de la isla, llegarse a cada uno de los pueblecitos de eufónicos nombres —Aibonito, Guayanilla, Hormigueros, Humacao, Cayey...— y buscar en la amplia plaza, bien sombreada de árboles, las espadañas y los cupulines



Conjunto gótico renacentista del crucero y el presbiterio de la iglesia de San José. Un solo arco triunfal ante el presbiterio

de sus humildes iglesias españolas! En Toa Baja hay un frontal de plata que nos recuerda que en aquel verde valle estuvo la Granja de los Reyes Católicos, primer jardín de aclimatación de las plantas de Europa y Africa en América. En Loiza Aldea, pese a la torpe reconstrucción de su iglesia, todavía celebran los morenos con grandes pompas la fiesta del apóstol Santiago. En Hormigueros, sobre una colinilla, los campesinos veneran a la Virgen de Montserrat. Guayanilla, Guaynabo, San Mateo de Santurce, Aguadilla, Cayey, Lares y tantos otros pueblos lucen sus estampas de ermitas andaluzas o canarias. Hay dos pueblos, no lejanos entre sí, Carolina y Vega Baja, en los que el ingeniero militar don Antonio María Guitián construyó dos iglesitas gemelas que tienen un mismo aire de construcciones infantiles. En Ponce, sobre la iglesias dieciochesca de tres cupulines, plantada admirablemente en el centro de la gran plaza, se han alzado modernamente una nave de falsa crucería y dos torres de empaque, que componen bien la fachada de la hoy cate-

dral. En Sábana Grande hay una iglesia de línea clásica muy pura, enriquecida con las estatuas dieciochescas de San Isidro y Santa María de la Cabeza, obras del artista puertorriqueño Tiburcio Espada. En Humacao y en Guayama, ya a fines del siglo XIX, los vecinos alzaron dos templos de buen porte, uno de líneas góticas y otro de inspiración románica.

Quizá la obra más importante del siglo pasado sea la iglesia de Arecibo, con tres naves de bóvedas académicas, tan solemne que los soldados americanos de 1898 la calificaron de catedral, pero la parroquia más linda de Puerto Rico seguramente es la de Coamo. El viejo hato ganadero de Blas de Illescas, junto a unas aguas termales que ya utilizaron los indios, tenía en 1579 una iglesia con lámpara de plata y dos ermitas, Valvanera y Alta gracia. Hoy le queda su ermita riojana, oculta en un colegio de monjas modernas, y, sobre todo, su parroquia barroca, construida seguramente de una sola vez en el siglo XVIII, un verdadero primor de sencillez.

ERMITAS EN LA GRAN CIUDAD

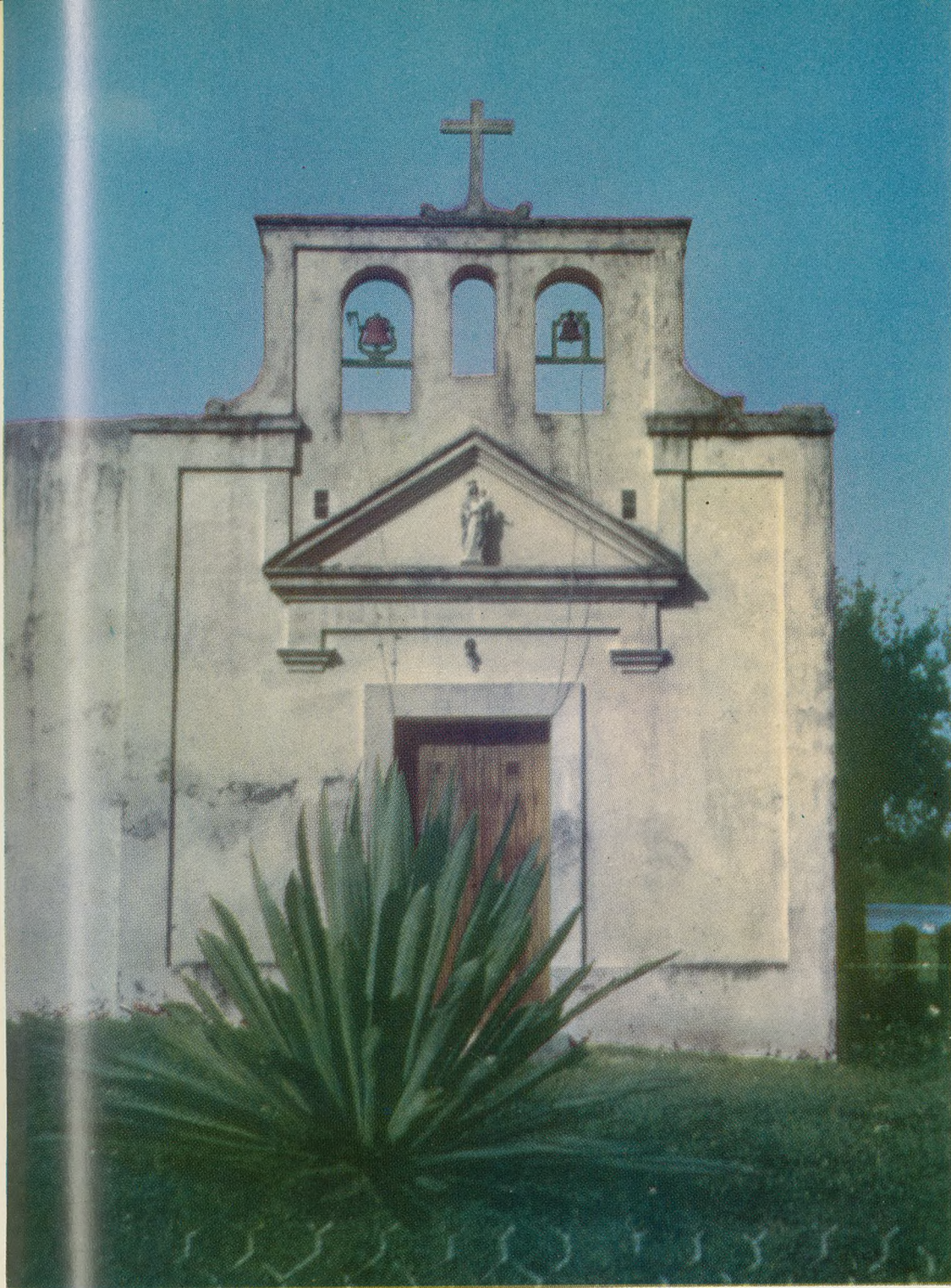
Volviendo de la isla eglógica hacia la plaza amurallada, las ermitas puertorriqueñas acabaron por conquistar la ciudad de San Juan. Ha desaparecido la iglesia de San Francisco, que tuvo tres naves y una espadaña de cuatro campanas, pero su capilla de la Venerable Orden Tercera todavía nos certifica de su aire rural. Las iglesias de Santa Ana y del Carmen pregonan lo mismo, la primera con el Sacramento siempre expuesto en medio del distrito comercial, y la segunda, a punto de convertirse en el comedor de un hotel pintoresco para turistas, que tendrán su piscina cinematográfica en el antiguo claustro de la clausura carmelita. Pero la ermita por antonomasia en San Juan es la del Cristo, la minúscula celda barroca colgada sobre la muralla.

Y todavía existe en San Juan, entre los edificios comerciales y los millares de automóviles, una bandada de capillas románticas del siglo XIX español. Todas son neoclásicas, de muy buen dibujo, construidas por ingenieros militares que conocían las reglas de la Academia de San Fernando. Son la del Colegio de Párvulos, en la pintoresca calle de San Sebastián; la del antiguo Seminario, en la calle del Cristo; la del que fué Hospital y luego Cárcel, en Puerta de Tierra; la que se alza en el Campo del Morro, donde, más o menos, se dijo la primera misa en la isleta de San Juan; la del Arsenal isabelino, que tiene un bello pórtico de columnas dóricas y una bóveda abierta como la del Panteón; la del cementerio de Santa Magdalena de Pazis, con su buena rotonda junto al mar, al pie de las murallas y entre las tumbas de los poetas puertorriqueños Gautier y De Diego y el poeta español Pedro Salinas...

Y UNA IGLESIA PUERTORRIQUEÑA EN ESPAÑA

Después de haber visitado con mucho amor todas y cada una de las iglesias españolas de Puerto Rico, quiso la Providencia que descubriéramos hace pocos meses una iglesia puertorriqueña en nuestra patria. Estábamos en Segovia, en pleno invierno, unos buenos amigos puertorriqueños y nosotros, disfrutando de la hospitalidad de los marqueses de Lozoya. El marqués, tan humano y erudito, nos mostraba las piedras romanas del Acueducto, las torrecillas flamencas del Alcázar, los capiteles románicos de las viejas parroquias y las sublimes bóvedas góticas de la Catedral. Nos llevó a ver su Cristo, el Cristo de los Lozoya, tan bello como el de los Ponce en Puerto Rico, y nos hizo dar unos pasos más hasta una capilla majestuosa, de piedra y de madera dorada, en la que el arte de Churriguera florecía como una piña tropical. Aquella capilla la mandó construir a fines del siglo XVII el arcediano de Segovia e inquisidor de Valencia don Antonio de Ayala y Berganza, natural de Puerto Rico, cuya tumba es visible junto a la de otros tres hermanos suyos, todos puertorriqueños y beneficiados en aquella estupenda catedral.

Sentimos un sobresalto de emoción, después de haber visto tantas veces a España en Puerto Rico, al encontrarnos aquella presencia de Puerto Rico en España. Nos impresionó ver que los cuatro hermanos Ayala, establecidos en la madre Castilla, habían devuelto, en cierto modo, a España lo que ella había invertido en las Antillas, dejándola no solamente sus cuerpos mortales criollos, sino también las rentas de sus haciendas de ultramar. Vimos, entre las hojarascas barrocas del altar, varios hermosos ángeles coronados con plumas, como indios. Y comprendimos que los canónigos actuales de Segovia, durante los meses de invierno, en vez de cantar sus horas en el aterido coro de la Catedral, se refugian en esta capilla de los cuatro hermanos Ayala y Berganza, al calor del incendio de Churriguera y de los soles lejanos de la isla de San Juan.



Arriba: Ermita de Palo Seco.—En la parte inferior: Iglesia de Guayanilla.—A la derecha y de arriba abajo: Capilla del Cementerio, Iglesia de Arecibo y plaza e Iglesia de Humacao.





El Instituto de Cultura Hispánica
de Madrid en un 12 de Octubre

EL MUNDO HISPANICO y los ESTADOS UNIDOS

por Alfonso Junco

Suelen oírse algunos increíbles desatinos acerca de la Hispanidad, suponiéndola adversaria de la Mejicanidad, cuando no es sino la ensanchadora y fortificante vinculación de ésta con todos los pueblos de la vasta familia hispánica. Hay que empezar por definir el vocablo, para entenderse y opinar juiciosamente.

Con la palabra Hispanidad designamos dos cosas. Por una parte, el espíritu hispánico: lengua, religión, cultura, estirpe, costumbres, historia, estilo vital. Por otra parte, el conjunto de naciones informado por ese espíritu.

Ese conjunto de naciones abarca a la propia España y a los pueblos de América en que España volcó, durante tres siglos, su alma y su sangre. Los de acá constituimos Hispanoamérica. Para designarlo todo, tanto lo de acá como lo de la Península, en una voz concisa, decimos Hispanidad. Y esta designación no excluye, sino abraza amorosamente lo indígena, que quedó incorporado —sin repulgos racistas y con generoso mestizaje físico y espiritual—, en esta gran familia de pueblos que precisamente en lo hispánico reconoce su signo suscitador y coordinador, su sello determinante y unitivo.

La Hispanidad —como espíritu y como conjunto de pueblos— lleva más de cuatro siglos. Existe hoy, como existió ayer y como existirá mañana. No está supeditada a ningún régimen político ni a ninguna contingencia oportunista. Es un hecho más alto y duradero que el cambiante vaivén de las circunstancias nacionales y mundiales.

* * *

La situación de los pueblos hispanoamericanos respecto de España, tiene analogías con la situación de los Estados Unidos respecto de Inglaterra. Se rompió en un momento dado la vinculación política por las luchas de independencia; pudo entonces venir y explicarse un período de resentimiento y desconfianza; pero eso pasó definitivamente, y queda la similitud de espíritu y cultura, el aire de familia, el indestructible parentesco.

Y así como Inglaterra ni quiere ni puede volver a dominar en los Estados Unidos, así España ni quiere ni puede volver a dominar en Hispanoamérica. Imaginar cualquiera de ambas cosas es igualmente ridículo y grotesco.

Pero es enteramente natural que España e Hispanoamérica se acerquen y fraternicen, como es enteramente natural que lo hagan —y están haciéndolo— Inglaterra y los Estados Unidos. Para lo cual no se requiere que exista igualdad de sistema político entre ellos: y de hecho no existe. Existen afinidades más profundas.

Y así como la hermandad de Inglaterra y los Estados Unidos en nada nos ofende ni se opone a nosotros, así la hermandad de los pueblos hispánicos en nada ofende ni se opone a los Estados Unidos. El ser buenos parientes de nuestros parientes de ninguna manera dificulta el ser buenos vecinos de nuestros vecinos.

* * *

Los vecinos de Angloamérica e Hispanoamérica representamos culturas distintas, pero que pueden y deben complementarse y perfeccionarse recíprocamente. Somos diferentes, mas la diferencia no es un obstáculo, sino un estímulo de la amistad. Me parece una estéril tontería el pretender que somos parecidísimos, y hasta iguales, y que, por eso, hemos de ser amigos. Fincada en tal ficción, la amistad resultaría también ficticia. Y nosotros queremos una amistad auténtica, mutuamente respetuosa, mutuamente comprendedora y fecunda.

De una amistad así, vendrá el estudiar y entender nuestras diversidades, y —manteniendo cada quien su propio ser autónomo—, el promover un intercambio y una asimilación vital de lo mejor que cada uno tiene.

Nosotros no queremos ni la peste del divorcio, ni las estridentes vulgaridades del «jazz», ni los agravios de la propaganda protestante; y en los Estados Unidos no pueden querer ni nuestra indisciplina, ni nuestra insalubridad, ni nuestros opresores disfrazados de demócratas. Pero nosotros sí queremos la auténtica libertad religiosa y civil, la solidaridad social, el espíritu de empresa que florecen en los Estados Unidos; y allá sí pueden querer nuestra religiosidad entrañable y efusiva, nuestra sensibilidad estética, nuestro hogar enraizado y prolífico.

* * *

Analizar nuestras diferencias y nuestros puntos de contacto, declarar con amistosa franqueza y con ánimo constructivo nuestras virtudes y nuestras fallas para procurar un ajuste recíprocamente beneficioso, es idónea tarea de hombres libres. Es inteligente esfuerzo de buenos vecinos. Porque la amistad verdadera sólo puede fincarse en la verdad.



DACIA

la primera fundación hispánica

por Pamfil Seicaru

(Ilustraciones de Juan L. Montero)

Podríamos decir que hay ciertos pueblos cuya vocación es la de fundar grandes imperios, cosa que no tiene nada de común con el espíritu emprendedor de que dan prueba otros pueblos, cuyo ideal se cifra en explotar, en forma colonial, los países ocupados. Los primeros facilitan la formación de pueblos nuevos, a los que llevan el progreso. Los segundos, siendo su dominación efímera por naturaleza, no dejan huellas constructivas. A la primera categoría pertenecen los ibéricos, que han puesto de manifiesto esta vocación de fundadores; basta citar los ejemplos del Descubrimiento de América y de las Filipinas para poder otorgarles el título de civilizadores y fundadores de países nuevos. No obstante, no es exagerado afirmar que la primera expansión de los ibéricos se registró en la Dacia Trajana, región ocupada por los getas-dacios.

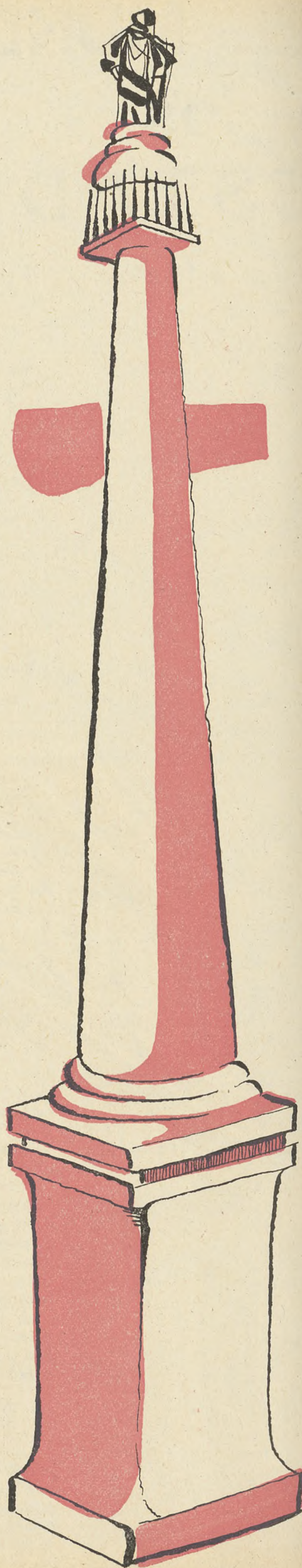
¿Quiénes eran estos getas-dacios que durante siglo y medio dieron muchos motivos de inquietud a los romanos y que constituyeron el asomo de una grave amenaza para el Imperio Romano, amenaza alejada más tarde por el emperador Trajano?

El primer historiador que menciona a los dacios como pueblo es Estrabón. Afirma que los getas atravesaron el Danubio, y que los dacios —una de sus tribus— se asentaron al Norte de dicho río. Estrabón atribuye a los dacios la ocupación de la región situada a ambos lados del Danubio superior, hasta las cataratas (hoy llamadas «Las Puertas de Hierro»), lo cual significa que los dacios estaban encerrados en las montañas de Oltenia, del Banato y de Transilvania, en donde eran vecinos de los agathiros (congénere de los escitas), que habían sido los primeros en ocupar la Transilvania, donde

se habían dedicado a la extracción del oro y a la apicultura.

Los getas —según Estrabón— se habían establecido a lo largo del curso inferior del Danubio, donde tenían por vecinos a los escitas, en las provincias que hoy llevan el nombre de Valaquia y Moldavia del Sur, hasta el Mar Negro. El gran desarrollo de la dominación getodacia en el valle del Danubio se sitúa entre el año 430 antes de la Era Cristiana —época aproximada en que los dacios atravesaron el Danubio y se establecieron en los Cárpatos— y la conquista de la Dacia por el emperador Trajano, en el año 106 después de Jesucristo. Ciento cincuenta años antes de su derrota y bajo el reinado de Burebistas, rey de los dacios, Roma comenzó a darse cuenta del peligro que constituían para el Imperio Romano. Los getas y los dacios unificados por Burebistas se habían convertido en una fuerza temible; sus incursiones en la región del Ponto Euxino eran continuas.

Jerónimo Carcopino sostiene que ya en el año 59 antes de Jesucristo, había pensado Julio César en atacar a los getodacios. La importancia del peligro que éstos representaban para Roma se puso de manifiesto con la tendencia de Burebistas a inmiscuirse en la vida política interna de la República Romana. En el año 48, el rey dacio había enviado emisarios a Pompeyo cuando éste se hallaba en plena retirada hacia la Tesalia; la gestión de Burebistas venía demasiado tarde, ya que Pompeyo ya no poseía la energía necesaria para cambiar el curso de la Historia, cuyo rumbo se decidió en la batalla de Farsalia. Esta intervención del rey de los getas-dacios le había demostrado claramente a César que a la primera crisis política que se produjera en el interior de Roma, Burebistas estaría dispuesto a interponerse en calidad de árbitro. Así,



pues, la conclusión a que llegó César, para poder afianzar la seguridad del Imperio, fué ésta: era preciso aniquilar a la potencia vecina.

En el año 44, César movilizó diez mil soldados de caballería y dieciséis legiones para aplastar a los getodacios en una batalla decisiva. Jerónimo Carcopino explica las razones de la demora del César en dar la batalla, a pesar de los grandes preparativos ya ultimados: «César, tan meticuloso en sus preparativos como audaz en la concepción de sus planes, lo había previsto todo, menos el fracaso; y con una profunda sagacidad, había decidido no salir de Roma sino después de haber consolidado en ella, sobre bases incommovibles, su nueva constitución; es decir, el régimen que lo autorizara a realizar estas enormes conquistas, sin correr el riesgo de verlas algún día volverse en contra de los vencedores, minar insensiblemente y absorber —aunque fuera de un modo silencioso— al pueblo conquistador.» César implantó la dictadura perpetua, la cuasi-monarquía, como una necesidad impuesta por las enormes dimensiones del Imperio, ya que la constitución de la República no respondía ya a estas necesidades.

Al ser César asesinado el 15 de marzo del año 44, quedaba salvado el reino getodacio. Y —misteriosa lógica de la Historia—: algunos meses después del asesinato de César, el gran rey Burebistas fué igualmente víctima de una conspiración.

César había vislumbrado el peligro a que estaba expuesta Roma, periódicamente sacudida por crisis internas. Bajo el reinado de Cotiso, sucesor de Burebistas, los dacios supieron aprovecharse de la anarquía que reinó en Roma durante la contienda entre Antonio y Octavio. Cotiso apoyó la causa de Antonio, ingeniándose de tal forma en sembrar la inquietud entre los romanos, que su nombre llegó a convertirse en el terror de Roma.

El destino de la Dacia quedó decidido en el momento en que el hispánico Trajano se convirtió en emperador de los romanos. En el panegírico que hizo de Trajano, Plinio el Joven había dicho: «El emperador Nerva no os adoptó, como fueron adoptados tantos otros, en virtud de la complacencia de un marido para con su esposa. Fué el emperador, y no vuestro padre político, quien os adoptó; y Nerva se ha convertido en padre común de todos los hombres.»

La interesante figura de Trajano aparece retratada, no sólo en este panegírico, sino en la correspondencia que mantuvo con Plinio el Joven. Todos los rasgos típicos de su raza hispánica se destacan en las respuestas dadas por Trajano a Plinio el Joven, que a la sazón era procónsul de Roma en Bitinia. En ellas se ve tanto al militar previsor como al estadista juicioso.

Cuando en España aparecieron estadistas de talla excepcional, todos tuvieron visiblemente las mismas cualidades que Trajano, a saber: espíritu realista, sentido de la medida, preocupación por armonizar (conciliar) las necesidades del Estado con el espíritu de los hombres, tan desmedidos lo mismo en su apasionado espíritu de insurrectos, como en la pasividad frente a sus propios intereses.

«Hay que distinguir entre lo que exigen las circunstancias y lo que reclaman los hombres ávidos de dilatar su poder; pero para nosotros la utilidad pública habrá de ser la única norma, y, sobre todas las cosas, hemos de cuidar de que los soldados no abandonen sus banderas.» (De una carta de Trajano a Plinio.) «Al querer conservar lo que ya hemos gastado, hemos de temer perder lo que todavía gastaremos... He preferido el descanso del pueblo a mi propio descanso... Elegid, por tanto, a aquel que, dada la naturaleza de las cosas, consideréis más adecuado... Es preciso que consiga de vuestra bondad lo que la injusticia de la Fortuna le ha negado... En ningún tipo de acusación se debe aceptar una denuncia que no venga firmada: eso constituiría un ejemplo pernicioso y sería contrario a las normas que rigen nuestro reino.»

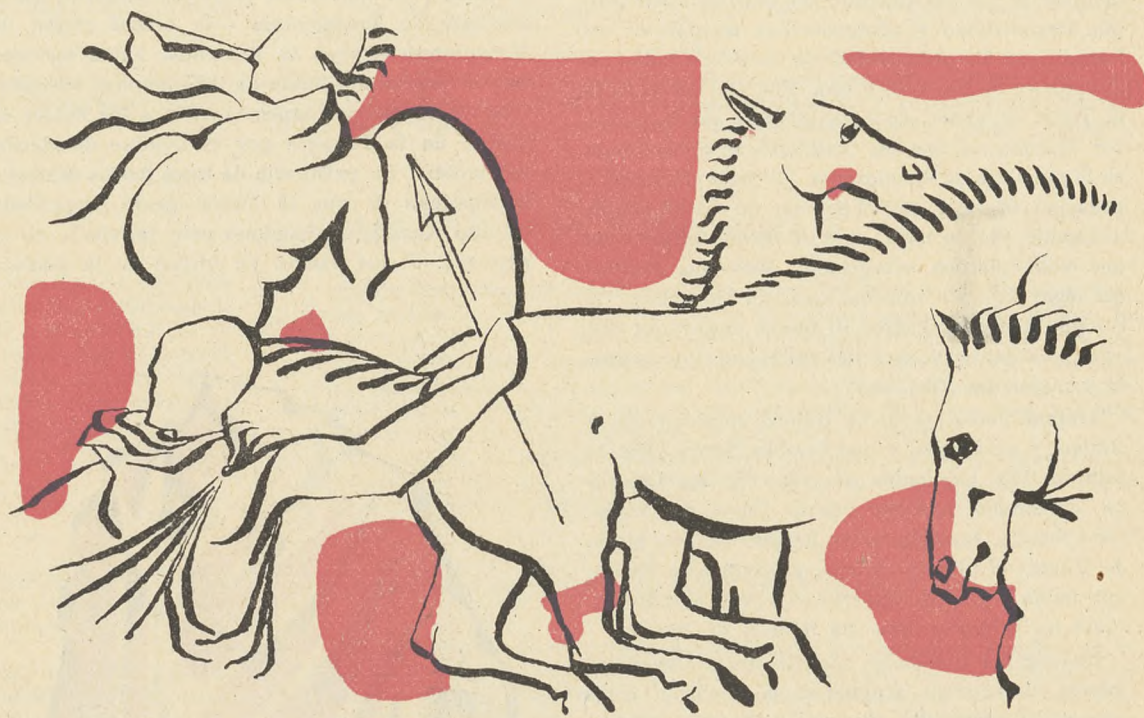
Bien conocidas son las desdichas que acarrearón las denuncias anónimas, tanto en Roma como en todo el territorio del Imperio Romano. Al hacer el

elogio de Trajano, Plinio el Joven hizo esta observación: «Jamás olvida que es un hombre y que gobierna a hombres.»

Trajano engrandeció todavía más el Imperio, fundando la Dacia Romana, del mismo modo que César había fundado la Galia Romana. De hecho, fué Trajano quien, en el período 101-106, llevó a cabo el proyecto que César había elaborado para la Dacia en el año 44 antes de nuestra Era.

Las guerras dacias acometidas por Trajano estuvieron constituidas por tres expediciones militares, dirigidas con ese arte preciso y bien calculado que los romanos sabían aplicar a todas sus empresas. El móvil de la primera guerra no fué otro que el de poner fin al tributo que los romanos pagaban a los dacios y asegurar la frontera oriental del Imperio, continuamente amenazada por los getas-dacios. Tan pronto como vió la posibilidad de vencer a los dacios en su propio territorio, Trajano se dispuso a ejecutar su segundo plan, consistente en reducir a la Dacia a la condición de provincia romana y convertir la Dacia romanizada en un bastión para contener las invasiones de sármatas y escitas.

Iniciada la guerra en la primavera del año 101, Trajano reanudó la marcha de sus operaciones en la primavera del año siguiente. Esta segunda expedición, más adentrada hacia el corazón del país, tenía como objetivo la conquista de Sarmizegetusa,



la capital de los dacios. La marcha de los ejércitos resultaba en extremo difícil, ya que los legionarios se veían obligados a abrirse camino a golpes de hacha a través de las selvas vírgenes. Pero más terribles aún que la densa espesura de las selvas y lo accidentado del terreno, donde había que atravesar ríos de caudal impetuoso, eran las fortificaciones con las que tenían que habérselas los legionarios romanos, fortificaciones que los dacios defendían con espantosa tenacidad. Los dacios vendieron caras sus vidas en esta sangrienta lucha, y fueron vencidos. Para poder salvar la capital, Decéballo consintió en firmar la paz. El mismo fué personalmente a pedir la paz a Trajano, en compañía de los dignatarios de su Corte. El emperador la aceptó, pero imponiendo como condición la entrega de las máquinas de guerra, obreros, instructores y prófugos romanos, el desmantelamiento de todas las fortalezas dacias y la alianza ofensiva y defensiva con los romanos. Trajano restauró el prestigio de Roma, que había claudicado ante Decéballo durante el gobierno de Domiciano.

Pese a las condiciones del Tratado de paz, que permitían a la Dacia seguir viviendo decorosamente, Decéballo consideró tal tratado como una tregua, y sólo en apariencia cumplió las obligacio-

nes que le imponía. Y así, abrigando la secreta intención de reanudar la lucha, buscó alianzas, reorganizó su ejército y cuando se vió en condiciones de provocar a Roma, comenzó por incumplir las cláusulas del Tratado; para ello utilizó procedimientos dilatorios, sabiendo que no había mejor modo de irritar a Trajano que demostrar menosprecio hacia los romanos. Y esta vez, el emperador se decidió a acabar con el reino de los dacios.

Las legiones romanas, acaudilladas por el emperador, cruzaron el Danubio por un puente y —en contra de lo que esperaba Decéballo— siguieron el curso del río Aluta (Olt) y penetraron directamente en Transilvania por el desfiladero hoy llamado Torre Roja, amenazando así a la capital. Esta ruta cómoda, que seguía a lo largo de la ribera derecha del Aluta, sirvió más tarde para construir la gran calzada romana que los campesinos de hoy (los campesinos son, en todas partes, un archivo viviente) llaman todavía camino de Trajano.

La campaña del año 105 fué una de las más difíciles: los dacios combatían a la desesperada, atrincherándose en las montañas, donde las selvas, muy tupidas, hacían difícil y penoso el avance de las legiones. La energía de los legionarios y la voluntad inflexible del emperador vencieron tanto los obstáculos de la naturaleza como la tenaz re-

sistencia de los dacios, y el ejército romano llegó a las puertas de Sarmizegetusa. A las proposiciones de paz de Decéballo, Trajano contestó exigiendo la rendición completa y sin condiciones. El Consejo de los Nobles, presidido por Decéballo, consideró humillantes las condiciones, y acordó rechazarlas: todos prefirieron antes la muerte. Dos sangrientas embestidas costó a los legionarios la conquista de la orgullosa capital; ante lo irremediable, los dacios prendieron fuego a su ciudad y se dieron a sí mismos la muerte. Decéballo y los restos de su ejército se habían replegado hacia el Norte, refugiándose en las montañas, para establecer enlace con los roxolanos, aliados suyos. Pero Trajano, decidido a acabar de una vez, los persiguió, tomó uno tras otro sus campos fortificados y quedó como dueño y señor del territorio, tras una lucha encarnizada. Para no ser llevado cautivo a Roma, Decéballo se dió la muerte ingiriendo un veneno. Sabía muy bien el fin que había tenido Vercingetórige, el caudillo de los galos.

La figura de Decéballo destaca grandemente ante los ojos del historiador, tanto por su sueño orgulloso y grandioso —el de conquistar la Mesia— como por su genio audaz y tenaz, así como por su trágico fin.

El año 106 marcó el fin de esta guerra cruel, que aniquiló el reino de los dacios como potencia política y militar. Conseguida ya la victoria total, el emperador romano Trajano acometió su obra de fundador, típicamente hispánica.

¿Cómo explicar la tan rápida romanización de los dacios, pueblo orgulloso, dominador y despreciador de la muerte? Tal pregunta está tanto más justificada cuanto que, en el nordeste de la Transilvania actual, había todavía dacios libres —llamados por los romanos «dacios rebeldes» (rebeldes, levantiscos)— y tribus dacias conocidas en la Historia por el nombre de cápatas. Ello se ha debido, sin duda, al procedimiento romano de gobernar respetando las tradiciones y costumbres de los pueblos conquistados. Tácito atribuye a un general romano —Petilio Cerialis— un discurso pronunciado ante un grupo de galos y que tenía por objeto convencer a éstos de que el gobierno tutelar de Roma defendía los intereses de la Galia. «Hubo siempre en las Galias tiranías y guerras hasta que quedasteis bajo nuestro mando. Nosotros, aunque muchas veces hostigados, no hemos usado los derechos de la victoria, sino para exigirlos lo que era indispensable para la paz... Ningún privilegio ni exclusivismo nos hemos reservado. De los buenos principios disfrutáis lo mismo que nosotros, aunque viváis más lejos.»

Implacables cuando se trataba de aniquilar a los adversarios, los romanos sabían, no obstante, dominar al pueblo sometido sin herir su amor propio. Organizaban y administraban un país en tal forma, que la prosperidad de éste resultaba un argumento en favor de Roma. Fué una suerte para la Dacia el haber sido conquistada precisamente por Trajano, ya que sus cualidades se conservaban en la memoria de los romanos. El título de «óptimo príncipe», otorgado por el Senado, no era un simple homenaje protocolario, sino el reconocimiento de una valía política excepcional. Eutropio, escritor del siglo IV, nos informa que, en su tiempo, el Senado romano saludaba al nuevo emperador con estas palabras: «Que seas más afortunado que Augusto y mejor que Trajano.»

Trajano había nacido en Itálica, municipio de la Bética, y pertenecía a una familia ibérica. Era la primera vez que subía al trono de los Césares un ciudadano romano nacido fuera de Italia. Otro ibérico, también de la Bética, fué una gloria de Roma: el filósofo Séneca, preceptor de Nerón, que había regido el Imperio con gran acierto durante los primeros años del reinado de Nerón.

Una de las cualidades que los historiadores romanos ensalzan en Trajano es la previsión. Este emperador preparaba minuciosamente sus campañas sin perder de vista ni aun los más insignificantes detalles, a fin de reducir al mínimo los riesgos de la guerra.

Dion Casio, al hablar de la última guerra contra los dacios, traza en breves palabras el retrato espiritual del emperador: «Trajano pasó por aquel puente el Danubio e hizo la guerra con más prudencia y seguridad que rapidez.» Una autoridad es tanto más fuerte cuantas menos veces demuestra su fuerza aplastante.

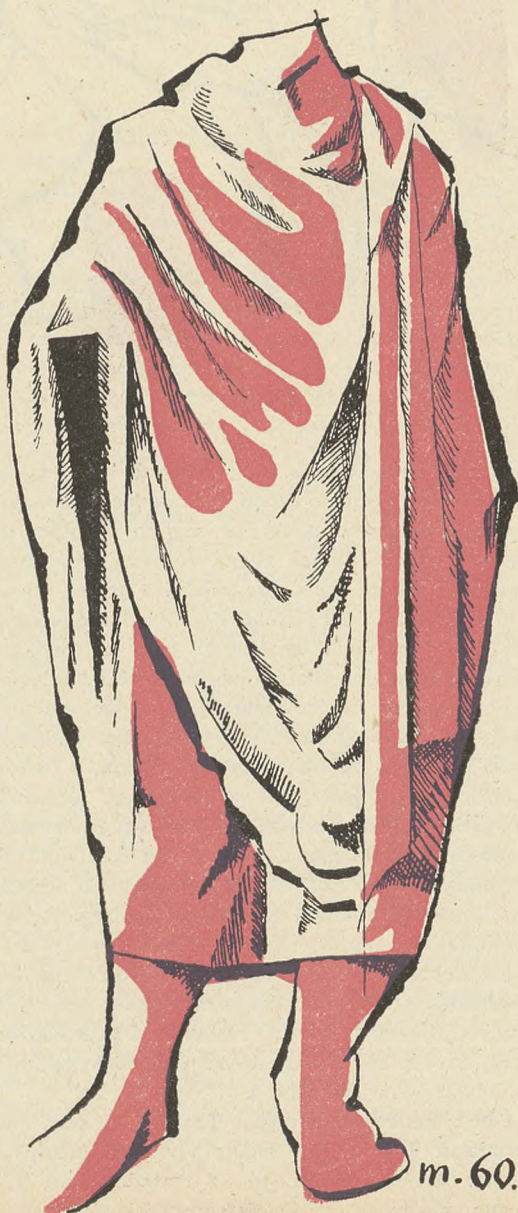
Gaston Boissier (en *La oposición en tiempo de los Césares*) hace esta notable afirmación: «El epistolario de Plinio y Trajano prueba cuán escrupulosamente los príncipes rectos, en vez de procurar el ensanchamiento de su autoridad a costa de las libertades locales, respetaban las leyes especiales y los extraordinarios privilegios de cada ciudad.»

¿Cómo no había de conquistar los corazones de los dacios si aplicaba estos principios de descentralización saludable y recomendaba a Plinio, lo mismo que a los representantes de Roma en los países conquistados: «No atentes contra la dignidad, contra la libertad, ni aun contra el amor propio de nadie?» La integración de los dacios dentro del Imperio Romano se realizó suavemente, sin que aquéllos se sintieran moralmente postergados. Como hispánico que era, Trajano estaba en mejo-

res condiciones de conocer la sensibilidad de ciertos pueblos guerreros, heridos en su orgullo por la derrota, y no le resultaba difícil conseguir un acercamiento entre Numancia y Sarmizegetusa, o entre Viriato y Decéballo.

Las bases de la romanización de la Dacia las sentó Trajano en los diez primeros años de la ocupación, y estas bases eran tan sólidas que han subsistido hasta nuestros días. El emperador, de origen hispánico, se adelantó, como fundador de pueblos, a la obra realizada por España catorce siglos después.

Dando pruebas de un tacto insuperable para cicatrizar las heridas morales de los dacios, Trajano, mediante el procedimiento de mezclar la raza heroica de los vencidos con la de los romanos victoriosos, hizo posible el nacimiento de la raza daciorromana. El esfuerzo militar había sido demasiado grande y los sacrificios demasiado numerosos para que el emperador no se hubiera encariñado con la Dacia. Durante esos diez años, no dejó, ni por un momento, de prestar su atención a la nueva provincia romana, la cual recibió, con toda justicia, el dictado de «Dacia Felix» (Dacia la Afortunada). El historiador Eutropio («Adriano», VIII) sólo asignaba a la Dacia un contorno de un millón de pasos de longitud (unos 1.480 kilómetros), límites que no abarcan toda la Dacia. Las llanuras de la Moldavia y Valaquia actuales se dejaron en poder de los dacios tributarios, sometidos a la influencia romana, pero sin formar parte del Imperio. En el nordeste de Transilvania —la actual región de Maramuresh— y en la Bucovina, había también dacios que habían huido de los romanos, refugiándose en las selvas impenetrables, a los cuales se conoce en la Historia por el nombre de «dacios rebeldes». La existencia de estos dacios destruye la hipótesis de que la Dacia quedó despoblada cuando Aureliano abandonó esta provincia en el año 274. Si los dacios, en virtud de la política



m. 60.

impuesta por Trajano, se integraron sin odio dentro del Imperio Romano, en cambio, los que quedaron libres conservaron el recuerdo de la Dacia anterior a la derrota. En el reinado de Commodio (180-182), los dacios libres se sublevaron, y entonces el emperador trasladó a la Dacia a más de doce mil de estos insurrectos, sometidos a las leyes del Imperio.

Uno de los logros más admirables ha sido la romanización de los getodacios, si se tiene en cuenta que, espiritualmente, este pueblo era totalmente diferente del pueblo romano.

El emperador Juliano el Apóstata atribuía a Trajano las siguientes frases: «He subyugado incluso a los mismos getas (es decir, a los dacios), la más belicosa de las naciones del mundo actual, no sólo por su fuerza corporal, sino también por la fuerza que infundían en ellos las enseñanzas de Zamolxis, tan venerado por ellos. Este les inculcó en el alma la creencia de que no están destinados a morir, sino sólo a cambiar de morada, y por esta razón van a la muerte más alegres que si emprendieran un viaje de recreo.» Dotados de un espíritu arrojado y orgulloso, los dacios poseían una bárbara energía; les daba fuerza su creencia en la inmortalidad, y tenían un profundo arraigo y amor a su terruño. Pues bien; era preciso conquistar todas estas cualidades y encuadrarlas dentro del Imperio Romano. Por otra parte, había que explotar las riquezas de la Dacia, y, por tanto, se imponía la necesidad de pacificar la provincia a ritmo acelerado, para convertirla en un bastión del Imperio contra las invasiones de los bárbaros.

El historiador romano Eutropio («Adriano», VIII) nos refiere que Trajano, después de haber conquistado la Dacia «para poblar esta provincia de un millón de pasos de contorno, llevó allí, desde todos los puntos del Imperio, incontables multitudes de hombres para que cultivaran los campos y sus ciudades». Es indudable que Trajano llevó allí un gran número de colonos de raza hispánica, como él. Y como la Dacia era famosa por sus minas de oro, además de los colonos enviados por Roma, acudieron también allí numerosos italiotas atraídos por las riquezas de esta California del Imperio. Se multiplicaron los matrimonios mixtos entre los colonos romanos y las mujeres dacias, célebres por su belleza y entusiasta laboriosidad. Un siglo después de la conquista, la Dacia era ya completamente romana.

El documento más elocuente que nos habla de la Dacia es la Columna de Trajano, en Roma. Lo más sorprendente para el que conozca a los campesinos rumanos, es el parecido de éstos con las figuras esculpidas en la Columna. A la entrada del Museo de Nápoles se ven dos estatuas: son príncipes dacios prisioneros; su indumentaria, su porte y su físico son exactamente parecidos a los de los campesinos rumanos actuales. Todos los vaivenes de la Historia —una de las historias más terribles— no han sido capaces de modificar el tipo humano.

La existencia del pueblo rumano, síntesis daciorromana, es un enigma y al mismo tiempo un milagro de la Historia. La fundación del hispánico Trajano ha subsistido a lo largo de dieciocho siglos de adversidades y desdichas. El recuerdo del fundador del pueblo daciorromano se conserva todavía vivo entre las masas populares rumanas, que, en sus cánticos de Navidad, hacen mención de «el hermano mayor Trajano», y dan a la Vía Láctea el nombre de «Vía de Trajano». Los campesinos le mostrarán al viajero «la Montaña de Trajano», «el Campo de Trajano», «el Lugar de Trajano». Con frecuencia se tropieza uno con niños que llevan el nombre de «Trajano», nombres que les han dado sus padres, simples campesinos, a veces analfabetos. El recuerdo del emperador hispánico ha perdido el relieve exacto de su existencia histórica, para adquirir, en cambio, la dimensión de un mito.

Perdida en medio de los pueblos eslavos, aparece esta isla de la latinidad, Rumania, que proclama con orgullo su continuidad romana. Sin necesidad de forzar las fechas históricas, y en la más correcta interpretación de la expresión, Rumania es la primera fundación hispánica.

EL DESTINO MESTIZO

por JOSE LUIS RUBIO

La rebelión de los pueblos de color

La característica fundamental de los años que vivimos es la rebelión de los pueblos subdesarrollados y semicoloniales contra sus dominadores blancos. En la «Carta del Atlántico» se afirmó el derecho de autodeterminación de los pueblos y ese derecho se ha plasmado vertiginosamente en cuarenta nuevas naciones independientes, que, con China, representan más de la mitad de la humanidad.

Casi todos estos pueblos independizados pertenecen a las razas de color. Se une, al factor de rebelión política y económica, el factor de conflicto étnico. Sin duda, las tensiones raciales van a ser —están siendo ya— el principal condimento de las informaciones que la prensa servirá a los lectores de todo el mundo en los tiempos que vienen.

Lo que de veras, pues, constituye la cuestión vital internacional, es la eclosión de los pueblos sojuzgados, la formidable pugna de razas y de continentes. Es el mismo fenómeno que significó en el terreno nacional la irrupción del proletariado frente a la burguesía.

Hay que crear una zona de armonía y síntesis

Y, en un mundo colocado sobre ese volcán, abocado a esta tensión dramática entre Oriente y Occidente, entre razas de color y razas blancas, ¿no convendría la presencia de una zona mestiza, amortiguadora, expresión de la posibilidad de una síntesis?, ¿no convendría una zona que tuviera fuertes y esenciales valores occidentales, pero también profundas aportaciones orientales, que fuera en parte blanca, pero supiera al mismo tiempo lo que es sentir en la propia carne nacional la explotación de los imperialismos blancos?, ¿no habría que inventar esta zona?

El mundo ibérico: zona mestiza

Sucede que esa zona que habría que inventar está ya inventada: es el mundo iberoamericano-filipino. Este es el puente, la zona síntesis que demuestra la posibilidad de fusión cultural y étnica. No hace mucho que la autoridad de un Toynbee lo ha señalado.

Culturalmente, la síntesis ya se da en la raíz solariega, con los ocho siglos de lucha y asimilación de la Reconquista, y se profundiza en América y Filipinas con la integración de lo ibérico con los rasgos aborígenes. Pero, lo que representa un caso único en el mundo presente, la síntesis también se produce en lo étnico. Una impresionante mestización se pone en marcha al volcarse los pueblos ibéricos por el mundo. Ya en la misma raíz peninsular estos pueblos eran fruto de un ir y venir de olas humanas de África y de Europa. La suprema hazaña de los ibéricos en la Historia es su fuerza mestizadora, que levantó razas nuevas, síntesis, en América y Asia, cruzando los rasgos blancos con los indios americanos, los negros de estirpe africana y los orientales de Asia. Es la gran hazaña que, al borde mismo de las regiones segregacionistas, permite soñar a José Vasconcelos con una próxima «raza cósmica», quinta raza, raza síntesis, que dará Iberoamérica al mundo.

280 millones de hombres: el 10 por 100 mundial

Este grupo humano se asienta geográficamente en los cinco continentes —por más que alguna zona, no suficientemente mestizada, pueda perderse—, y representa alrededor de los 280 millones de personas, en un total mundial de 2.900 millones. Es decir, casi una décima parte de los habitantes del mundo.

En cuanto a la extensión territorial, representa 23 millones de kilómetros cuadrados, entre 135 del total mundial. Aproximadamente un sexto.

Mestización intensa

Al mismo tiempo nos viene el hecho básico del mestizaje. En el máximo crisol étnico de nuestra comunidad, que es Iberoamérica, nos encontramos con estos datos oficiales: blancos, 44,4 %; mestizos, 39,8 %; indios, 9,5 %; negros, 6,2 %; otros (orientales), 0,1 %.

O sea, que nos encontramos en Iberoamérica la impresionante cifra, ejemplo único en la tierra, de unos 90 millones de mestizados. Pero ello según cifras «oficiales», aquejadas con mucha frecuencia de un evidente «blanquismo». De conocerse datos totalmente exactos, los mestizados aparecerían como el grupo más numeroso, e incluso como mayoritario. Por otra parte, la tendencia a la mestización crece, a medida que penetra la cultura en las zonas indígenas y paralelamente a los procesos

sociales revolucionarios. Como también la cultura propia se muestra cada vez más claramente mestiza, frente a la simple traducción de lo europeo. Así México, símbolo claro de esta plasmación de una nación mestiza ya cuajada, y así Brasil, nación mulata.

700 millones en el año 2000

Iberoamérica, este crisol étnico, tenía en 1900 solamente 63 millones de habitantes. En 1950 alcanza los 163 millones. Y los cálculos para el año 2000, preveen una población de 592 millones.

Pero más importantes resultan las cifras relativas a la población ibérica dentro del total mundial.

El promedio de crecimiento de aquélla es casi el doble del que registra este total. Si hoy representamos el 10 por 100, en el año 2000 representaremos el 12 por 100, con 700 millones, en una población mundial calculada en unos 6.280 millones (cálculo que puede verse afectado en Asia por la imposición creciente del control de la natalidad).

El siglo XXI: el siglo de Iberoamérica

Quiere decirse que dentro de 40 años la estirpe ibérica, universal por su antitracismo, será de una importancia fabulosa en el mundo: mayor que la europea, la rusa y la norteamericana; sólo superada por la china y tal vez la india —quienes vivirán sobre realidades supersaturadas de población—, mientras que los iberoamericanos seguirán teniendo un continente vacío, desequilibrio geográfico que puede originar oleadas inmigratorias, ante las que Iberoamérica debe estar preparada para realizar una inmensa tarea integradora, mestizadora y de síntesis.

O sea que, si las poblaciones asiáticas probablemente van a irse estacionando hacia finales de siglo, quedará para Iberoamérica la gran expansión del siglo XXI, que será el siglo de Iberoamérica.

Homogeneidad religiosa: mayoría de la Iglesia Católica

Resulta además que esa zona demográficamente importante en el mundo lo es mucho más dentro de la Iglesia Católica. Ella es la única gran zona homogéneamente —en la medida que cabe hablar de homogeneidad en el terreno religioso— católica.

Nuestra zona representa el mayor porcentaje dentro de la Iglesia Católica, entre los 500 millones de católico-romanos que hay en el mundo. En el 2000, representarán los ibéricos el 60 ó 70 por 100 del catolicismo mundial. El Brasil ya es en el presente la mayor nación católica del mundo.

La unión de nuestro mundo, de raíz católica, podría otorgar una base temporal magnífica a la misión religiosa de la Iglesia que hoy se enfrenta con la gran tarea de su plena universalización, de romper una vinculación —sólo aparente, desde luego— particularista al Occidente. Para esta gran tarea, el hecho de la coincidencia de la única gran zona católica con la única gran zona mestiza, indica, precisamente, que no hay coincidencia fortuita: que hay una base religiosa universalista y antirracista. Para la Iglesia en el mundo que vivimos y vamos a vivir, el mestizaje ibérico es una gran demostración y un gran ejemplo del catolicismo.

Destino manifiesto: destino de mestizaje

Estas dos necesidades —temporal del choque Oriente-Occidente, de razas, que pide un puente mestizo, y religiosa de la ruptura con la vinculación aparente de la Iglesia a Occidente, que exige un poder temporal de pueblos de base católica y de realidad mestiza— ¿nos quieren decir algo?, ¿tienen algún valor?

Si quieren decir algo, si tienen algún valor, ¿podemos desperdiciar ese valor para el mundo?, ¿no tenemos una grandiosa responsabilidad?

La necesidad de un mundo de armonía mestiza, que muestre la posibilidad del cruce de razas, frente a los racistas de uno y de otro lado que sueñan con el aplastamiento o la esclavitud del contrario: y el que nuestro mundo iberoamericano-filipino ya sea un principio de acción universal del mestizaje, quieren, evidentemente, decir mucho, exigir mucho. Tienen un inmenso valor.

No podemos dejar perder ese valor, esa misión. Tenemos que aceptar la grandiosa y generosa responsabilidad, esta nueva aventura universal del espíritu de nuestros pueblos.

Entre Oriente y Occidente, el mundo ibérico no puede ser beligerante, ni puede ser neutral indiferente, ni tampoco pacífico coexistente: se declara mestizo, es mestizo. El prefigura lo que el mundo llegará a ser algún día, a la vuelta de unos siglos, cuando concluya, forzosamente, el mestizaje de la humanidad.

Armonía de culturas y de razas en una síntesis humana de raíz evangélica: ése es nuestro destino manifiesto en el mundo que nos rodea: el destino mestizo.

AMERICA

Contrapunto de rosas y de piedras

por Gastón Baquero

Sesenta años de descubierta tenía América cuando en suelo suyo brotó la primera rosa. Fué la pupila encientadora de Víctor de la Serna —¡qué modelo de literatura periodística su prosa, y de periodismo literario su manera de aprovechar el pasado, la noticia de anteayer, para explicarse el presente, la noticia de última hora!—; fué su pupila, el camino por donde aprendieron o recordaron los seres hispánicos de este siglo la epopeya estética, la silenciosa hazaña que hizo posible corregir donosamente un grave olvido de la Naturaleza: en América no había rosas.

Una y otra vez, desde los primeros días de la vida española en el otro Mundo, enviábanse desde Sevilla plantas vivas, «ingeniosamente preparadas para resistir la travesía», y siempre se frustraba el anhelo de perfeccionar el ámbito físico de la España Nueva. Sólo en 1552, utilizando semillas de rosa en lugar de plantones, pudo la tenacidad española vencer el rechazo no menos tenaz de las tierras americanas a la intromisión de las rosas.

Dejemos ahí esa página radiante del espíritu español. Del estilo jugoso y plástico de Víctor de la Serna, pasemos a encontrarnos con un hombre llamado Loren Eiseley. Está en el otro polo de la sensibilidad, en el antípoda de la concepción del mundo manifestada día a día por Víctor de la Serna con énfasis de hombre desinteresadamente interesado en mejorar al mundo. Por esa condición de perieco, el señor Eiseley es bienvenido al pequeño plantel de incitaciones que vamos apuntando al socaire del Descubrimiento. Siempre es necesario que Don Quijote vaya con su Sancho, Ariel con su Caliban, Fausto con su Wagner. Víctor de la Serna era un descubridor de la riqueza soterrada en un paisaje, por el camino de la poesía, el

señor Eiseley es un naturalista, un hombre de ciencia —es decir, alguien que mira la poesía como un desmán de la imaginación contra la realidad.

Y si el español del XVI, alarife de un Mundo, sentía en sus entrañas el valor metafísico, el Signo de aquella persistencia en dotar de rosas a la criatura que recién engendrara, el americano de cuatro siglos después, tiene también algo que decir sobre esas rosas. Y lo dice en un librito llamado *The immense journey*, que es modelo de la asombrosa desarmonía entre acumulación de datos científicos irrefutables y deducciones religiosas estólicas, típica de la mentalidad científica norteamericana. Ya dentro del libro, en viaje por ese inmenso andar, hallamos el capítulo titulado «De cómo las flores cambiaron el mundo», y nos enteramos de que la aparición del hombre en la faz de la tierra fué precedida por la irrupción de las flores. En el principio fué la rosa. Anunció ésta, como un jubiloso clarín mañanero, que el hombre venía. Esa prelación de las rosas representaba una metáfora del Paraíso, y es la ciencia más rigurosa quien así lo dice.

Sólo cuando la tierra comenzó a vivir el diálogo, la concurrencia de colores opuestos, la diversidad de matices aportada por la reproducción masiva de las angiospermas, sólo entonces, cuando ya no había uniformidad de color —hasta allí la tierra había sido verde cobertura adherida a la pétrea costra del Globo—, sino variedad, diferencias, ¡santo diálogo entre opuestos!, *apareció el hombre*.

Las flores hicieron habitable la Tierra para el humano. Los primeros sesenta años que América vivió sin rosas, emparentanse a través de un puente de casi un millón de años con los tiempos aquellos en que la Tierra no era una cuna, sino una tumba de blando mármol verde. Si Víctor de la Serna pudo escribir: «Y en América

hay rosas. Y si en América hay rosas y Sevilla no ha perdido sus papeles, todavía tenemos mucho que hablar, América, nosotros y la rosa», Loren Eiseley pudo rematar el capítulo ya dicho con estas palabras: «Sin el regalo de las flores y la infinita diversidad de sus frutos, el hombre y el ave, de haber continuado viviendo, serían hoy irreconocibles. El *arquopterix*, el pájaro-lagarto, podía estar todavía atrapando escarabajos en la rama de un sequoia, y el hombre podía seguir siendo un insectívoro nocturno, royendo una cucaracha en las tinieblas. El peso de un pétalo ha cambiado la faz del mundo, y lo ha hecho nuestro».

Hagamos un alto en la frase *el peso de un pétalo ha cambiado la faz del mundo y lo ha hecho nuestro*. ¡Lo que habría escrito bajo ella el San Juan de la Cruz, aquí, o el Fray Mamerto Esquiú, allá! Y si el peso de un pétalo pudo tanto, y si por el pregón de las rosas hizo su entrada el hombre a lo humano, a lo histórico; si fueron las rosas quienes dieron bautizo de permanencia a los humanos, ¿en qué nos alecciona todo eso sobre la invencible decisión española de enflorar a jerarquía de angélica soprano, a jerarquía de rosa, el suelo de América?

Repensemos desde la raíz, los temas habituales del Descubrimiento y su comentario. La Hispanidad, la madre y las hijas, los vínculos culturales y de amor, la amistad firme de los pueblos hispánicos entre sí, y entre todos con España, y de España con todos... Bien está, y santo y bueno es que se esfuercen muchos en quitar rutina, reiteración por inercia, parloteo sin médula, a la alimentación viva de sentimientos que son *profundas necesidades*. La América Hispana fué traída a real civilización por el peso de una rosa. Quiéralo o no, su vida pendula entre ser *después de la rosa*, o retrocederse al ser que era antes de tener rosas.

Deshacer la casa edificada en brega de siglos, y hundirse de nuevo en las ríspidas cuevas en una hendidura de la pétrea costra del Globo no es un destino humano, sino una regresión, una cirugía de suicidas hecha sobre el cuerpo vivo de la Cultura.

De la rosa para acá, y no de la piedra para allá, fué el programa trazado en amor para América por aquellos varones deodatos, de quienes Víctor de la Serna cuenta que en una víspera de Navidad cayeron de hinojos «cuando se abrió al sol de la América, intacta y virginal, la primera rosa».

Y decir la rosa es decir España. Si el hombre eliminase de la Tierra las flores, la tierra se volvería inhóspita, y acabaría por arrojar del planeta al hombre. Si la América Hispana olvidase alguna vez que el mundo se le hizo histórica y culturalmente habitable porque unos hombres, los españoles, arrojaron el pétalo de una rosa en el platillo de la misteriosa balanza donde se contrapesan grados de rusticidad y de primitivismo con grados de ascenso a la condición de humanidad, de aumento de la «razón histórica» y cultural, que va substituyendo dentro del hombre a la bestia por el humano: *caerá la balanza de América hacia el lado de las sombras*.

América no puede prescindir de lo hispánico, por la misma razón que el hombre no puede pasarse sobre la tierra sin las rosas. Muchos no lo saben; muchos creen que la rosa es adorno fútil, sobrancería, bobada de la Naturaleza. Y un día acaban por enterarse de que esa frágil, sutil, efímera entidad que es la rosa, lleva sobre sus hombros, como San Cristóbal al Niño Jesús, el peso del Mundo.

Frágil cosa, sutil embeleco, diluída y a punto de desvanecerse ya, es para muchos que llaman al capricho mayoría de edad, la tradición hispánica en América. De retórica la dan, y de arcón vacío la representan.

Creen que el verbo fundacional puede secarse sin que el árbol muera; creen que la raíz de las raíces es un adorno del cual puede, una nación o un individuo, desentenderse sin consecuencias y sin peligros. ¡Mezquina creencia que crece tanto cuanto no avanza la cultura interior! España es la rosa.

A veces, nos asomamos al jardín, y sólo vemos noche. Pensamos que ya se fueron las rosas, y que acaso podamos vivir sin ellas mejor que con ellas. Pero luego suben las tinieblas hasta la altura del corazón, y sentimos voces que nos cantan en los rehondones del alma la nostalgia de aquellas rosas. Y cuando volvemos la mirada hacia el jardín de donde venimos, y allí está otra vez, pura, mística y diáfana, símbolo palpable, la radiante albura de la rosa, sentimos que no eran ciertas las sombras, y que nos ha sido devuelta, con el testimonio de una augusta compañía, la suprema razón de la existencia.



LA HISPANIDAD MEDITERRANEA

Judíos, mexicanos y colombianos La gloria de los que escriben cantares

por José María Lacalle Salinas

Porque toda locura tiene orillas de amor, España es patria de los Andes y de mil cosas ciertas y sencillas.

LEOPOLDO PANERO.

1492 hizo de Castilla un río. Un río que se llevó a la mar todos los pueblos de España.

América ha sido la gran hazaña, pero no la única. Lo hispánico, por su vocación universal, no cabe ni siquiera en un continente. Por eso, en la reunión de Academias Nacionales de la Lengua Española (veinte pueblos con un mismo idioma), celebrada en Bogotá a fines del pasado julio, se invitó a los sefardíes, a los judíos españoles, una de las «mil cosas ciertas y sencillas» descendientes de las que un día en 1492 Castilla, cuando se hizo un río, llevó a la mar.

Los sefardíes son algo más que unas páginas del romancero. Al llegar a Estambul, subiendo desde el puente de la Galata, sobre el Cuerno de Oro, por una calle tan empinada que necesitaba escalones, una mujer, cuarentona de aspecto, vestida de abuela pero con la voz suave de sus pocos años, chilló a un niño que estaba molestando a su hermanita:

—«Dexa la mancebica».

En la casa vecina un letrado anunciaba el nombre del dueño: «Pepo Toledo». Cuatro escalones más arriba un vendedor ambulante de corbatas, David Carasso (¿quizás Carrasco?) me preguntaba si era «español de España o de Buenos Aires». Su hermano había emigrado unos meses antes a la Argentina y le había escrito contándole que allí ocurre como en España, que todo el mundo entiende el castellano, el «chudeo»; es decir, lo que nosotros llamamos el ladino o judeo-español.

En 1492 se decretó la orden de exilio para los judíos que no quisieran convertirse. Más de cien mil abandonaron la Es-

paña recién nacida. Esta misma medida había sido tomada en Francia e Inglaterra un siglo antes y sin embargo no tuvo allí las mismas consecuencias; es decir, ni contribuyó en la formación del carácter nacional ni dió origen a una comunidad permanentemente dos veces exilada; de Jerusalén y de Toledo (Jerusalén, a la que Yehuda Levi llamaba, hispánicamente, «el gran Toledo»; y Toledo, de «toledoth», palabra hebrea que significa «ciudad de las generaciones»).

Los judíos emigrados dejan un gran hueco en la sociedad española. Fueron no

comprensible el Decreto de Expulsión, explica la falta de unidad histórico-política en el, a veces inexistente, Estado Español.

A su vez, los judíos vivieron en España su Siglo de Oro. Dice el profesor hebreo H. N. Bialik que «después de la Biblia, nada hay más grande en la creación del pueblo judío, en el transcurso de todos los siglos, que la poesía sefardí». Salomón ben Gabirol (malagueño, 1021-1052), Yehuda Halevi (toledano, 1080-1140), Abraham ben Ezra (tudelano, 1093-1167) y Maimónides (cordobés, 1135-1204), constituyen los cuatro nombres máximos de la literatura judía post-bíblica. Estos cuatro hispano-hebreos dan nombre a cuatro calles de la moderna Jerusalén israelí.

La aportación judía en la creación del idioma castellano fué definitiva. En 1492 al exilarse —verbo de continua conjugación histórica para españoles y judíos— se llevaron en sus alforjas el idioma castellano que, por haber colaborado en su creación, lo sentían más suyo que el propio hebreo.

Amsterdam, Atenas, Salónica o Estambul tuvieron muy pronto florecientes comunidades hebreas que hablaban en castellano. Los exilados impusieron su superior cultura a los hebreos indígenas. El recuerdo de España permaneció vivo durante generaciones. El castellano, pese a no mantener ningún contacto con la literatura española, se conservó como idioma familiar. Todavía hoy lo hablan cuarenta mil sefardíes en Estambul, casi cien mil más en los Balkanes y otros tantos en Israel, donde existen un periódico, «La Verdad», y un semanario, «El Tiempo», redactados en un castellano muy adulterado pero perfectamente legible.

En Estambul, en 1956, me gustaba comentar con mis amigos sefardíes las noticias de cualquiera de sus tres periódicos («Shalom», «La luz de Turky» o «La Vera Luz») mientras me preguntaban sobre Toledo, Burgos o Lucena, cantaban viejas *canticas*, y afirmaban que los españoles éra-

Fiesta de «El Tiempo»

UNA DATA A RETENER:
JUEVES 5 DE JUNIO 1958
A LAS OTRAS 20.—
EN LOS VASTOS I LUSOS SALONES DE LA
Y.M.C.A. DE YERUCHALAYIM
KON UN RIKISIMO PROGRAMA
KOMPRENDIENDO:
KANTES HEBREOS I ESPANIOLES POR LA SELE-
BRE KANTADORA (?)
DOS KOMEDIAS EN UN AKTO KON
CHIMON CHIMON
I su famoso grupo dramatiko "ARTE"
2 ORAS DE RISAS SIN KEDAR
Bilietos serka los seniores Chaul Malachi, Beth His-
tadruth i E. Cohen. —

Facsimil de un anuncio de «El Tiempo», periódico sefardí de Jerusalén.

sólo los banqueros sino los médicos, consejeros y embajadores de los reyes cristianos. La administración del país estuvo en sus manos y al marchar se tuvo que improvisar una administración hispano-cristiana cuyos escasos resultados la Historia ha constatado.

España se formó en la convivencia de tres comunidades religiosas: la hispano-cristiana, la hispano-hebrea y la hispano-musulmana. El triunfo de la primera motivó la creación de un estado que más que consecuencia de una idea política lo fué de una creencia religiosa. Esto, que en aquel momento histórico-religioso hace

mos muy buenos médicos y que todos entendíamos el «chudeo», el ladino. Se sentían orgullosos de su origen hispánico. En hebreo España se llama «Sefarad» y ellos, los sefardíes, la consideran su segunda tierra de promisión.

Junto al lago Tiberiades, en Tiberías, Israel, visité hace dos años el recinto que guarda la pobre tumba de Maimónides, el gran filósofo cordobés que se adelantó siete siglos a los sionistas de Teodoro Herzl y peregrinó a Jerusalén. Custodian su tumba dos viejos creyentes que atienden a la vez su modesto negocio de venta de postales y cirios para los visitantes.

Tuve la suerte de que uno de ellos era sefardí, de Bulgaria. Le compré unas postales. Charlamos de España y de Maimónides. Estaba el hombrecillo emocionado de poder hablar conmigo en castellano. Me dirigió hacia un rudimentario crematorio y me dió un cirio. Lo encendimos y al colocarlo en un candelabro me dijo que rezara. Por el respeto que siempre he sentido por todas las religiones me creí obligado a aclararle que sí, que rezaría, pero que yo no era hebreo. *No aze nada* —me dijo—. *As orasión. Tu sos espaniol. Eres como los nuestros de la Bolgaria.*

Sí. Frente a los azhkenazi, los judíos rubios y altos procedentes del centro y nordeste de Europa, los sefardíes de Tel-Aviv o Haifa, morenos, inquietos, de ojos muy vivos, con su castellano viejo y la orgullosa memoria de un pasado mejor, nos recuerdan a nuestro pueblo, al que mira a los turistas en la plaza del Zocodover toledano o se protege del sol africano en los patios cordobeses.

Como otras mil cosas ciertas y sencillas que hizo España ahí está el mundo sefardí conservando amorosamente, generación tras generación, las llaves de las casas de sus abuelos españoles. Es uno de los cantares más bellos de la Hispanidad, el de la Hispanidad Mediterránea. Es el cantar de lo popular, del mestizaje espiritual, de lo cierto y sencillamente convivido. De lo que se hizo para siempre. Como fué América. *Eres como los nuestros de Bolgaria*, como los nuestros de Buenos Aires, Caracas, La Habana, Panamá, Madrid...

En el otro lado de Jerusalén, en la Ciudad Vieja, el P. Barriuso, un franciscano burgalés, enseñándome una mañana la preciosa capilla del *Dominus Flevit*, que los mexicanos con su genio artístico han erigido en los Santos Lugares, me decía que ahora España apenas sufraga los gastos católicos de Palestina, pero cada vez son mayores las aportaciones de los hispano-americanos. Y unos días más tarde, Ricardo Triana, un ingeniero colombiano, en Taybeh, donde Cristo se retiró antes de su entrada triunfal del Domingo de Ramos, hizo el primer donativo para la capilla que allí costearon los Caballeros del Santo Sepulcro de Colombia.

Ante el asombro de los azhkenazis y de los árabes o turcos, gentes que no son espa-

ñolas, de un credo u otro, siguen bordando el cantar de la Hispanidad. Parece que España no tenga ninguna participación. Porque sucede que la gloria de los que

escriben cantares, como decía Manuel Machado, es

*oir decir a la gente
que no los ha escrito nadie.*



MOLINA PANCHER

III Congreso de Academias de la Lengua

La Asociación de Academias de la Lengua nació en 1952 como fruto del Primer Congreso convocado y celebrado en Méjico, donde quedó constituida una Comisión Permanente, que habría de recomendar la celebración del II Congreso, en Madrid, sede de la Academia Española de la Lengua y capital del orbe y de la cultura hispanoparlante.

Del 29 de julio al 6 de agosto de este año 1960 se celebró en Bogotá el III Congreso de Academias de la Lengua Española, a la que han asistido delegados representantes de veintiún países hispánicos. Con la madurez y la experiencia adquiridas a través de los dos anteriores, este Congreso ha sido fecundo en conclusiones y orientaciones, habiéndose firmado importantes acuerdos en cuanto a la defensa del idioma, dictándose normas para la enseñanza y el uso de la lengua, y creando premios que estimulen la más destacada labor cultural expresada en nuestro idioma. La Academia Argentina de Letras ha solicitado que el IV Congreso de Academias de la Lengua Española se celebre en Buenos Aires. Ya está trazado el vínculo con que, a lo largo de la Historia y desde lo más profundo de la vida de los pueblos hispánicos, habrán de estrecharse los destinos de todos los países de habla española; la pureza y la unidad en el idioma es, más que un símbolo, la expresión vital y orgánica de una comunidad culta y consciente; la forma más clara y real de una identidad de pensamiento.

La Real Academia Española de la Lengua se fundó en Madrid en virtud de la Real Cédula de 3 de octubre de 1714. En su origen, se componía de ocho miembros; en la actualidad consta de treinta y seis académicos de número, un académico honorario, treinta correspondientes en las provincias de España y cuarenta y tres en naciones extranjeras. De 1726 a 1739 se publicaron seis tomos del *Diccionario de la Lengua Castellana*, que en 1780 se compendiaron en un solo tomo y del que se han hecho luego varias ediciones. También ha publicado la Academia Española una Gramática, cuya primera edición data de 1771.

El 24 de noviembre de 1870, la Academia Española autorizó el establecimiento de otras correspondientes en los países de habla castellana, cuyos miembros tienen la condición de académicos correspondientes de la Española. La primera de ellas, la Colombiana, se

fundó el 10 de mayo de 1871 por Miguel Antonio Caro, José María Vergara y Vergara y José Manuel Marroquín, inaugurándose definitivamente el 6 de agosto del año siguiente, con doce miembros de número.

Las aportaciones de Hispanoamérica al estudio del idioma castellano han sido importantes. Entre ellas están las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano y su diccionario de construcción y régimen*, de Cuervo; las *Enmiendas al Diccionario de la Academia*, de Miguel de Toro Gisbert; *Errores del Diccionario de Madrid*, de Augusto Malaret; la *Gramática*, de Andrés Bello; el *Diccionario de galicismos*, de Rafael María Baralt; las *Apuntaciones idiomáticas*, de Roberto Restrepo; las *Apuntaciones sobre lenguaje*, de Manuel Antonio Bonilla; *Estudios gramaticales*, de Marco Fidel Suárez; *El castellano naciente*, del P. Félix Restrepo, S. J.; *Colombianismos*, de Fray Julio Tobón Betancourt; *Tratado de los compuestos castellanos*, de Baldomero Rivodó.

En el campo de la creación, la literatura hispanoamericana ostenta los más ilustres nombres y los más legítimos orgullos. De tal modo, que las más sobresalientes creaciones y personajes de la literatura española e iberoamericana se entremezclan hermanadamente en nuestro recuerdo, como plásticamente se unen en la alegoría mural que el pintor Acuña ha plasmado en el salón de sesiones del palacio de la Academia Colombiana de la Lengua, inaugurado con ocasión del III Congreso de Academias, al que asistieron las siguientes delegaciones:

ARGENTINA: Enrique Banch, Angel Battistessa, Fermín Estrella Gutiérrez.

BOLIVIA: Porfirio Díaz Machicao, Enrique Kempff, Juan Quirós, Pbro.

COLOMBIA: R. Félix Restrepo, Eduardo Guzmán Esponda, Rafael Maya, Julián Motta Salas, Emilio Robledo, José Antonio León Rey, Manuel José Forero, Luis Flórez, Alvaro Sánchez, Pbro.; Rafael Torres Quintero, Miguel Aguilera, Bernardo J. Caycedo, José Manuel Rivas Sacconi, Sergio Elías Ortiz, Joaquín Piñeros Corpas, Horacio Bejarano, Oscar Echeverri Mejía, Cayetano Betancur, Alberto Miramón, Jorge Sánchez Camacho, Jesús M. Yepes, Carlos Restrepo Canal, Luis Martínez Delgado.

COSTA RICA: Otilio Ulate Blanco (ex Presidente de su nación), Alejandro Aguilar Machado, Arturo Agüero Chaves.

CUBA: Raimundo Lazo, Luis A. Baralt, Ernesto Dihigo.

CHILE: Pedro Lira Urquieta, Fidel Arene-

da Bravo, Pbro.; Julio Barrenechea, Hernán Díaz Arrieta.

ECUADOR: Gonzalo Zaldumbide, Augusto Arias, Francisco Guarderas.

ESPAÑA: Emilio García Gómez, Dámaso Alonso, Gerardo Diego, Rafael Lapesa Melgar, Joaquín Calvo Sotelo.

FILIPINAS: Antonio M. Abad.

GUATEMALA: Luis Beltranena Sinibaldi, Jorge García Granados, Carlos Martínez Durán, Manuel José Arce y Valladares.

HONDURAS: Carlos M. Gálvez, Jorge Fidel Durón, Antonio Ochoa Alcántara.

MÉJICO: Miguel Alemán (ex Presidente de la República), Nemesio García Naranjo, Francisco Monteverde, Alberto María Carreño.

NICARAGUA: Pablo Antonio Cuadra, Julio Icaza Tigerino, Adolfo Calero Orozco, Felipe Rodríguez Serrano.

PANAMÁ: Baltazar Isaza Calderón, Gil Blas Teixeira, Ricardo J. Bermúdez, doña María Olimpia de Obaldía.

PARAGUAY: Julio César Chaves, Luis A. Lezcano, Rolando Niella.

PERÚ: José Luis Bustamante y Rivero (ex Presidente de su país), Aurelio Miró Quesada, José Jiménez Borja.

PUERTO RICO: Ernesto Juan Fonfrías, José A. Balseiro, Eugenio Fernández Méndez.

SANTO DOMINGO: Emilio Rodríguez Demorizi, Antonio Fernández Spencer, Fabio A. Mota.

SAN SALVADOR: Julio Fausto Fernández, Luis Gallego Valdés, Hugo Lindo.

URUGUAY: Emilio Oribe, Pablo Montero, Adolfo Berro García.

VENEZUELA: R. P. Pablo Barnola, Ramón Díaz Sánchez y Jorge Schmidke.

Entre los invitados figuran dos sefarditas (judíos): Henry V. Besso y Moshe Attias (de Jerusalén, el último).

Los trabajos de este III Congreso de la Lengua se dividieron en siete comisiones, a las que fueron encomendados los siguientes asuntos: A la primera, integrada por diez miembros, *Unidad del idioma*. A la segunda, de ocho miembros, *Cuestiones gramaticales*. A la tercera, de diez miembros, *Cuestiones léxicográficas*. A la cuarta, de siete miembros, *Vida de las Academias*. A la quinta, de nueve miembros, *Iniciativas*. A la sexta, de ocho miembros, *Prensa*. La séptima fué denominada *Comisión de Mesa* y estuvo integrada por todos los académicos jefes de delegación.

El tema central del Congreso fué siempre el de la unidad en el idioma, aunque fueron

estudiadas también trascendentales ponencias, cuya síntesis constituye un buen exponente de las laboriosas sesiones celebradas por los representantes de las Academias de la Lengua Castellana. Las dos primeras ponencias se refirieron a enmiendas a los estatutos y reglamento de la Asociación. La tercera ponencia, redactada por Adolfo Tortolo, de la Academia de Cuba, propuso reformas en la ortografía. La delegación de la Academia de El Salvador intervino para señalar normas para la admisión de nuevos vocablos. La quinta ponencia, de la Academia Mejicana, fué sobre los peligros que amenazan la unidad del castellano y los medios para combatirlos. Mediante la sexta ponencia se recomendó la intensificación de los estudios de latín y griego. Propuesto también por la Academia Mejicana, fué sometido un proyecto por el que se crearía el Premio Mundo Hispánico, que se otorgaría cada cuatro años, en la sesión de clausura del Congreso de Academias a un escritor de uno de los países de habla castellana. Las ponencias ocho, nueve y diez se refirieron a la defensa del castellano en Filipinas, a ampliar el conocimiento de las publicaciones realizadas por las Academias y al reconocimiento oficial por todos los países hispánicos del Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua. La ponencia número once trataba sobre el empleo de voces extranjeras en anuncios de casas comerciales. Otras dos ponencias se dedicaron a la sustitución de un grupo de barbarismos y a la defensa del idioma, así como la número catorce recomendaba el estudio de las expresiones regionales. Colombia contribuyó a las sesiones con dos estudios: uno, de crítica a la 18.^a edición del Diccionario, y otro, sobre defensa de la lengua. Nicaragua presentó las ponencias dieciocho y diecinueve, en las que sugería la elaboración de un léxico deportivo castizo y la indicación concreta, en el Diccionario, de los países en que se usan determinados vocablos. Las cinco ponencias de Bolivia pueden resumirse así: recomendación de redactar la historia de los organismos que integran la Asociación de Academias y de constituir institutos mixtos internacionales en que se dé especial preferencia al estudio del idioma español, e inclusión inmediata de un grupo de palabras. Las ponencias de la delegación de Paraguay se refirieron a los siguientes puntos: creación del Premio Rubén Darío, para conceder anualmente a un poeta hispano; realizar un homenaje a la memoria de José Asunción Silva, en sesión especial; crear anexo a cada una de las Academias un departamento bibliográfico; integrar comisiones especiales para la organización de un vocabulario técnico y crítico de la filosofía;

ESCUDO DE ARMAS PARA LA ASOCIACION



Don Manuel Arce y Valladares, delegado de la Academia Guatemalteca, fué el autor de un escudo heráldico que se propuso fuera adoptado por la Asociación de Academias, y autor asimismo de la ponencia en la que se decía, como explicación de las distintas partes del escudo, en resumida síntesis, lo siguiente:

«Consta de 26 cuarteles. Al centro, un palo y sobre fondo sable, una lengua de fuego ribeteada de oro que se eleva de una antorcha del mismo metal; en el cuarte central superior de la derecha, un castillo de oro de tres torres en campo de gules; en el de la izquierda, sobre fondo de ondas de mar, tres carabelas de plata; en el cuarte inferior derecho, el mapa de Hispanoamérica, de plata sobre campo azul; en el siniestro, un león rampante de gules coronado de oro en fondo de plata. En forma de «bordura», repartidos veintidós cuarteles en los que se distribuyen, por orden alfabético, las banderas de los pueblos de habla española, quedando en la punta los colores de España. Por timbre un yelmo adiestrado y abierto, en cuya cimera se alzan la cabeza y las alas de Pegaso. Bajo el escudo un listón con este mote: «Una estirpe, una lengua y un destino».

prestar su más decidido entusiasmo el proyecto de repatriación de los restos de Antonio Machado, y unificar el uso del gerundio. Otras ponencias se dedicaron a voces usadas en Colombia y en Chile; a la organización de las Academias; al neologismo «temario», y a la vigilancia de las Academias sobre el crecimiento del lenguaje, especialmente sobre el vocabulario técnico.

Pero el III Congreso de Academias de la Lengua ha tenido también una resonancia social importante, no sólo por sus sesiones de trabajo, sino porque su celebración coincidió con la del CL aniversario de la independencia de Colombia y por la ineludible dimensión social y diplomática que el Congreso debía tener. De tal modo que, aparte las recepciones de tipo privado de los certámenes literarios y de los homenajes, la agenda del Congreso estuvo repleta de actos brillantísimos y trascendentales, iniciados por la recepción ofrecida por el Presidente de la República de Colombia, y cerrados, como bro-

che final, por la del Ministro de Relaciones Exteriores.

Entre los acuerdos adoptados por el III Congreso de Academias de la Lengua Española figura el de rechazar la propuesta hecha por Uruguay de redactar un gran Diccionario Hispanoamericano de la Lengua, recomendando, en cambio, la anotación de todos los americanismos que deban figurar en el Diccionario de la Academia Española. También se decidió aprobar las siguientes resoluciones:

Apoyar el informe de la Academia Colombiana a la Real Academia Española en el sentido de eliminar del Diccionario las acepciones peyorativas contra el pueblo judío y otras naciones.

Aceptar la colaboración del Instituto de Estudios Sefardíes, establecido en Madrid, para los trabajos de los Congresos de Academias de la Lengua.

Rechazar, con base en las ponencias presentadas por Méjico y Paraguay, el creciente abuso del gerundio en España y América.

Solicitar la cooperación de institutos y entidades especializadas en filología y lingüística para que estudien las cuestiones gramaticales y lexicográficas que requieran un examen detenido en la reunión siguiente de la Asociación de Academias.

Solicitar a los gobiernos la celebración, cada dos años por lo menos, de mesas redondas de profesores de gramática, para asegurar la pureza del idioma en sus cátedras.

Recomendar, a solicitud de la delegación de Méjico, el estudio del latín y el griego en los centros de enseñanza superior.

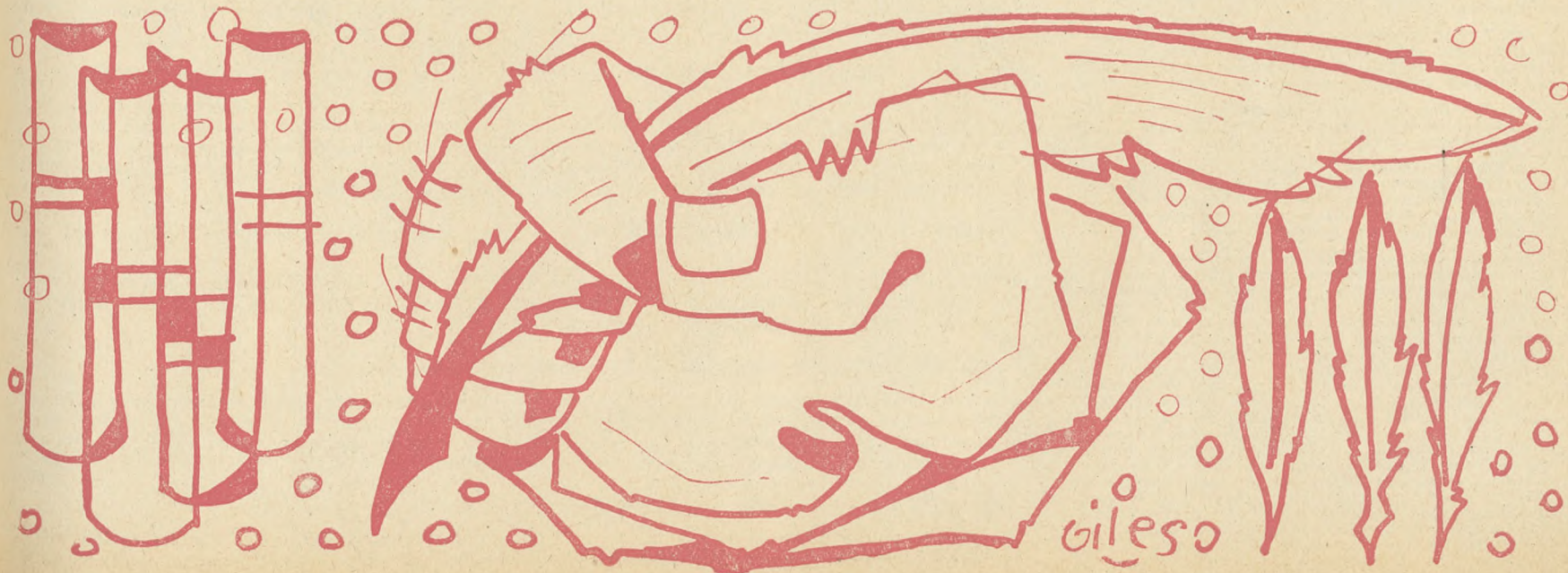
Recomendar la concesión de becas a estudiantes filipinos en países de habla hispana.

Recomendar la vigilancia para que los anuncios, títulos de películas, etc., estén traducidos o redactados correctamente.

Recomendar a los redactores deportivos de los periódicos el uso de un correcto español.

Apoyar la iniciativa de la Real Academia sobre repatriación de los restos de Antonio Machado.

Una moción chilena contenía la solicitud de que se apoyara la candidatura de Rómulo Gallegos para el Premio Nobel de Literatura. El Congreso consideró también la conveniencia de crear la Orden de Cervantes, a la que tendría acceso los escritores de países no hispanoamericanos que más hubieran contribuido al conocimiento y difusión del idioma español en sus respectivos países, así como la institución del Premio Don Quijote para escritores hispanoamericanos que más se destacaron en la defensa, conservación y difusión del idioma.



EL CONVENIO INTERNACIONAL DE ACADEMIAS

Una de las más fecundas conclusiones del III Congreso de Academias de la Lengua Española fué la firma, por sus embajadores en Bogotá y por algunos de los jefes de delegación, de un Convenio internacional por parte de quince países de los representados en el Congreso, y en virtud del cual los gobiernos de los respectivos países se comprometen a colaborar moral y materialmente en la defensa del idioma mediante el apoyo a Academia y a la Asociación de Academias. Este Convenio entrará en vigor tan pronto como siete de los gobiernos representados ratifiquen la firma del Acuerdo.

El texto del acuerdo firmado es el siguiente:

Los gobiernos de los pueblos representados en el III Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española, deseosos de celebrar una convención que consagre el carácter jurídico internacional de la Asociación, a fin de darle mayor eficacia,

CONSIDERANDO

Que en el año de 1951 se reunió en la ciudad de México, por iniciativa del Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, el Primer Congreso de Academias de la Lengua Española;

Que dicho Primer Congreso acordó la creación de la Asociación de Academias de la Lengua Española y de la respectiva Comisión Permanente;

Que el II Congreso de Academias de la Lengua Española, reunido en Madrid en el año de 1956, recomendó la celebración de un convenio entre los Estados a que pertenecen dichas Academias, en virtud del cual todos los pueblos de habla española se unan para la defensa y desarrollo de su lengua común;

Que es obligación de los Estados fomentar la cultura de sus pueblos y atender a la defensa de su patrimonio espiritual, particularmente de su lengua patria;

Que, tratándose de los pueblos hispanos, la unidad de lenguaje es uno de los factores que más contribuyen a hacerlos respetables y fuertes en el conjunto de las naciones;

Han resuelto celebrar el siguiente

CONVENIO

Artículo 1.º Los Gobiernos signatarios reconocen el carácter internacional que por su naturaleza tienen tanto la Asociación de Academias de la Lengua Española, creada en el Congreso de Academias de México de 1951, como la Comisión Permanente, órgano de la misma.

Art. 2.º Cada uno de los Gobiernos signatarios se compromete a prestar apoyo moral y económico a su respectiva Academia Nacional de la Lengua Española, o sea a proporcionarle una sede digna y una suma anual adecuada para su funcionamiento.

Art. 3.º Los mismos Gobiernos signatarios se comprometen a prestar apoyo moral y económico para el sostenimiento de la Asociación de Academias de la Lengua Española y de su Comisión Permanente.

Art. 4.º Los Gobiernos signatarios se comprometen a hacer incluir en sus respectivos presupuestos las partidas necesarias para el cumplimiento de este Convenio.

Art. 5.º El presente Convenio queda abierto a la firma o adhesión de todos los Estados de la Lengua Española y será ratificado en conformidad con sus respectivos procedimientos constitucionales. Los instrumentos de ratificación serán depositados en el Ministerio de Asuntos Exteriores de España, en Madrid, y éste notificará dicho depósito a los Gobiernos signatarios.

Art. 6.º El presente Convenio entrará en vigor, entre los Estados que lo ratifiquen, cuando siete, por lo menos, de los Estados signatarios hayan depositado sus ratificaciones. En cuanto a los Estados restantes, entrarán en vigor en el orden en que depositen sus instrumentos de ratificación.

Art. 7.º El presente Convenio tendrá validez indefinida, pero podrá ser denunciado con doce meses de anticipación, notificándolo así al Gobierno de España para que éste lo ponga en conocimiento de los demás signatarios.

Art. 8.º Este Convenio será registrado en la Secretaría General de la Organización de las Naciones Unidas por el Gobierno de España.

La firma del Convenio fué presidida por don José Joaquín Gori, secretario general del Ministerio de Relaciones Exteriores, en representación del Canciller Turbay Ayala, quien se encuentra enfermo, y quien lo suscribe a nombre de Colombia. Los otros firmantes fueron:

El excelentísimo señor don José R. Saravia, embajador de la Argentina en Bogotá, quien fué el primero en firmar; a continuación lo hicieron don Porfirio Díaz, jefe de la delegación de Bolivia; el licenciado don Alejandro Aguilar Machado, de la delegación de Costa Rica; el excelentísimo señor don Alberto Sepúlveda Contreras, embajador de Chile; don Gonzalo Zaldumbide, jefe de la delegación de Ecuador; el excelentísimo señor don Alfredo Sánchez Bella, embajador de España; don Carlos Martínez Durán, rector de la Universidad de San Marcos y miembro de la delegación de Guatemala; el excelentísimo señor don Andrés Largaespada, embajador de Nicaragua; el excelentísimo señor don Víctor Proaño Correa, embajador del Perú; el excelentísimo señor don Carlos López Fábregas, embajador de Panamá; el excelentísimo señor don Guillermo Enciso Lindo, embajador de El Salvador y miembro de la delegación de su país; el excelentísimo señor don Antonio Miralda, embajador de Honduras y, por último, don Emilio Oribe, jefe de la delegación del Uruguay.

Breve fichero de opiniones

En las líneas que siguen hemos querido ofrecer un pequeño mosaico de opiniones acerca de lo que son las Academias, de la misión del lenguaje y de los valores del idioma. Todo ello con la urgencia de un reportaje improvisado sobre la marcha de los acontecimientos del Congreso. He aquí, pues, las palabras de los académicos de uno u otro país:

ENRIQUE BANCHS, presidente de la delegación de Argentina.

Toda disciplina intelectual se dispersa ociosamente si los que la cultivan y la sirven solidariamente no emplean los mismos signos de comunicación. Una terminología única, aun lógica, vale tanto por su forma cuando por su virtud de ser ley común. Tan importante como la unificación de la terminología gramatical, es, a nuestro juicio, su simplificación. Su tecnicismo nominativo, basado en términos latinos apenas modificados, admite ventajosa renovación de muchos de éstos por otros corrientes en el habla común. De mayor entidad y conveniencia es la simplificación de las definiciones que, tal como se dan por excesivo afán de presión, pierden eficacia, porque supone un pleno conocimiento superior al que quieren impartir. Una gramática oficial, breve y sencilla, como la elaborada por la Academia Francesa, parece adecuado patrón para los textos de la materia destinados a la enseñanza primaria y secundaria. Y esto, sin perjuicio de que subsista y aun se acreciente el tradicional volumen de la gramática de Academia, para uso de los estudiosos, que puede ser, a la vez, más especializada y más prudente en sus minuciosas clasificaciones y en su cerrado tecnicismo.

EDUARDO GUZMAN ESPONDA, de la Academia Colombiana.

Las Academias no son institutos totalitarios ni monopolios de talento o inspiración, ni nunca han pretendido serlo.

AURELIO MIRO QUESADA, subdirector de «El Comercio», de Lima, exrector de la Universidad de San Marcos, de Lima; miembro de la delegación de Perú.

En conjunto, la influencia del periodismo sobre el idioma ha sido benéfica y esto por tres razones: ante todo, por la difusión que el periodismo trae consigo de manera formal. Al lado de la escuela, el periodismo es un fundamental vehículo de cultura y, además, de democratización de ella. En segundo lugar, el periodismo es un instrumento de unidad del idioma. Se ha dicho en varias oportunidades, y me complace reiterarlo ahora, que a través de los editoriales de los grandes periódicos se ha conseguido, en el hecho, lo que las Academias se esfuerzan, tanto y con tanta razón, por propiciar en el campo doctrinario. En tercer lugar, y ya no sólo en el aspecto netamente idiomático, sino en el campo literario, yo creo que los periódicos han contribuido a depurar y a aclarar el estilo. Gran parte del cambio de formas actuales, el dejar a un lado la retórica del siglo pasado, ha sido obra de ese baño de sencillez, de sobriedad, que dan diariamente los periódicos.

JULIAN MOTTA SALAS, de la delegación de Colombia.

Es menester advertir los peligros que corre el habla hispana, sobre todo en la alteración de su fonética, su morfología o su sintaxis, que son las mayores causas de fragmentación idiomática.

PORFIRIO DIAZ MACHICAO, de la delegación de Bolivia, veinte años director del diario «El País», de La Paz; presidente de la Academia boliviana de Historia.

Nosotros le debemos al castellano la gracia de habernos puesto en contacto con las culturas vivas occidentales, lo que no se habría podido obtener con las lenguas nativas, que tienen una función de simple comunicación local o regional. Por ello, pienso que debe establecerse alguna rigidez académica para no aceptar la incorporación de términos nativos en el Diccionario. Comprendo que el castellano es vasto, múltiple y rico, capaz de asignar a cada actitud o ser humano o inanimado su nominación apropiada.

EDUARDO CABALLERO CALDERON, de la Academia colombiana.

En cierta manera, el prestigio de los escritores y la difusión de sus obras están en relación directa con el prestigio y la importancia del país al cual pertenecen.

ANTONIO M. ABAD, presidente de la delegación filipina, autor del drama «Daogoy» y de la novela «La vida secreta de Daniele Peñas».

En las Filipinas no hay ambiente para el aprendizaje del español. El estudiante de español no tiene en mi país ocasión de practicar sus conocimientos. No existe una población de habla española, sino ocasionalmente, cuando se reúnen algunos hispanoparlantes y cambian impresiones. Somos veintisiete millones de habitantes, de los cuales sólo setecientos mil hablamos español. La mayor parte hablan idiomas vernáculos, y el 1,5 por 100 habla en inglés, que se enseña en las escuelas primarias y en la Universidad. La mayor parte de las obras que se editan en las Filipinas son para el público de habla inglesa. Existen, sin embargo, algunos, pocos, periódicos en castellano, como «El Debate» y «La Voz de Manila», «La Prensa», de Cebú, y «Civismo», de Cocolod. En cambio, hay abundancia de periódicos en inglés.

GERARDO DIEGO, de la Academia Española.

América ha tenido una doble función: mantener intacto el tesoro de palabras y de giros de más honda raigambre castellana, de siglos pasados, a consecuencia del relativo aislamiento en que se encontraban algunos sectores de su población, especialmente campesinos. La tradición de la lengua castellana se ha mantenido, por esta circunstancia, más fiel en América que en la propia España. De otra parte, los pueblos americanos han estado más atentos a la influencia de las literaturas modernas europeas y la lengua ha adquirido, así, más colorido en la obra de poetas y escritores.

Reverendo PEDRO PABLO BARNOLA, presidente de la delegación venezolana, ensayista y crítico literario.

Hoy en día la facilidad tan grande de comunicación trae necesariamente un intercambio de influencias naturales y lingüísticas como el mundo no ha conocido. Y esa rapidez de intercambio no da tiempo suficiente para la debida sedimentación o purificación de estas influencias lingüísticas, y, por otra parte, esta misma vinculación de todos los pueblos hace necesario, en cierta manera, que algunos vocablos de la ciencia, de la industria, del deporte y hasta del arte, sean uniformes en todos los países.

RAFAEL LAPESA MELGAR, académico de la de España, catedrático de Literatura Española en la Universidad de Madrid.

El español de América ha conservado muchos términos usuales del español de los Siglos de Oro, y que, después, en España, se han olvidado. Por otra parte, el español de América ha admitido antes que el de España, términos que más tarde se han generalizado.

AUGUSTO ARIAS, de la delegación de El Ecuador, poeta y ensayista.

Las Academias en nuestra edad deben trabajar, principalmente, dentro de la disciplina y la libertad. ¿Recuerda la antigua polémica? Sarmiento quería que se diera toda libertad al idioma, a la lengua popular, americana, y que se acogiera todo cuanto quedaba de las lenguas aborígenes. Bello quería, fundamentalmente, la pureza. El idioma marcha entre esas dos fuerzas.

JOAQUIN CALVO SOTELO, de la Academia Española, dramaturgo y periodista.

El idioma español es el patrón oro de todos los países hispanoamericanos. Cualquier cambio, alteración o aleación nueva que se introdujera en él le haría perder su cotización universal.



«COLON», de Luis Alberto Acuña
Teatro Almirante. Bogotá (Colombia)

ACEITE DE OLIVA PURO Y SELECTO



LA MARCA DE PRESTIGIO UNIVERSAL

Máximas distinciones en las Exposiciones de París, Bruselas, Milán, Buenos Aires, San Luis (EE. UU.), Madrid, Barcelona, Sevilla y Zaragoza

CARBONELL Y CIA. DE CORDOBA, S. A.
CORDOBA (ESPAÑA)

Fundada en 1866

3 FOTOS SUeltas

El Noticiario Cinematográfico NO-DO está rodando en Paraguay, para la serie de sus documentales, una gran película en Eastmancolor sobre aquel país. Recogerá los más variados aspectos de las ciudades y selvas paraguayas. En las fotografías que publicamos en esta página aparecen, respectivamente, dos momentos del rodaje de «La América desconocida» (Asunción, capital del Plata) y «El corazón de América» (Paraguay). En ambas fotos aparece el embajador de España en Asunción, señor Giménez Caballero, que ha tenido parte muy activa en la realización de estos documentales



En su reciente visita a México, el marqués de Lozoya fué obsequiado con una cena por el embajador del Ecuador en aquel país, señor Alarcón Falconí. — En la foto aparecen, además, el delegado apostólico en México, el representante de España, señor Juste, don Alfonso Junco, don Carlos Sabau y otras ilustres personalidades

Un galeón
de la época
de los descu-
brimientos.



Don Enrique el Navegante

Portugal ha conmemorado con gran brillantez el V Centenario de Don Enrique el Navegante. La efigie del Infante quedó plasmada para la posteridad en el retablo real de Batalha, que hoy se conserva en el Museo de Lisboa; pero su memoria habría de permanecer viva a través de los siglos por obra y gracia de su decidido afán y su entusiasta vocación marinera, que le hizo establecer en su propio palacio de Sagres una escuela de navegación, de donde salieron los más esclarecidos marinos y exploradores.

El Infante Don Enrique —hijo del Rey Juan I— intervino ya en la toma de Ceuta en 1417, cuando sólo contaba veintitrés años de edad. Desde entonces estuvo siempre afanosamente empeñado en la exploración de las tierras africanas.

En un siglo en que las entidades nacionales y la cultura habían de emprender, por natural y necesario impulso de expansión y de aventura, los más trascendentales descubrimientos de la Historia, Don Enrique consiguió atraer a su escuela de Sagres a los más intrépidos marinos y a los más preclaros maestros. En 1419, Portugal descubre las Islas de Madera; en 1441, el Cabo Blanco; en 1445, el Senegal; en 1447, las Azores; en 1455, las islas de Cabo Verde.

En 1960, la Marina de gran número de países ha rendido homenaje a la memoria de uno de los más insignes varones lusitanos.

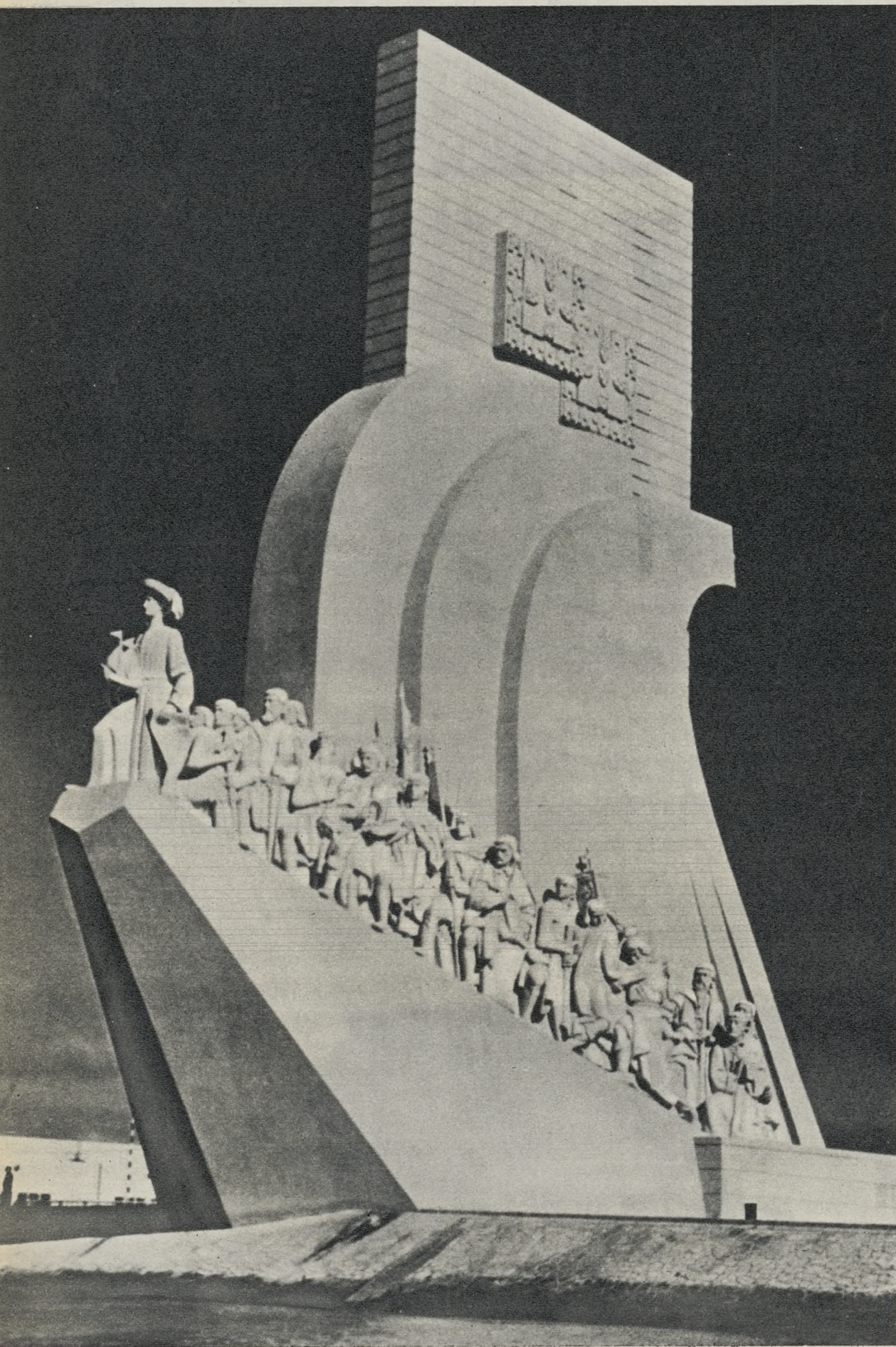
El Presidente del Brasil, Juscelino Kubistchek, junto con el Embajador de España y los representantes de todos los países que se adhirieron al homenaje dieron el mayor realce histórico e internacional a la conmemoración. En España, y en la Universidad Hispanoamericana de La Rábida, los actos han tenido adecuada réplica en forma de un importante e interesantísimo ciclo de conferencias, del que informamos en otro lugar.



Kubistchek, Presidente del Brasil, con el Presidente de Portugal, Almirante Americo Tomas, recorren las calles de Coimbra, de cuya Universidad fue nombrado doctor *honoris causam*. Los universitarios cubren el coche con sus capas negras.—Retrato de Don Enrique el Navegante, en el retablo real de Batalha.—San Miguel, Azores.—El ministro de Educación de España, señor Rubio, clausura el ciclo de conferencias de la Universidad de la Rábida.—Vista de la Isla de Madeira.



D. ENRIQUE EL NAVEGANTE EN LA RABIDA



Como una proa hacia el Atlántico, el monumento al Infante Don Enrique el Navegante, impulsor de los descubrimientos portugueses, recuerda a los héroes y marinos lusitanos. Ha sido inaugurado durante los actos del V Centenario de la muerte del Infante.

Como acto inicial de la Semana Homenaje al Infante Don Enrique el Navegante, los alumnos y profesores de la Universidad Hispanoamericana de Santa María de la Rábida, presididos por su rector y director general de Información, doctor don Vicente Rodríguez Casado, se trasladaron al promontorio de Sagres, que visitaron detenidamente. En su visita a Portugal, los universitarios españoles fueron recibidos en Villa Real de San Antonio por las autoridades fronterizas y el canciller del Consulado en Faro, don Armando Gonzálvez, quien les acompañó durante toda la excursión, donde fueron huéspedes del ministro de Corporaciones Portuguesas, excelentísimo señor doctor don Veiga de Macedo. El viaje fué patrocinado, junto con el citado señor ministro, por el embajador de España en Lisboa, doctor Ibáñez Martín.

La primera conferencia fué pronunciada en el patio mudéjar del Monasterio de la Rábida; presidió el director general de Información, y fué pronunciada por el profesor doctor Hernani Cidade, catedrático de la Universidad de Lisboa, con el título «La literatura portuguesa y la expansión ultramarina».

Otro de los relevantes actos celebrados en La Rábida fué la cena homenaje al embajador de España en Lisboa, señor Ibáñez Martín, bajo cuyos auspicios se fundó este centro de cultura. El rector de la Universidad, señor Rodríguez Casado, le impuso la medalla de oro de la Universidad Santa María de la Rábida.

En compañía de varios catedráticos españoles, junto con los doctores don Reynaldo dos Santos, don Joaquín Alberto Iria, Junior, director del Archivo Histórico Ultramarino y de la Academia Nacional de la Historia, y el doctor Hernani Cidade, giraron visita a Moguer.

Don Florentino Pérez Embid pronunció otra de las conferencias, cuyo tema era «La sociedad contemporánea y el problema libertad y autoridad», y don Reynaldo dos Santos sobre «Iconografía de Don Enrique el Navegante».

Finalmente, el ministro español de Educación, señor Rubio, clausuró este ciclo conmemorativo de conferencias, acto al que asistió también, entre otras ilustres personalidades el ministro portugués de Educación, señor Leitte Pinto.

EDUARDO MARCO

Fotos: FIEL

MIROBRIGA MILENARIA

LA PIEDRA ES SU SILENCIO HISTORICO

Por el solar que hace más de dos mil años pisaran los vettones, gustaba pasear, silencioso y meditabundo, Somerset Maughan, uno de tantos admiradores de la vieja ciudad castellana, centinela junto a Lusitania. El escritor inglés no vino una sola vez a España que no visitara Ciudad Rodrigo; para él, con el San Mauricio, del Greco, en El Escorial, nuestras dos mejores cosas, que apenas conocemos.

Sin lugar a duda, Ciudad Rodrigo es uno de los pueblos más antiguos de España. Dispares son las opiniones sobre su fundación, atribuida a diversos pueblos de la antigüedad, aunque los primeros moradores conocidos

*Para los que han vuelto
de la angustia de la ausencia,
brota en la danza la alegría
del reencuentro:
son los Coros y Danzas de
La Alberca, actuando durante
las fiestas con que Ciudad
Rodrigo recordó sus grandes
momentos históricos
y recibió la visita de sus hijos
lejanos en el Primer Congreso
Mundial de Mirobrigenses
Ausentes*



A ochocientos años de la repoblación de la ciudad por Fernando II de León



En veinticuatro horas la antigua Plaza Mayor se convierte en Plaza de Toros (arriba, izquierda); el pueblo de Ciudad Rodrigo sale de sus casas rumbo a la fiesta (arriba, derecha); asiste a la corrida (abajo), y, finalmente, la comparsa de «Triguito» pone fondo musical a esta rápida y casi cinematográfica visita al recinto mirobrigense

sean los vettones, famosa raza celtíbera. En la antigua Miróbriga tuvo su cuartel Julio César; César Augusto la favoreció a su paso, y en memoria del Emperador tomó posteriormente el nombre de Augustóbriga. El puente sobre el Agueda, los restos del acueducto y las tres columnas son vestigios de la dominación romana.

A la entrada de la ciudad, de cara a las murallas, dan la bienvenida estas tres columnas augustales, que delimitaron los términos con las ciudades de Bletisa y Elmántina. Deteriorada la piedra, es difícil leer sus inscripciones.

El Conde don Rodrigo González Girón la reedificó allá por el año 1100, durante el reinado de Alfonso VI de León y Castilla. Pero fué Fernando II de León y Castilla quien comprendió la importancia estratégica de la ciudad en aquellos años de lucha contra los moros. La repobló, otorgó privilegios y fué desde entonces morada de nobles caballeros, como lo atestiguan los blasones y escudos que aún pueden encontrarse como enseña identificadora en sus numerosos palacios y casas solariegas. En la Historia de España tiene mucho el vivir mirobrigense. Causa de numerosas luchas por su posesión; testigo de bodas regias; crisol de valor hispánico, misionero y conquistador; tesoro artístico que encierra dentro de sus murallas y fosos el más rico e interesante conjunto del medievo. El castillo de Enrique II de Trastámara, que hoy aloja quizá el mejor Parador Nacional del Turismo.







La Historia ha petrificado su silencio en Ciudad Rodrigo. Su estratégica situación, su fortificada estructura, no cuentan hoy junto a los reactores y cohetes intercontinentales. Su pasado es recuerdo, pero, a veces, el recuerdo es fuente de vida en el futuro. El turismo puede ser hoy, junto con la industria transformadora de su producción agraria y sus yacimientos de uranio, fuente de sana economía.

UN CONGRESO MIROBRIGENSE Y OTRAS COSAS MAS

Ninguna ciudad pequeña lanzó hasta ahora sus pregones para reunir en Congreso Mundial a sus hijos emigrantes. El mirobrigense, aventurero y soñador; lleva siempre dentro el recuerdo de su pueblo y el orgullo de la tradición; orgullo de sus antiguos moradores: «Antes que el sol fuera sol y los peñascos peñasco, los Quirós eran Quirós y los Velascos Velascos». «Después de Dios, la casa de Quirós», reza aún, bordeando el rico artesonado de una sala en la casa de los Aguilas.

Se pensó en unas fiestas que conmemoraran el octavo centenario de la repoblación de la ciudad por Fernando II de León y el ciento cincuenta aniversario de la valerosa defensa en la Guerra de la Independencia, y convocar, con tal motivo, el Primer Congreso Mundial de Mirobrigenses Ausentes. El pensamiento se hizo realidad y Ciudad Rodrigo ha celebrado solemnemente durante ocho días grandes fiestas conmemorativas de las no menos grandes efemérides históricas. La población flotante en estos días pasó de las cinco mil almas.

Llegaron los ausentes. Unos venían de Brasil, otros de Canadá, de Cuba, de Uru-

guay, de Filipinas, de Francia, de todos los rincones de España y hasta del corazón del Africa negra.

En las fiestas hubo de todo y para todos. Recepciones en el Ayuntamiento a los que llegaron de fuera, comidas de hermandad, exposiciones de fotografía, artesanía, energía nuclear y la primera exposición nacional del arma antigua, con la valiosa aportación de interesantes colecciones particulares. Junto a la puerta de Amayuelas, se inauguró el monumento a Fernando II, y en la muralla donde rompieron el cerco las tropas napoleónicas, el de don Julián Sánchez, *El Charro*, valiente guerrillero que traía en jaque a los mariscales franceses.

JUEGOS FLORALES CON ACENTO SEVILLANO

De las tierras de Sevilla, marismas del Guadalquivir, llegó a Ciudad Rodrigo, a las riberas del Agueda, Montero Galvache. Don Francisco Montero Galvache cantó a Ciudad Rodrigo en discurso amplio, florido y descriptivo, como mantenedor de unos Juegos Florales con numerosos premios y valiosos trabajos literarios.

En el Patio de Cristales del Instituto Nacional de Segunda Enseñanza «Fray Diego Tadeo González» se levantó un estrado adornado con alfombras, tapices y flores naturales. La Reina de los Juegos, señorita Ana Luisa Bernaldo de Quirós y Tacón, ocupó el trono y a su lado tomaron asiento las ocho bellas señoritas que formaban la corte de honor.

Don Francisco Romero López, flor natural por su poema «Castilla», coronó a la Reina y recitó su canto. Lectura de trabajos galardonados; presentación del mantenedor por don Jesús Huerta y discurso de don Francisco Montero Galvache, que cerró el acto en una tibia noche veraniega.

En el mismo lugar actuaron la noche anterior los grupos de Coros y Danzas de Cespedosa de Tormes, de La Alberca, de Aldeavila de la Ribera y el orfeón salmantino del maestro Bernalt.

UN ¡YA VIENEN...!, ¡YA VIENEN...!, QUE ANUALMENTE SE REPITE DESDE HACE MAS DE CINCO SIGLOS

Un toque rápido y prolongado de campana, con el emocionado grito «¡Ya vienen! ¡Ya vienen!», hace vibrar de entusiasmo el corazón de todo mirobrigense. Es la señal del encierro; la que hace correr por la estrecha calle de Madrid o bajo la angosta Puerta del Conde a hombres y mujeres. Los toros están llegando al «árbol gordo».

En Ciudad Rodrigo las fiestas empiezan siempre de verdad, con los toros, y con los toros terminan. Todos los años en Carna-

Fiesta campera y encierro, son viejas tradiciones de Ciudad Rodrigo: aquélla, con su sabor a torneo medieval de lanza en ristre y garrochista caballero; éste, consuelo para la burguesía —hombre del antiguo burgo— que también quiere mostrar su temple frente al peligro.

val, nieve o llueva, se celebran los tradicionales encierros y capeas; el buen tinto de la tierra es el mejor abrigo. La muralla se llena de público; abajo, junto al «Registro», el encierro adquiere el verdadero colorido y emoción; el marco se presta para ello.

Es cierto que tienen más fama los sanfermines; pero también es cierto que son mucho más antiguos los encierros mirobrigenses. Documentos hay que dan fe de celebrarse ya por el año 1500, y otros atestiguan que cuando el Papa prohibió las capeas en cosas cerradas, en Ciudad Rodrigo no quisieron privarse de su favorito espectáculo e idearon cerrar las puertas de las murallas y correrlos por las calles. Las mujeres son tan valientes y aficionadas como los hombres; corren delante de los toros y más de una vez quedan bajo el paso de toros y caballos.

UNA PLAZA QUE SE CONSTRUYE EN VEINTICUATRO HORAS

Que nadie hable en Ciudad Rodrigo de hacer una plaza de toros. ¿Qué iba a pasar con los encierros y desencierros? La Plaza Mayor, con su artístico Ayuntamiento, obra característica de la época de Carlos V, se convierte en veinticuatro horas en un coso taurino. Los carpinteros municipales levantan, con asombrosa rapidez, barreras, bur-laderos, chiqueros y tendidos. El cemento se cubre de arena y empiezan las capeas, con sus clásicos revolcones y griteríos.

Pero en estas fiestas, conmemorativas y extraordinarias, se intercaló a las capeas una vistosa corrida goyesca y una novillada en serio. También, y cómo no, dentro del campo charro no podía faltar la fiesta campera, vistosa y colorida, donde caballista y toro luchan en campo abierto en esta especie de torneo, hasta que la habilidad del garrochista derriba limpia y bellamente a la res.

Ciudad Rodrigo en fiestas se conoce por el alegre bullir de los encierros y corridas, y por las comparsas que día y noche, sin el menor descanso, recorren la ciudad desde que comienzan hasta que terminan los festejos. Cada una lleva su uniforme e interpreta las propias creaciones o «charrangas» que con fino humor cantan las virtudes y defectos de la ciudad o de sus moradores. Entre ellas la de «Triguito» es la más famosa; Agustín San Ezequiel, mundialmente conocido por «Triguito», es el exponente del más fino y puro humor mirobrigense.

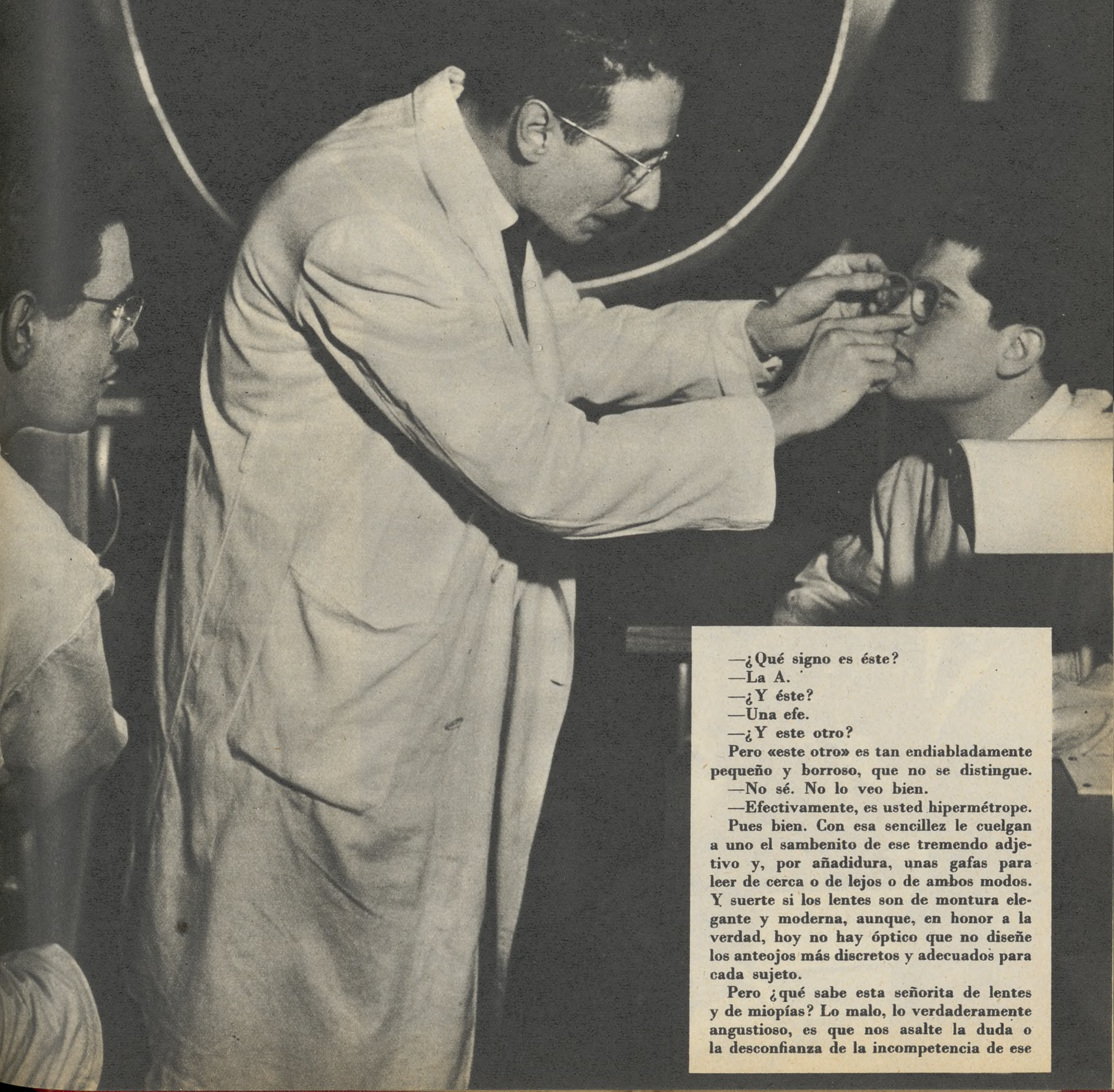
Pasaron las fiestas. Los ausentes volvieron a sus lares; siguen la vida allá lejos; fuera de las piedras de la vieja Miróbriga; pero en su recuerdo queda el rescoldo de la tradición inolvidable de esta ciudad donde nuevamente el silencio se hizo piedra.

MARCOS DE SALAMANCA



ESCUELA DE

OPTICA



—¿Qué signo es éste?

—La A.

—¿Y éste?

—Una efe.

—¿Y este otro?

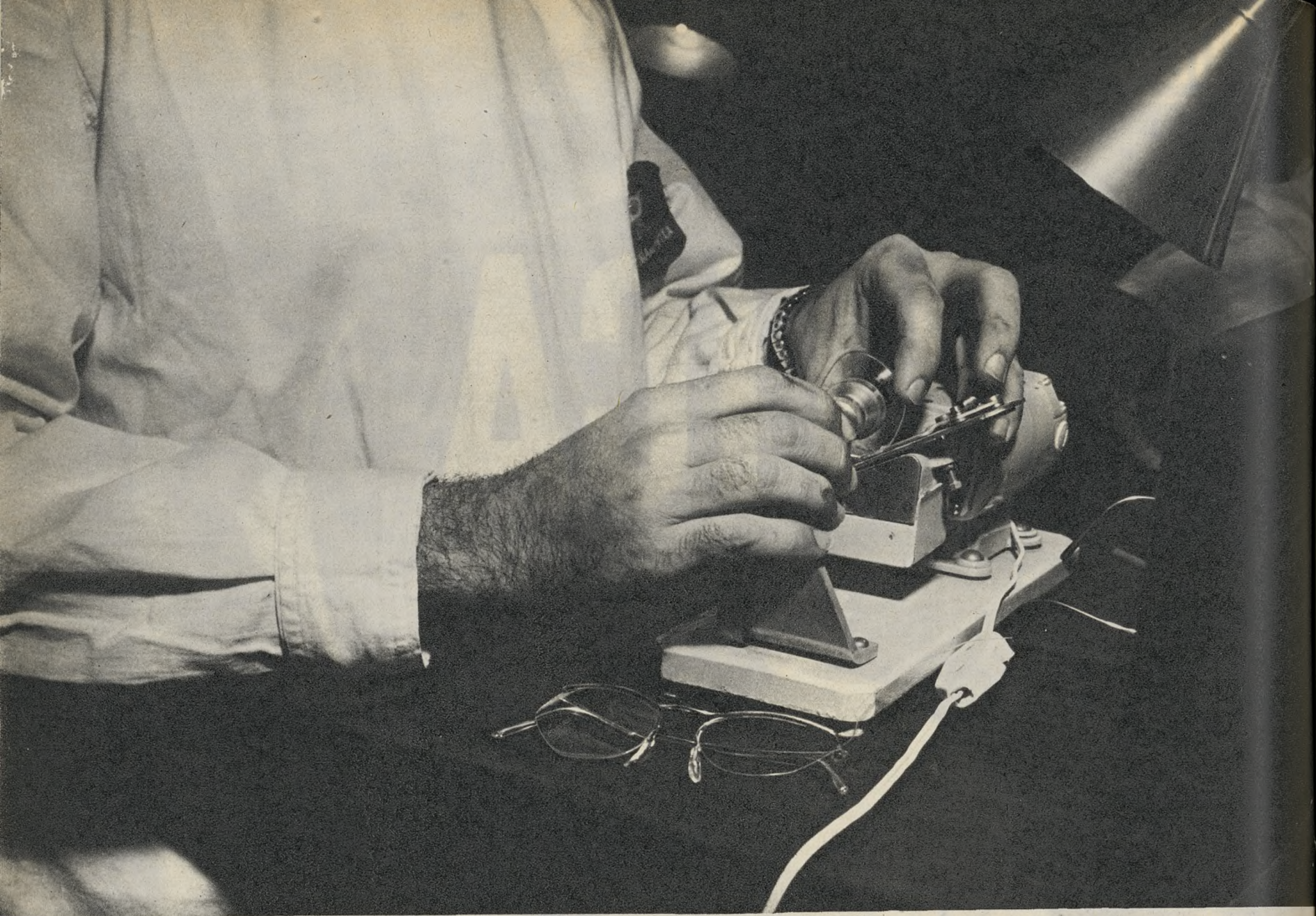
Pero «este otro» es tan endiabladamente pequeño y borroso, que no se distingue.

—No sé. No lo veo bien.

—Efectivamente, es usted hipermetrope.

Pues bien. Con esa sencillez le cuelgan a uno el sambenito de ese tremendo adjetivo y, por añadidura, unas gafas para leer de cerca o de lejos o de ambos modos. Y suerte si los lentes son de montura elegante y moderna, aunque, en honor a la verdad, hoy no hay óptico que no diseñe los anteojos más discretos y adecuados para cada sujeto.

Pero ¿qué sabe esta señorita de lentes y de miopías? Lo malo, lo verdaderamente angustioso, es que nos asalte la duda o la desconfianza de la incompetencia de ese



técnico o dependiente que nos acaba de colocar unas gafas. Ya se sabe. Es una enfermedad moderna y frecuente y el comercio debe abastecer de lentes a todos cuantos creen necesitarlas. Sin embargo, ese dependiente es, probablemente, un técnico diplomado en la Escuela de Optica del Instituto «Daza de Valdés», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Desde 1956, la profesión de óptico es algo que se aprende en España con las mismas garantías con que se cursan las enseñanzas de peritaje químico, pongamos por caso. Y si el dependiente de la tienda de óptica ostenta sobre su bata o su uniforme el emblema de la Escuela de Optica, podemos estar seguros de que su diagnóstico ha sido certero, de que los anteojos que debemos usar son, precisamente, aquellos que nos han construido.

Los muchos o pocos conocimientos que poseyera el profesional, se adquirían casi exclusivamente por la experiencia; se transmitían tradicionalmente de padre a hijo, de maestro aprendiz. Desde hace veinticinco años, los ópticos han manifestado su aspiración de legitimar el ejercicio de la profesión mediante cursos de especialización que capacitaran y garantizaran su trabajo. En 1933, el general Méndez Parada organizó ya unos cursos que se continuaron después en el Instituto de Ampliación de Estudios e Investigación Industrial. Interrumpida toda actividad por nuestra Cruzada, hasta 1954 no pudo reanudarse esta labor, reemprendida por el profesor Soria en la Universidad de Barcelona, a cuyos cursillos asistieron un número muy elevado de profesionales. Cerca de mil

ópticos españoles realizaron los cursillos que se celebraron en enero de 1956, esta vez organizados ya en el Instituto «Daza de Valdés», del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, a petición del Sindicato de la Construcción, Vidrio y Cerámica, al fin de los cuales fué reconocida su validez oficial. Dos años más tarde, el 16 de enero de 1958, el Excmo. Sr. don Jesús Rubio, Ministro de Educación Nacional, inauguraba la Escuela de Optica, aposentada en el Instituto «Daza de Valdés», cuya plantilla de investigadores provee de profesores a la Escuela.

Dado el modo en que se ha extendido el uso de las gafas de sol o de cristal blanco, puede suponerse el gran interés que tienen las enseñanzas que se ofrecen en esta escuela de anteojería, que, por otro lado, es la única que faculta para diagnosticar, corregir, formular y construir en todo lo relacionado con la óptica de anteojos. Por eso mismo, tal vez todo aquel que guarda unas gafas cuidadosamente dobladas y limpias, en el bolsillo superior de la americana, se pregunte: ¿Qué aprenden estos alumnos? ¿Oftalmología o mecánica? ¿Les enseñan a rreglar patillas o a cortar cristales?

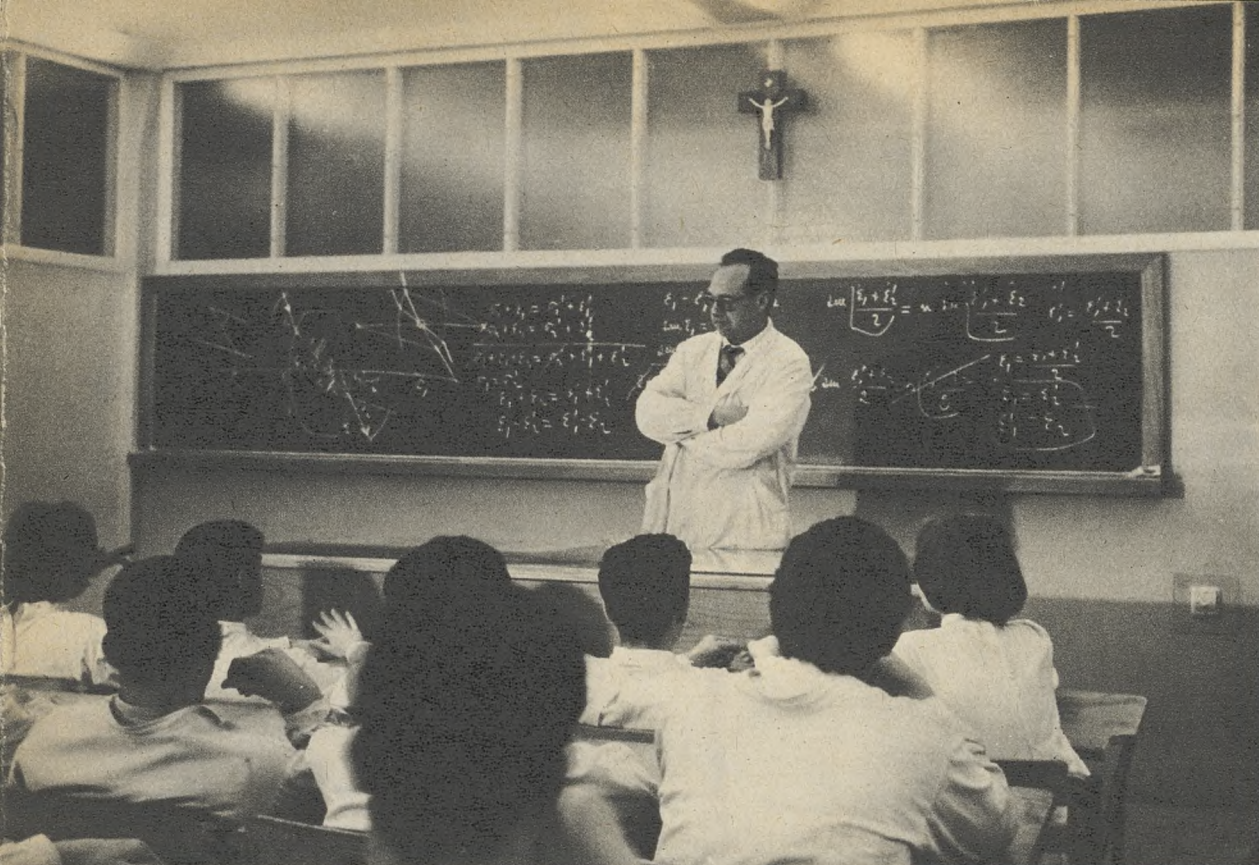
La respuesta la da el propio alumno cuando se presenta a la prueba final, al cabo de los dos cursos. Su examen definitivo consistirá en construir unas gafas para determinado individuo, adaptadas en todo a sus necesidades y a sus facciones, utilizando como material base dos pastillas de vidrio y un trozo de celuloide.

El futuro óptico ingresa en la Escuela sin saber una palabra de la especialidad. Tienen prioridad, en igualdad de condiciones, los profesionales, según su antigüedad en el trabajo, ya que las plazas de la Escuela están limitadas por la dimensión de los talleres. El ingreso exige una prueba de aptitud equiparada a los estudios de quinto curso de bachillerato. No hay que cumplir más requisito que el tener dieciséis años como mínimo. Desde el primer momento, el futuro óptico comienza a realizar una serie de trabajos teóricos y prácticos, predominando estos últimos, a los que se dedica especial atención. Con objeto de reforzar las prácticas de los alumnos, los cursos de la Escuela, a partir del de 1960-61, serán tres. La matrícula por curso cuesta tres mil quinientas pesetas. El número de alumnos por curso es de treinta y seis.

El plan de estudios, que abarca desde el estudio del dibujo y la estética hasta la historia de las gafas, incluyendo una asignatura de audiometría, puede resumirse así, en líneas generales: Matemáticas, Física y Química, Optica Fisiológica, Optica Geométrica, Optica Industrial, Optica Física, Tecnología Optica, Tecnología Mecánica y Contabilidad y Legislación. La Escuela goza, a pesar de su todavía breve historia, de un gran prestigio en España y en el extranjero. Varias empresas privadas, han hecho donación de becas y de aparatos para la Escuela. Profesores y alumnos realizan viajes al fin de la carrera a diversos países de Europa. El señor Pérez Irisarri nos dice:

—El conjunto de estudios y prácticas que hacen los alumnos es muy completo. La Escuela puede parangonarse a cual-





PROCESO DE FABRICACION DE UNA MONTURA DE CELULOIDE (RODENSTOCK)

Este proceso consta de 80 operaciones de las cuales solo se señalan las más importantes

FRENTE



Materia de partida



Fase intermedia



Fresado interior y exterior



Fresado del bicolor



Gravado de punto y pulido de puntos



Redondeado de bordes y pulido



Montaje de charneleras y embellecedores

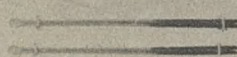
VARILLAS



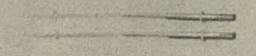
Materia de partida



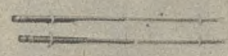
Gravado de punto



Pulido de la forma



Gravado de punto y pulido de puntos



Montaje de charneleras y embellecedores



Acoplamiento de varillas a frente



Gravado de varillas y pulido final



Gravado de punto



quiera del extranjero. Los estudios de óptica en Francia atienden principalmente a la maquinaria de precisión y al montaje. En Alemania se cuida especialmente el estudio del ojo y los fenómenos de refracción. Aquí hemos procurado dar todo aquello que el profesional debe conocer y hacer en el ejercicio de la profesión, y creemos haber logrado un plan muy completo.

Una vez dentro de la Escuela, nos seduce por completo la aventura de seguir paso a paso el proceso de fabricación de las lentes y sus monturas. Se trata de un corto y laboriosísimo viaje a través de máquinas, aparatos y herramientas al principio del cual se nos muestra el bloque de vidrio grueso y opaco. En el presente curso se han instalado los hornos para iniciar el proceso desde su comienzo, moldeando el vidrio. Son unos pequeños hornos eléctricos que alcanzan altísimas temperaturas. En la segunda fase, las pastillas de vidrio pasan a los desbastadores, que les imprimen la curvatura necesaria. Para ello ha sido necesario estudiar antes todos los principios físicos por que la luz es modificada al atravesar el plano del cristal. Tercera fase: pulido; el vidrio es ya transparente y apto para aplicaciones ópticas, pero debe pasar al laboratorio de control, donde se comprueba su verificación en los frontofocómetros. Estos aparatos, parientes remotos de los microscopios, son utilizados también por los alumnos. No se olvide que aquí todos hacen todo. Y para familiarizarlos con todas las variedades de aparato, ha querido la dirección de la Escuela —don Mariano Aguilar, amable introductor nuestro— que cada uno de los frontofocómetros fuera de una marca distinta.

Entre tanto, un grupo de muchachos y muchachas están dedicados a distintas tareas de soldadura y lima; son las prácticas de taller mecánico de primer curso. Al lado de ellos, separados por un enristalado tabique, los de segundo curso realizan las prácticas de taller de celuloide y montaje.

El laboratorio de control ha dado su visto bueno a los cristales. En Optometría, los alumnos aprenden a diagnosticar y, por tanto, a aplicar la lente necesaria a cada deformación visual. En las clases de dibujo, los alumnos diseñan y crean modelos de anteojos, a los que los futuros ópticos de montaje acoplan los cristales, recortándolos y redondeándolos con tenazas y abrasivos. El celuloide se dilata ligeramente al calor de un mechero de gas, y pocos minutos después, mediante un preciso trabajo de ajuste, quedan las gafas listas.

He aquí como a lo largo de dos años de estudio —y a partir de ahora, de tres— se repiten estos ejercicios una y otra vez para garantía de todos cuantos más tarde o más pronto, han de recurrir al servicio de un óptico.

Sus gafas, lector, sean de sol o de cristal blanco, han sido construidas con el máximo rigor científico. Y puede usted asegurarlo si, al realizar el encargo, vió sobre la bata del dependiente el emblema de la Escuela de Optica del Instituto «Daza de Valdés».

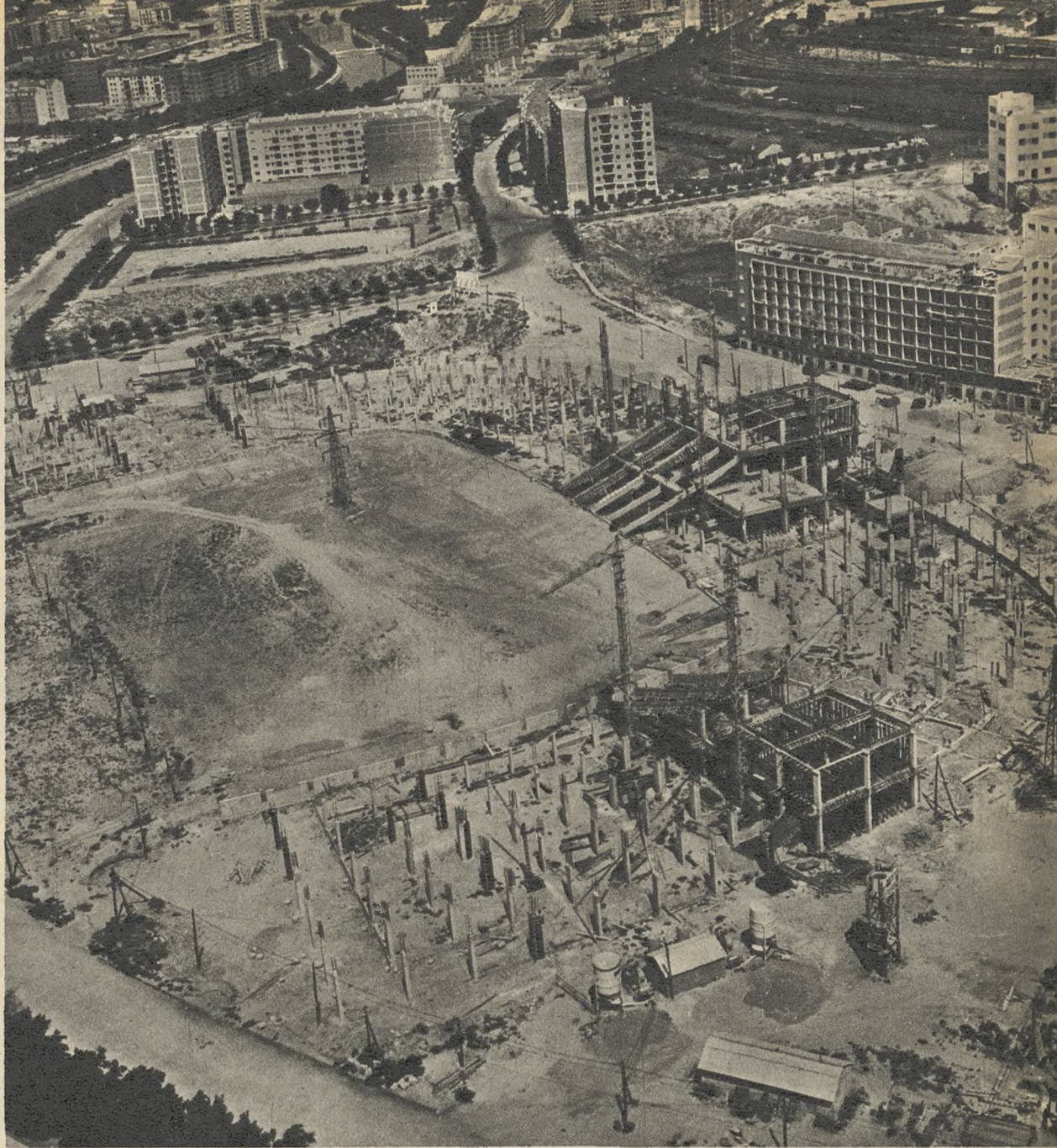
MADRID

NUEVA CASA PARA EL ATLETICO

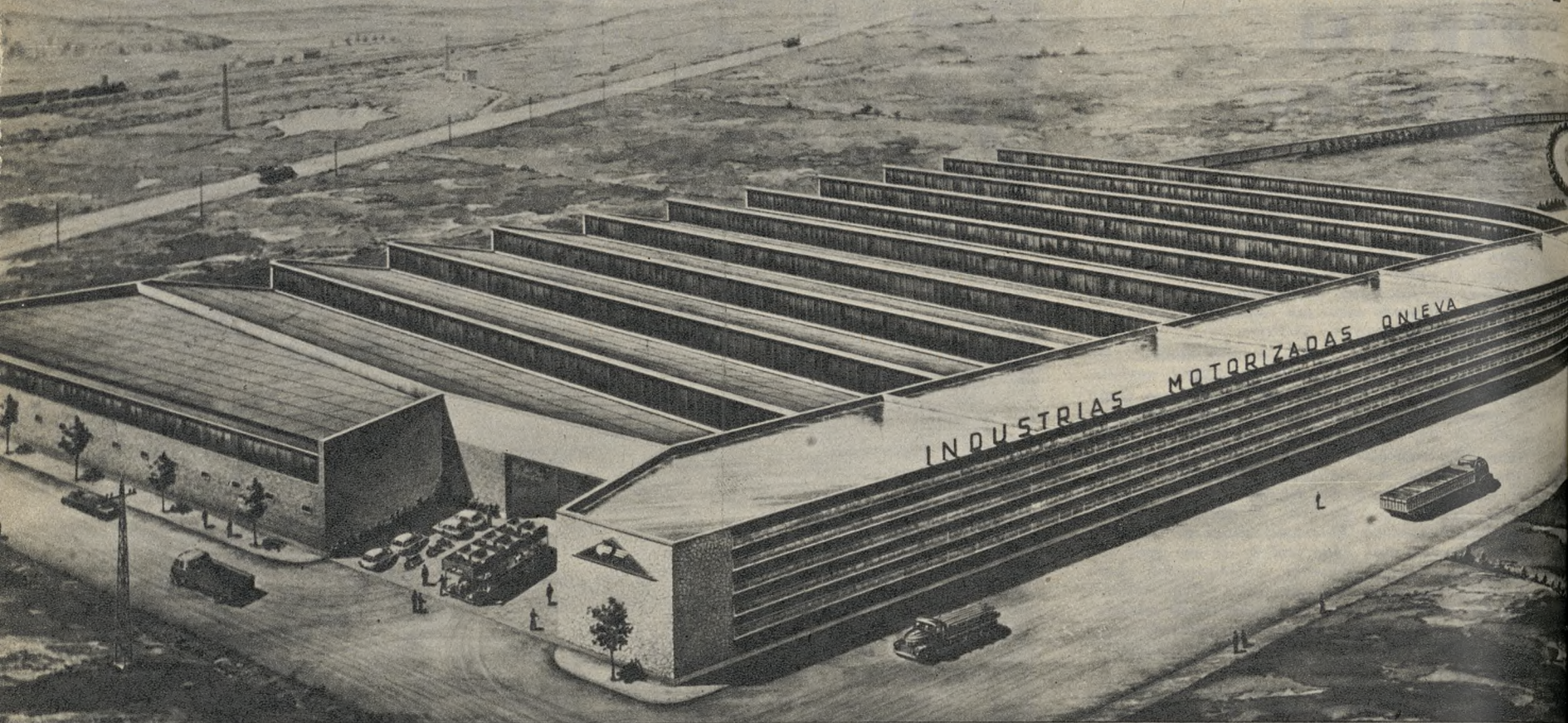
Un paseo aéreo a bordo de un helicóptero descubre siempre perspectivas inéditas. El mundo se muestra ingenuamente empequeñecido. Las imágenes se nos ofrecen en perspectiva panorámica, porque aquello de «a vista de pájaro» ya ha quedado pobre. En este MadridScope que crece incesantemente —hasta el punto de que las nuevas urbanizaciones escapan, por los lados, de nuestro campo visual—, se están realizando obras tan importantes como ésta que recoge la cámara de As-Press.

El helicóptero toma rumbo al Manzanares. Una pasada a corta altura nos permite ver el barrio moderno que está alzándose en sus márgenes y que será, según nos parece ver desde aquí, uno de los más bellos de la capital de España. El ensanchamiento de la Villa, tantos años contenido por la especial topografía de esta zona y por el cauce del río, ha saltado ya a la otra orilla del Manzanares. En este lugar, como futuro centro obligado de referencia, el estadio nuevo del Atlético de Madrid. El estado actual de las obras impide hacerse una idea real de lo que será este imponente campo de deportes, contemplándolo ahora desde el suelo. Desde la transparente cabina nosotros lo hemos visto así, en una fase avanzada de construcción, dibujándose ya claramente el trazado de lo que se destinará a escenario de reñidas competiciones deportivas.

Cuando aún no se han apagado los ecos del entusiasmo encendido por la victoria del Real Madrid sobre el Peñarol y por su conquista del campeonato mundial de clubs, ha vuelto la pelea, apasionada y noble de los dos equipos de fútbol madrileños, inaugurando la temporada oficial de Liga. Pero, según vemos ahora, el Atlético va a rivalizar también en cuanto a instalaciones se refiere. Esto viene a ser como una pacífica y deportiva «carrera de armamentos», una especie de guerra fría, que permitirá al Atlético madrileño, para la temporada de 1961-1962, jugar sus partidos en su nuevo estadio, que será, al mismo tiempo, nueva gala de Madrid y del deporte español.



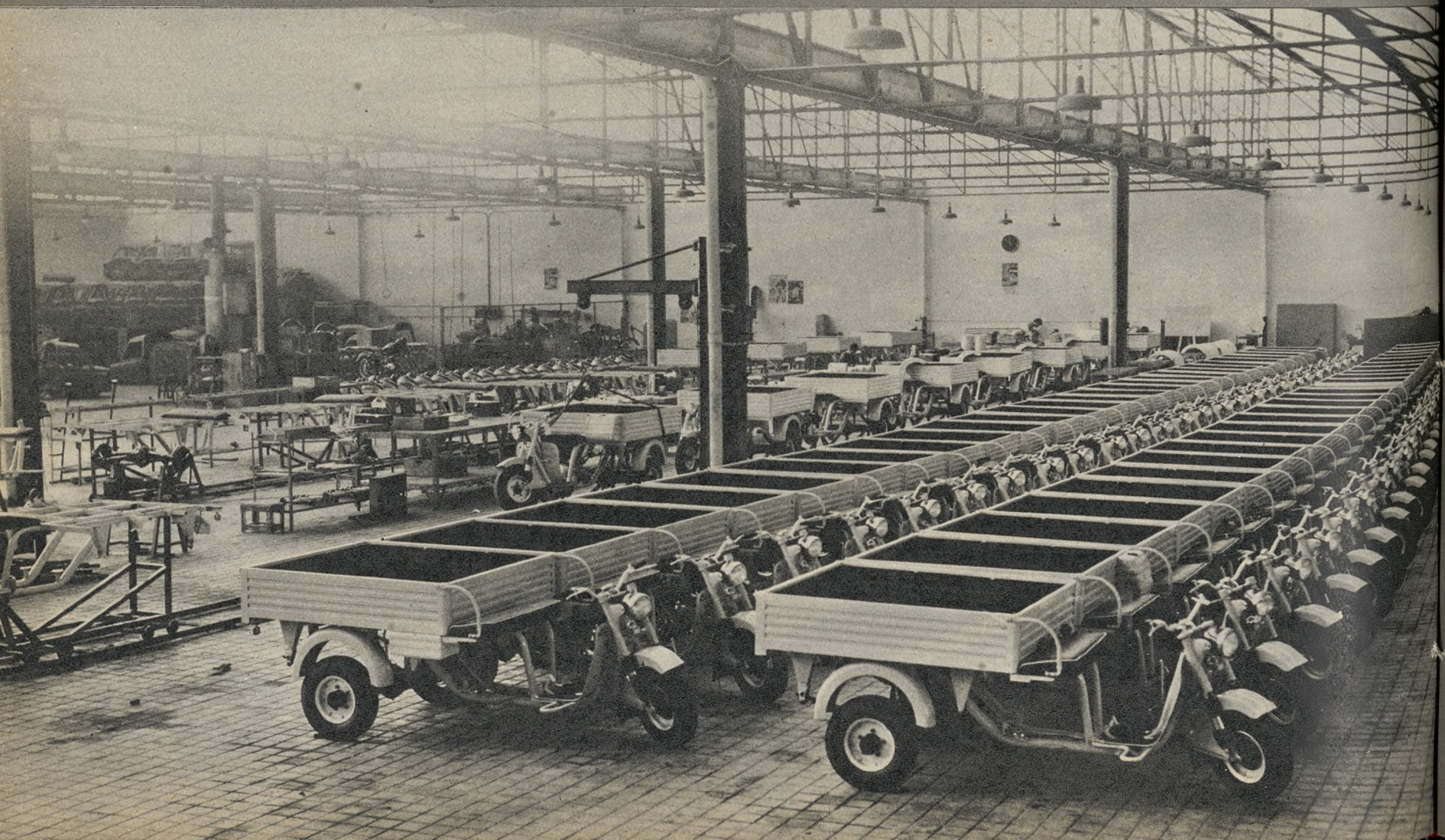
UNA PROMESA HECHA REALIDAD:



Vista panorámica de la gran Fábrica de Motocarros ROA, enclavada en Madrid

La aureola de prestigio de que venía precedido el motocarro ROA R. C. 600 se ha ratificado con el tiempo

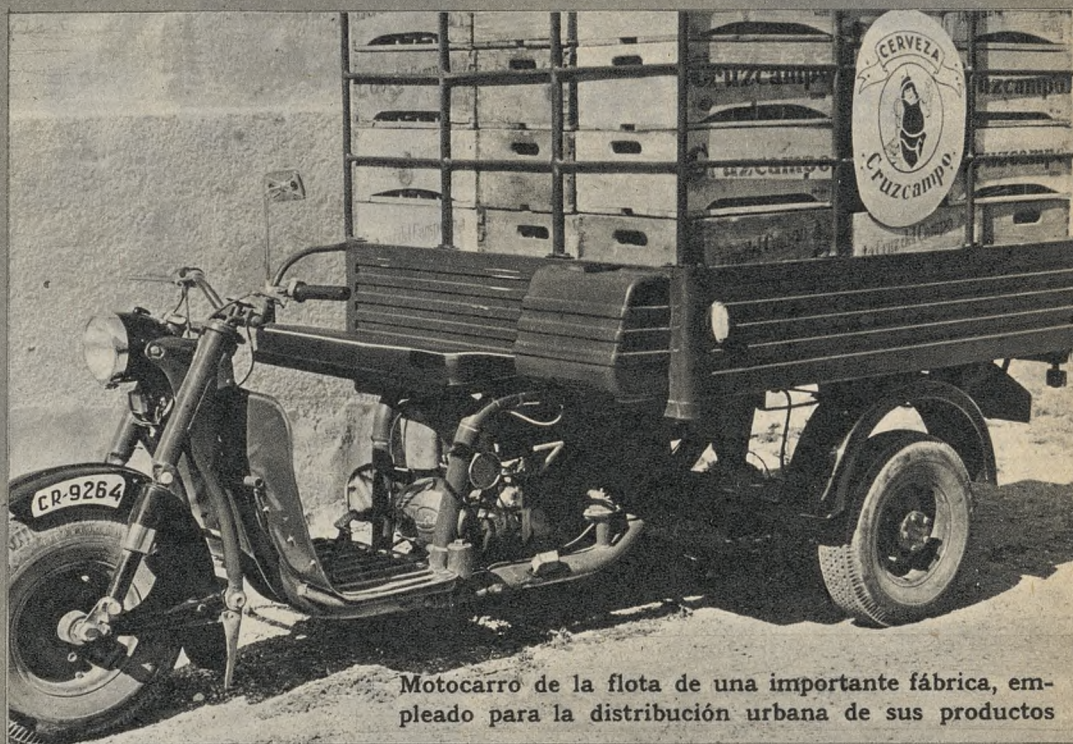
Nave interior de montaje en serie





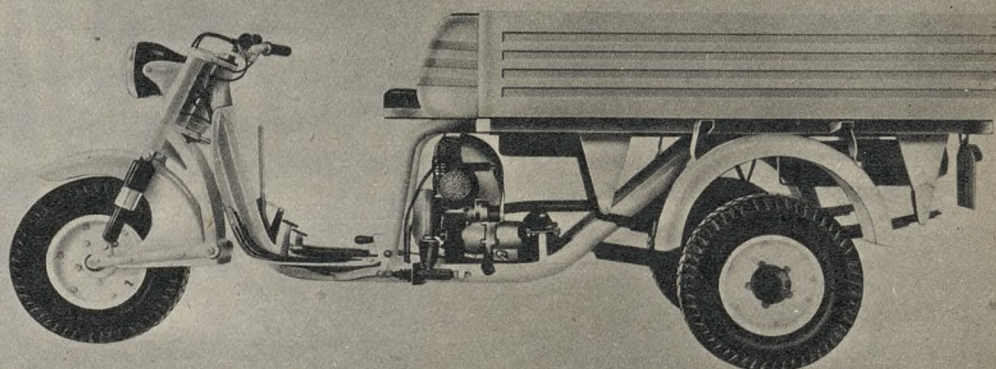
Puede presumirse en breve plazo la exportación a los distintos países de habla hispana

Algunas empresas han iniciado ya sus primeras relaciones



Motocarro de la flota de una importante fábrica, empleado para la distribución urbana de sus productos

Vista lateral del motocarro, donde puede apreciarse la posibilidad de aplicaciones para distintas cargas



Numerosas empresas y organismos han experimentado su economía y utilidad

Es, sin duda, el motocarro una de las mejores aportaciones del motor a la industria y al comercio en general, en la misión auxiliar del pequeño transporte.

Una de las factorías más importantes dedicadas a la producción de estos vehículos, o la de mayor avance técnico y de producción, es Industrias Motorizadas Onieva, enclavada en Madrid, en el kilómetro 5,600 de la carretera de Andalucía. Independientemente al gran número de vehículos que de esta industria surgen a nuestro paso, en servicio por comarcas y casco urbano, mereció ya nuestro interés la selección de sus fabricados, con marca R. O. A., por el Ministerio de Obras Públicas; primera ocasión de comprobar la eficacia de este medio en la reparación de carreteras, en el abundante discurrir por todo el territorio nacional.

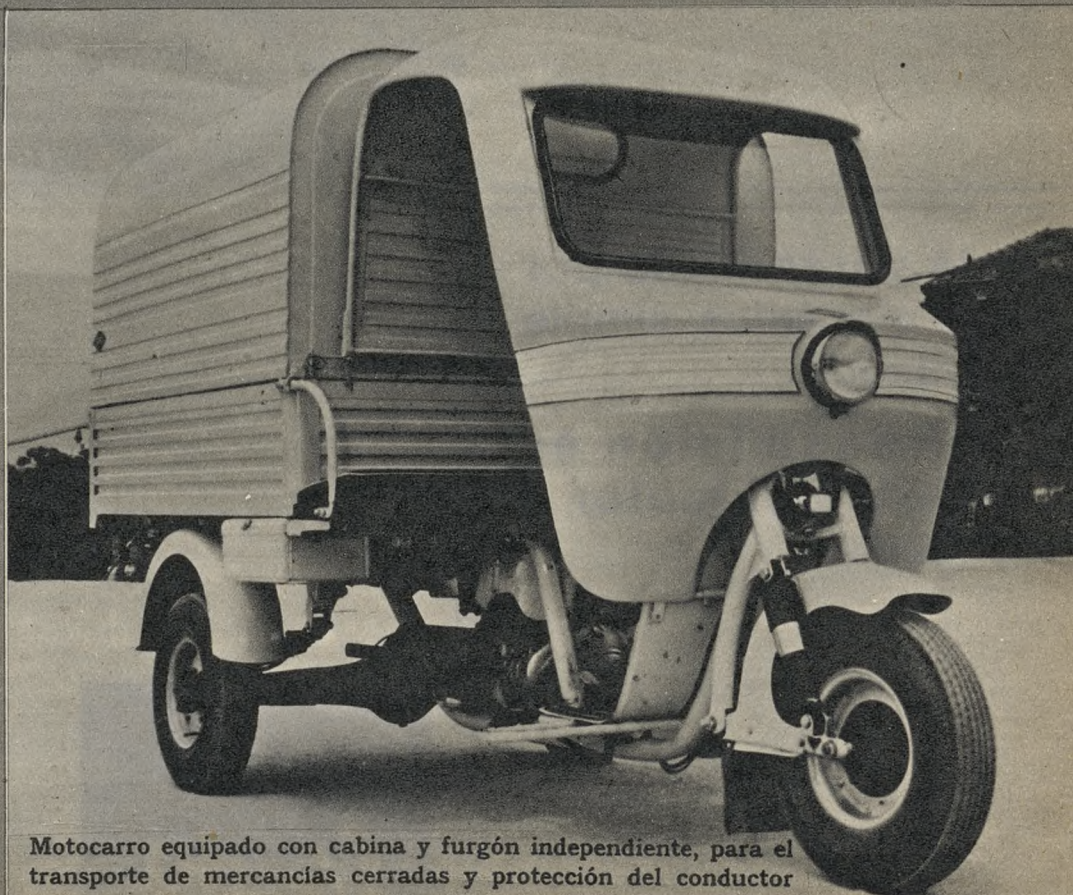
Más tarde, en la presentación del modelo actual R. C. 600, a la que asistió con el ministro señor Solís, concurrencia de la alta economía e industria nacional, tuvimos la evidencia de una industria progresiva y floreciente en la superación técnica de un medio de gran trascendencia para la economía en general y el mejor servicio.

Este vehículo, del que ya están en rodaje varios millares de unidades, va dotado de motor Villiers de 200 c. c. (dos tiempos), flotante, con acoplamiento de una caja reductora que permite el uso de seis velocidades hacia adelante y marcha atrás, sistema de transmisión Cardan, con barra deslizante al grupo diferencial, palieres flotantes, frenos hidráulicos a las tres ruedas y de estancamiento a las dos traseras «Renault», con una capacidad de carga de 600 kilogramos y tres litros y cuarto, aproximadamente, de gasolina-mezcla de consumo a los 100 kilómetros. Sus velocidades pueden llegar, en vacío, hasta 80 kilómetros hora, y dispone de alojamiento para conductor y ayudante.

El éxito de este vehículo, que se refleja en la práctica por su agilidad de maniobra, escaso espacio para su aparcamiento, economía de consumo y mantenimiento y por la exclusión de exigencias de permiso de conducción de clase, que permite el manejo por cualquier operario provisto del permiso elemental, se complementa con la aparición en el mercado de aplicaciones para los más diversos fines.

Su existencia y posiblemente el conocimiento de la utilidad e importancia de esta industria española, ha venido a merecer el interés de importación a distintos países, principalmente de Hispanoamérica, donde la industria automovilística se supone floreciente, y de otros, incluso, donde este medio de transporte ya es ampliamente difundido.

F. CAROLYN



Motocarro equipado con cabina y furgón independiente, para el transporte de mercancías cerradas y protección del conductor

LA NUEVA

Vespa

125 c. c. 1960



está garantizada por una mecánica simple y sólida.

La transmisión es directa del motor a la rueda.

hará deporte, participará en carreras, en rallys, en gymkhanas

Y ADEMÁS

Vespa

ES EL SCOOTER MAS ELEGANTE

MISERA COMIDA

DE FRAILES

Un cuento inédito de
HUGO WAST
para MUNDO HISPANICO



Mi tío abuelo por línea materna, don Jesús de Oñate, era un vasco de buena estirpe, que venido muy joven a esta tierra, merced a su tenacidad en el trabajo y a su perspicacia y honradez en los negocios había acabado haciéndose un buen nombre y una más que regular fortuna, en campos y haciendas, que poseía a cosa de cuarenta leguas de la gran ciudad.

«Virgen de Aránzazu» llamábase la estancia, donde él pasó un medio siglo de su vida, se casó, no tuvo hijos, enviudó y andando de cacería de patos en la vecina laguna del Cristal, adquirió un pertinaz lumbago que le obligó a replegarse a cuarteles de invierno.

Por ese tiempo de su vida ciudadana le traté mucho. Le interesaban mis estudios de Derecho, que yo iba haciendo a tropezones. Me animaba a proseguirlos, cuando me veía a punto de colgar los libros y me anunciaba, como un premio, para el día que recibiera el título de doctor en ciencias sociales y jurídicas, incorporarme, como abogado y como socio, al personal directivo de su «Virgen de Aránzazu».

Pero nunca me quiso llevar en los viajes que hacía cada mes para inspeccionar los trabajos y disponer lo que fuera conveniente: siembras, cosechas, venta de cereales o de novillos.

Temía que al ver aquella hermosura de campos, aquella gloria de haciendas, de lo mejor de la zona, me dejara tentar y abandonara del todo mis códigos y libretos.

No sé si fué acierto o desacierto. Ello es que un día, a raíz de la visita que le hizo un fraile barbudo, trayéndole nuevas del lugar, resolvió invitarme a que fuera a visitar la estancia, yo solo, porque él estaba en lo mejor de un ataque de lumbago y no se podía menear sin dar gritos escandalosos.

Me dijo, en suma, que puesto que un día u otro yo heredaría esa estancia, y así lo había asentado en un explícito testamento, justo parecía

que fuera enterándome de cómo marchaba el negocio de invernada que ese año había dado pérdidas y el de cría de vacas *Aberdeen Angus*, que no llegaba nunca a dar lo que prometía.

—Irás y verás con tus ojos, que no son malos. Comprobarás el estado de las aguadas y de los alambrados. Yo tengo allí arriba de dos mil vacas en otras tantas hectáreas alfalfadas, aparte de otras mil que se siembran de maíz y de trigo y algún año de girasol o de lino. Desde que no voy allí, y van para cuatro meses, las rentas han mermado. No desconfío de la honradez de nadie; pero sí de la laboriosidad de todos. El gato, ausente; los ratones, de fiesta. Estarás un día o dos días, o lo que puedas, sin perjuicio de tus estudios, y no lo pasarás mal. Ya les he escrito a los Padres Barbones que te atiendan bien, y mi mayordomo, don Fulgencio Cantero, que te proporcione lo que tú le pidas. El hijo de don Fulgencio, que se llama...

Tamborileó un momento con los dedos en el brazo del sillón y consiguió acordarse del nombre estrafalario del muchacho.

—Que se llama Abresén..., ¿de dónde habrán sacado este nombre? Me han dicho que de un almanaque, dicen que era el santo del día. Nunca doña Escolástica, su madre, lo habría bautizado con nombre que no fuera de santo... Me han pedido una stampa. Jamás he podido hallarla en ninguna santería.

—¿Qué le pasa a Abresén?—pregunté yo, para que mi tío no se perdiera en divagaciones.

—Le pasa que mañana vendrá a buscarte en nuestro jeep. Son cuarenta leguas, de no mal camino, un tercio de asfalto, dos tercios de tierra abovedada. Si sales de aquí al alba de pasado mañana, llegarás al mediodía y los frailes Barbones te recibirán como a un obispo y te invitarán a almorzar. Será una misera comida de frailes, como me lo han dicho, pero tú eres frugal y no te conviene cargar mucho el estómago. Una

dispepsia, se viene en coche, pero después se va a pie.

Al atardecer del día siguiente, hermoso tiempo, a comienzos del verano, llegó Abresén en su jeep.

Hice mis maletas, como para quedarme allá la semana entera y partimos en la madrugada del día siguiente.

Suerte que mis riñones fueran sólidos, porque el armatoste aquél, una «viajera», según le llamaban, tenía los más rudos elásticos del mundo. Así y todo, por un camino un tercio asfaltado y dos abovedados, pero lleno de baches y pozancones, a través de los ubérrimos campos, unos en flor y otros en rastrojo, llegamos justito cuando en la torre de la iglesia de los Barbones estaba sonando el mediodía.

En el trayecto me había ganado la confianza de Abresén, el hijo de don Fulgencio y doña Escolástica, quien me informó de muchas cosas de la estancia; pero no acertó a decirme acerca del origen de su nombre extravagante, sino que era el del santo del día, primero de febrero.

Ahora iba a trabar relación con los Barbones, que ya me esperaban enfilados, a la puerta de su convento, por donde pasaba el ramal de la ruta que iba a las casas de mi tío, no distantes un tiro de escopeta.

Nunca averigüé qué congregación religiosa era aquélla y ahora no es tiempo de averiguarlo para contarle aquí, porque tengo prisa de entrar en tema de mayor sustancia, como es lo que me aconteció en aquella misera comida de frailes, cuyo vaho me estaba dando ya en la nariz.

Podía ser una rama del gran árbol franciscano, o del no menos frondoso benedictino o del antiquísimo y benemérito de San Agustín.

Vestían los que yo estaba viendo un hábito pardo con escapulario y cogulla, ceñido por un cinturón de cuero crudo, tal como salía de la vaca o del novillo, con pelo y todo, pero domado y hasta luído por el uso.

El pueblo, sin averiguar su procedencia ni sus reglas, los llamaba los Barbones, por la barba florida que todos llevaban, con excepción de uno solo, el Superior, según me lo dijeron después.

Mi tío les había traído de no sé qué región de España hacía más de cuarenta años, y entregándoles en propiedad cien hectáreas de tierra flor, lindera con uno de los alfalfares de la estancia y con la preciosa laguna del Cristal, llena de nutrias y de pejerreyes.

Ellos habían transformado el campo bruto en un Edén, porque eran entendidísimos en labranza y en la cría de toda suerte de ganado. Amén de eso, plantaron millares de árboles frutales y establecieron enjambres y una granja para elaborar dulces y quesos y otras cosillas deleitosas, enseñando de paso a dos centenares de alumnos atraídos de los pueblos vecinos y las alquerías de los contornos.

Levantaron también una iglesia, que ya la hubieran querido más de una de las arrogantes ciudades que figuran en nuestros mapas y dedicaron al culto y al servicio de la parroquia tres o cuatro de sus propios sacerdotes.

Como a poco de andar, después de los frailes, vinieron unas religiosas de su misma congregación, fundóse en otro pedazo de tierra, que también donó mi tío, un colegio de niñas, con su internado y su capilla y algunos talleres adecuados para que ellas aprendieran a trabajar y a sostener un hogar y hasta a mantener un marido holgazán y borracho, con hijos y todo, desventura que no suele ser muy rara.

Mi tío podía estar orgulloso de haberse desprendido de una parte de su fortuna para incorporar a la vida del país aquellos religiosos que enseñaban la virtud y las ciencias de Dios no sólo con lenguas elocuentes, sino con manos castas y laboriosas.

Era, pues, don Jesús de Oñate el ídolo de ambos conventos, y yo, de quien ya se decía que con el tiempo sería el heredero de mi tío, beneficiaba de los honores que a él le correspondían.

Por de pronto, de la bendición del Padre Superior, que antes de dármele, no bien descendí del jeep, se arrodilló a mis pies, y yo, todo confuso, abatado, como dicen en el colegio, no sabiendo qué hacer, me arrodillé también y así, arrodillados los dos, nos dimos un abrazo y un beso, y entonces él me bendijo hasta la cuarta generación. Pero eso no fué nada, pues cuando él se incorporó y yo me disponía a hacer lo mismo, se me plantó de hinojos otro de los frailes, esta vez uno con toda la barba, pues ya he dicho que sólo el Superior era lampiño, y realizó la misma experiencia: un tierno abrazo, un beso barbudo y una bendición en sonoro latín; y luego un tercero y después perdí la cuenta, hasta que les tocó el turno a los legos, que se limitaron a abrazarme, sin beso ni bendición.

En esto conocí quiénes eran de misa y quiénes no lo eran, y me parecieron más que suficientes, porque yo los tuve que recibir a todos en mis brazos, permaneciendo de hinojos, y algunos de ellos lloraban de emoción y otros, menos tiernos, sudaban de calor bajo la ruda estameña del hábito.

Realmente era un espléndido día de verano. A la derecha, divisábamos el dilatado alfalfar de la estancia, con profusión de florecitas color violeta; a la izquierda, las huertas de árboles frutales de los Barbones.

Al frente, la iglesia, con sus puertas de par en par abiertas para recibirme.

—Vamos a cantar un *Te Deum*—me dijo el

Superior, invitándome a acompañarle—. Tenemos que dar las gracias al Señor por habérmolo traído.

—Cuestión de cinco minutos nada más—agregó el segundo fraile de la comitiva, que debía de ser autoridad en la casa.

Era bastante joven, con una esplendorosa barba rubia, nariz pequeña, rostro bermejo y sonriente, mientras que el Superior, sobre ser lampiño, era magro, narigudo y pálido como el Kempis.

—Cinco minutos, nada más—confirmó el Superior.

Observé entonces que casi todo lo que decía el segundo, lo repetía el primero abreviando palabras.

—Se lo digo—aclará el segundo, a quien yo *in mente* empecé a llamar el Padre Prefecto—, porque usted estará cansado...

—Estará cansado—balbuceó el Kempis.

—Y hambriento y querrá participar cuanto antes de nuestra mísera comida.

—Mísera comida—repitió el Superior.

—¡De frailes!—agregué yo, confieso que un poco intranquilo.

De veras, estaba hambriento; me creía capaz de comerme un costillar de vaca entero, con todo lo que suele acompañar esos banquetes. Y no me hacía feliz el que se me invitara a un almuerzo de trapenses, cuya regla podían haber adoptado los Barbones: una sopa de legumbres, un poco de pan, una ensalada de berros y, como postre, un bocadito de queso y un vaso de vino.

La iglesia era pulcra, fresca y sonora. El *Tedeum* pasó, rápido como un ángel. De pronto me hallé sentado en la sala de visitas, delante de una mesa redonda, cargada de platillos, cada cual con lo suyo: éste con berberechos, aquél con angulas, el de más allá con salchichitas, otros dos o tres con diversas fruslerías y una copa en que el Prefecto me escanciaba un vinillo dorado.

—Este es un jerecillo con tapas, según lo llaman en Andalucía, sólo para hacer boca o, como dicen aquí, abrir el apetito.

—Abrir el apetito—agregó el Superior.

—¿Y ustedes no toman nada?—pregunté, por decir algo.

—No nos lo permite la regla. Coma y beba a su gusto, porque puede ser que no pasemos de aquí—observó el Prefecto con siniestra sonrisa.

—¡Ah!—hice yo, bebiéndome la primera copa y precipitándome sobre aquellos conatos de manjares, que me resultaron exquisitos y de que me serví en grande, por lo que pudiera acontecer.

Lo que aconteció fué que, cuando hube despachado tres o cuatro copas de jerez y las tapas

correspondientes a una docena, sintiéndome plenamente satisfecho, me animé a decir:

—Pues si no pasamos de aquí, mis queridos padres, no lo habremos hecho del todo mal: estoy casi lleno.

—¡Cómo! ¡Eso no puede ser! No querrá usted desairar nuestra mísera comida de frailes.

—No, no; pero...

—¡Vamos allá!

Me tomó campechanamente del brazo, cual si temiera que fuera a escaparme de aquella penitencia de trapenses y, adelantándose, en dos o tres zancadas me condujo al refectorio, donde ya estaban todos los frailes, de pie, con las manos en las mangas, alineados frente a una larga mesa en herradura. Delante de cada uno de ellos había un plato rebosante de tajadas rojas y apetitosísimas, nada menos que magras de jamón, manjar de reyes, para mi gusto, y a su vera una botellita de vino tinto.

—¡Oh!—exclamé yo entusiasmado—. Es lo mejor que podían ofrecerme en esta...

—Mísera comida de frailes—completó el Prefecto, guiándome hasta mi puesto en el testero de la mesa, donde me colocó dando lugar a que el Superior se pusiera a mi derecha, y poniéndose él a mi izquierda. Todavía me susurró al oído:

—Hará usted bien comiendo bastante, porque sólo Dios sabe si después vendrá nada sustancioso. Aunque hoy nos hemos salido un poco de la regla, no dejamos de ser frailes penitentes... ¡Ya lo verá usted!

Sí; pronto lo vi. No sé en qué medida, por honrarme a mí se habían salido de la regla, pero me imagino que ni San Benito, ni San Agustín, ni San Francisco, fundadores, o lo que fuesen, de aquella santa y benéfica comunidad de Barbones, habrían dejado de asombrarse un poquito de la mísera comida de frailes, que comenzó con las más generosas magras que yo haya gustado en mi vida.

Antes de arremeter contra ellas, el Superior había rezado el *Benedicite*, que escuchamos de pie, y luego, sentados ya, un frailecito joven, de excelente voz, nos leyó algunos versículos de un capítulo del primer libro de los Macabeos.

El Prefecto me explicó que aun no leyendo más que esa poquedad, como lo hacían en el almuerzo y en la cena, alcanzaban a leer toda la Sagrada Escritura, desde el Génesis al Apocalipsis, en cosa de cuarenta meses.

—¡Pero, hombre! Coma usted sin escrúpulo. Estas magras las fabricamos nosotros mismos en nuestra granja, con un cuidado que no suelen poner los negociantes. Coma y, si quiere, le haré servir de nuevo, porque quién sabe lo que viene después...

No me acordaba ya ni de las tres copas de jerez ni de la profusión de tapas que les puse encima. Comí de aquellas magras con la voracidad de un perro de la Patagonia, y tuve el consuelo de ver que ninguno de aquellos santos varones se me quedaba atrás. El vino tinto que entre bocado y bocado me iba echando al colete, escanciado por la mano velluda y pródiga del Prefecto, me dió valor para preguntar algo:

—¿Todos los días la benemérita comunidad come de estas magras?

—No es lo usual—me respondió—. Hoy nos hemos salido un poquito de la regla, por honrarle a usted...

—¿Y beben de este vino?

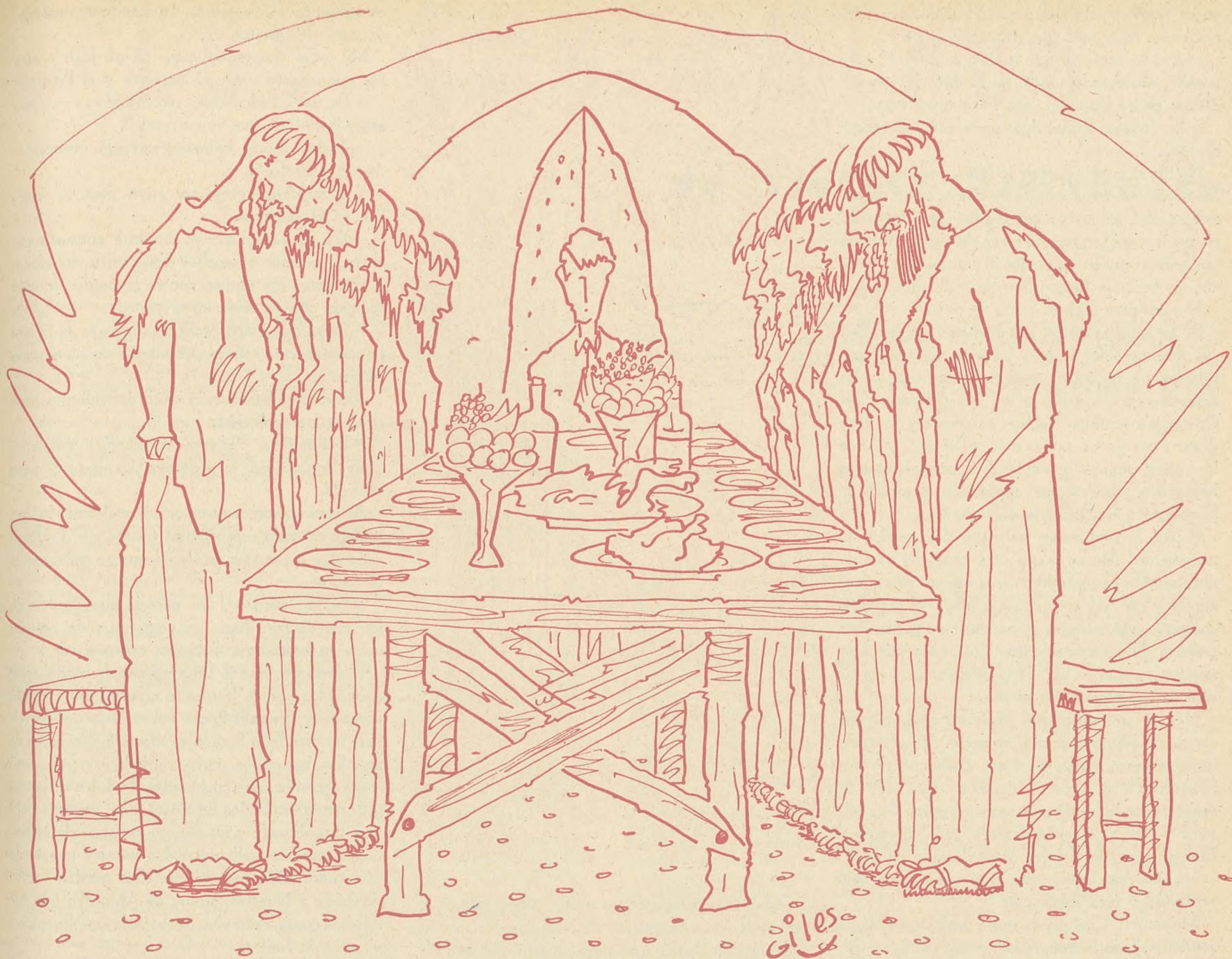
—¿Lo encuentra bueno?

—Lo encuentro bonísimo.

—Pues no tenemos otro. Es de nuestras viñas.

—De nuestras viñas...





—De nuestras viñas sanjuaninas. Porque ha de saber usted que en la provincia de San Juan tenemos otra escuela rural, donde se enseña lo que aquí.

—¿Y se come lo que aquí?—interrogué picarescamente.

—Más o menos—respondió el Prefecto.

—Más o menos—confirmó el Superior.

—Bueno—dije con humildad, poniendo mis armas en pabellón—. De aquí no puedo pasar.

—¡Qué está usted diciendo!—protestó el Prefecto, escandalizado—. ¿Va a desdeñar nuestra mísera comida de frailes?

—Todavía no hemos comenzado—observó la suave vocécita de mi Kempis, que, flaquito como era, se había despachado un platazo de magras y dos o tres buches de vino de San Juan.

—¿No hemos comenzado todavía?—pregunté yo, arrepentido de haber devorado demasiadas tapas y demasiadas magras.

—¡Claro que no! Mire usted el caldito que aquí nos traen.

En un santiamén dos legos ágiles nos cambiaron los platos y otros dos fueron, sin mezquindad, llenando los limpios de caldo, que extraían de una capaz y humeante cacerola.

—¡Vaya por el caldo!—dije yo, poniéndome a sorberlo, y no me arrepentí, porque estaba riquísimo y me pareció que no me llenaba, y que más bien me reabría el apetito, que se me estaba cerrando.

Tuve la flaqueza de confesárselo al Prefecto, que prorrumpió en una hilera de carcajaditas.

—¿No le decía yo? Este caldito es un secreto de los Barbones, que damos a los enfermos inapetentes.

—¿Todos los días?

—No; todos los días, no... Hoy...

—Hoy nos hemos salido un poquito de la regla—explicó el Superior, que acababa de terminar su plato y oteaba la puerta, con sus inocentes ojos azules. Y agregó, con una modestia deliciosa: —Si no fuera por este caldito, yo no pasaría de aquí.

—Ello significa—manifestó el Prefecto—que podemos dar un pasito más adelante. ¿Quiere usted que haga traer las cinco o seis gallinitas hervidas que nos han dado este caldito? ¡Son pura manteca! Puede usted comerse dos de ellas sin preocupación.

Me apresuré a rechazar el pavoroso ofrecimiento.

—¡No, no! ¡Muchas gracias!

—No insisto, hijo mío y señor, porque las pobrecitas ya han soltado todo lo bueno que tenían que soltar. Y porque aquí nos traen algo de más conciencia.

Esto expresó a tiempo que entraban en fila cuatro legos con sendos fuentones de pescados fritos.

—¡Pejerreyes a la barbón!—me musitó el Prefecto—. De nuestra laguna. No son grandes y están sancochados en el caldito de enfermos, para que no ocupen lugar...

—Para que no ocupen lugar—repitió el Superior.

—¡Es que yo no tengo ya ni un centímetro libre!—exclamé con inquietud—. No me esperaba esta comidita...

—¡Mísera comida de frailes!—exclamó humildemente el Superior.

—Es que no va a haber nada más..., según creo—anunció el Prefecto con alguna vacilación—. ¿No es así, hermano repostero?

—No sé de cierto, reverendo padre, lo que habrá preparado el hermano Gabriel—respondió el repostero, sentado casi al extremo de la mesa y atento a todo, como un fiscal. Yo, inquieto acerca del porvenir de la mísera comida, rogué que, por lo menos, me excusaran de aquel succulento trío de pejerreyes a la barbón, que ya me habían servido.

—¡No desaire a nuestra laguna del arroyo del Cristal, mi querido señor!—exclamó, horrorizado, el Superior.

Y el Prefecto agregó:

—¡Nuestra laguna, que es un don del cielo para toda la región!

—Vaya por los pejerreyes del Cristal—respondí yo, resignado.

—Ya verá usted lo livianitos que son; tan livianitos que...

—No ocupan lugar—terminó el Superior.

¡Qué no habían de ocupar lugar! Hice lo que pude, por no desairar a la famosa laguna, de la cual tenía alguna noticia, por los lumbagos de mi tío y conseguí hacer desaparecer dos de los tres animalejos, maravillosamente aderezados.

—¡Luego le voy a pedir la receta!—exclamé,

en su elogio, cuando depuse el fatigado tenedor, resuelto a no ir más allá. ¡*Non plus ultra*!

—¿No le decía yo que le iban a gustar?—respondió, alborozado—. ¿Y no le dijo el reverendísimo padre Superior que no ocupan lugar?

—Perdóneme si discripo en eso con el reverendísimo...

No me dejaron concluir la frase, porque en ese momento volvieron a entrar y esta vez con mayor solemnidad, los cuatro consabidos legos trayendo en sus fuentes la preciosa carga de cuatro cerditos tan primorosamente dorados al horno, que de todas las bocas se escapó un «¡Ah!» de admiración.

No era para menos.

Si no hubieran sido aquellos tres jereces, con sus innumerables tapas y aquellas magras repetidas, de que yo comí creyendo haber llegado a las columnas de Hércules y los dos pejerreyes del Cristal, yo también hubiera aclamado a los cerditos. Pero ya no podía más, y lo dije, y hasta lo juré y conjuré y supliqué a mis venerables huéspedes, que no me expusieran a morir de la muerte más desairada del mundo.

¡Como si mis frailes hubieran sido sordos de nacimiento! Me sirvieron otra copa del sanjuanino aquél, asegurándome que eso me abriría el apetito y me ponderaron la habilidad del hermano cocinero, que se había esmerado en aquella obra maestra de los cuatro chanchitos, sólo por agasajarme a mí, y se enfadaría muchísimo y era de carácter poco apacible, si no...

No fué necesario que explicara más, porque en ese momento apareció en medio del refectorio un gigantesco fraile, de fosca barba negra, enfundado en un blanco delantal manchado de sangre, tocada la cabezota con un gorro de cocinero y blandiendo una enorme cuchilla, como si buscara querella a quien osara desairar su labor.

—¿Qué pasa aquí?—exclamó con vos de bajo profundo y ojos llameantes.

Me sometí. Cualquiera en mi posición se habría sometido, bajo la imperiosa mirada del lego, que no se apartó de mí hasta que estuvo cierto de que devoraría medio chanchito, por lo menos.

En eso andaba yo, ¡pobre de mí!, y en lo mismo andaba la benemérita comunidad, que ese día se había salido un poquito de la regla, cuando el Prefecto comenzó a aplaudir, sin que nadie hubiera dicho una palabra, y sólo porque entraron los consabidos cuatro legos, trayendo cada uno un par de canastas cubiertas de immaculados mantelillos. Véjase a la legua que era arreglo de monjas.

—¡Ya me decía yo—exclamó el Prefecto—, que nuestra Reverenda Madre Superiora no se olvidaría de nosotros en un día como éste!

Yo volví a poner mis armas en pabellón y y miré, temblando, lo que iba a aparecer cuando se descubrieran las canastas.

La primera venía rebosante de unos buñuelos o bocadillos, como soplados y vidriados con azúcar y clara de huevo.

—¡Psh!—hizo desdeñosamente el Prefecto, arrugando la breve nariz—. ¡Suspiros de monja! Los dejaremos para postre.

—¡Postres, postres!—dijo con displicencia el Prefecto.

Pero las otras cestas no traían nada para postre y eso me llenó de espanto, porque siendo la cosa más succulenta que se fabrica en este país, se presentaba en la peor oportunidad del mundo.

—¿Qué me dice de *esto*?—exclamó el Prefecto.

—¿De *esto*?—repitió su eco y los cogotes de los cuarenta frailes se salieron casi de la cogulla para contemplarlo.



Como yo permaneciera mudo, amedrentado, y mi gesto fuera de terminante renuncia, el Prefecto arriesgó un chiste, invitando a todos, con el permiso del Superior, a romper el silencio que, más o menos habían guardado, si es que eran capaces de responder cumplidamente a la cuestión.

—Con los debidos respetos del caso, preguntoles a ustedes: ¿en qué se parecen las empanadas a los señores obispos?

Si alguno de ellos lo sabía no lo dijo, y de ese modo el reverendo fraile pudo darse el gusto de contestarse él mismo.

—Pues ocurre, dignísimos hermanos míos, que cuando un obispo llega con retardo a la iglesia, tan llena de gente que no hay dónde poner un alfiler, no bien él aparece en la puerta, el público, que ya no podía apretarse más, halla manera de comprimirse todavía de ambos lados y le abre camino por en medio y Su Señoría entra muy orondo hasta el altar mayor.

—Esto le pasa al señor obispo—observé yo, imaginándome que se me venía con un argumento irrefutable—. ¿Y a las empanadas qué les pasa?

—Que son como los señores obispos: por tarde que lleguen, aunque no nos quepa un bocado más, ellas se hacen un lugarcito y entran orondamente y de a pares, porque la empanada tiene que ir siempre bien acompañada.

Junto con lo que terminó su apólogo y los legos sirvientes empezaron a distribuirnos las de las cestas, a dos unidades por barba, como que eran empanadas cordobesas, de las que tienen el repulgo arriba del lomo y no a un costado, y de una cuarta de largo, más bien más que menos, aparecieron de nuevo aquellos cuatro frailes, que yo me sabía ya de memoria, con un amplio fuertón a dos manos cada cual y en ellos las presas

escogidas de varios gansos, reposando en un lecho de puré de castañas.

Me quise desplomar, pero de un lado y otro me apuntaron entre el Superior y el Prefecto.

—Es un vahido—dije, recobrándome—. Pero estoy seguro de que voy a morir...

—Todos morir habemos—asintió resignadamente el Prefecto.

Y el Superior agregó con cierta picardía, insólita en el Kempis:

—¡Ya lo sabemos!—y con este consuelo me entregó cuchillo y tenedor limpios, invitándome a arremeter sin réplica contra la pareja de cordobesas que ya tenía en el plato.

—Salvo que usted prefiera comérsela «a la que te criaste», como dicen por allí, es decir, a mano limpia.

Viendo que habría sido inútil defenderme, propuse una transacción:

—Prometo a vuestras reverencias comerme estas empanadas si dejamos los gansos para otro día.

Se consultaron con una ojeada y el Superior me desligó de todo compromiso futuro y el Prefecto ordenó a los cuatro ganseros que se volvieran a la cocina.

¡Dios me perdone! Me pareció que algunos de los comensales, hacia los extremos de aquella mesa en herradura, sintieron verlos partir.

El hecho es que di fin a mi par de cordobesas, comiéndomelas «a la que te criaste», sin cuchillo ni tenedor. Engullí luego, como Dios me ayudó, para no ofender a la monja repostera, dos pares de aquellos bocadillos, cuyo verdadero nombre no logré recordar, dos cucharadas de dulce de batata y durazno, otras dos de no sé qué melaza; bebí una taza de café y un cumplido vasito de aguardiente, que me rellenaron dos veces y puesto de pie, como ellos, recé lo que ellos rezaban, agradeciendo a Nuestra Señora de Aránzazu que me hubiera conservado vivo después de aquella mísera comida de frailes.

Al dar los primeros pasos, hacia afuera del refectorio, me flaquearon las piernas.

Me apoyé discretamente en el hombro del Prefecto, que me cuchicheó con cierta lástima:

—¿Siempre se le aflojan las piernas después de almorzar?

—No, padre; es la primera vez.

—Se lo digo porque podría tratarse de un reumatismo fugaz, como lo llama el hermano enfermero—¿Debilidad? ¿Quiere otra copita de...?

Di las gracias de la manera más zurda y me escapé casi corriendo, rumbo a las casas de mi tío, adormecidas bajo el cálido sol, a corta distancia, que me pareció infinita.

Había una puerta en el cerco alambrado que separaba las dos propiedades. La abrí, pues no le habían puesto candado, y empecé a caminar no hacia el edificio, al cual nunca llegaría, ni quería que me viesan llegar, trastabillando como iba, sino hacia un frondoso algarrobo, único árbol que se erguía en el dilatado alfalfar.

Iba cayéndome de sueño y pensé morir en el camino.

Pero llegué, feliz de que nadie me hubiera visto, y me tendí en el suelo, a la sombra de aquel gigante, respetado a causa de su hermosura por los hacheros de mi tío.

Vi antes de cerrar los ojos cómo volaban las ingravidas golondrinas en el cielo azul: vi también un águila, inmóvil, que parecía colgada en el aire transparente, y no vi más.

Y me hundí en las deleitosas y oscuras corrientes de la primera mona de mi vida.

ILUSTRACIONES: FERNANDO GILES

"LOS ENCUENTROS"

de Vicente Aleixandre

¿Qué son *Los Encuentros*, de Vicente Aleixandre? El mismo nos lo dice en la nota preliminar de su libro (1): «Estas páginas, obvio es decirlo, no pertenecen al género crítica literaria. Persona y obra alguna vez se acercan y en el transitorio contacto la primera se transparenta, con imantación de unidad, sobre la segunda. Más veces, desde un fondo vivido, diría respirado, avanza todavía solidario un bulto. En ocasiones una sombra cruza exenta...»

Por este extraordinario libro —que acabo de recibir en edición de bibliófilo, firmada por su autor— desfilan los más grandes escritores y poetas españoles de los últimos tiempos, desde Baroja (pasando por Unamuno, Pérez Galdós y la Pardo Bazán) hasta algunos de los más recientes: Bousño, Hierro, Valverde, etc.

Conoció a Vicente Aleixandre precisamente el día en que hizo una lectura de este libro —entonces inédito— en el Instituto Iberoamericano de Madrid. Me impresionaron estas páginas y más aún su autor, hombre bueno en el más puro sentido del vocablo, y poeta de los pies a la cabeza. Después le visité varias veces en su casa de Velingtonia, en donde era grato oírle hablar de poesía con su voz pausada y su eterna sonrisa de persona feliz y segura de su obra y de su destino.

Aleixandre nos da una viva definición de la poesía en su antología *Mis mejores poemas*: «En todas las etapas de su existir, el poeta se ha hallado convicto de que la poesía no es cuestión de fealdad o hermosura, sino de mudez o comunicación. A través de la poesía pasa prístino el latido vital que la ha hecho posible, y en este poder de transmisión está quizá el único secreto de la poesía, que —cada vez lo he ido sintiendo más firmemente— no consiste tanto en ofrecer belleza cuanto en alcanzar propagación, comunicación profunda del alma de los hombres».

Pero no es mi intención hablar aquí del poeta Vicente Aleixandre, sino del prosista que hay en él. *Los Encuentros* son, en realidad, verdaderos relámpagos de unas vidas ilustres que han escrito lo mejor de la literatura española de los últimos ochenta años. El idioma corre en este libro con entera libertad, con hermosa esbeltez. Aleixandre, artífice de lo difícil y de lo recóndito en sus versos, nos da en *Los Encuentros* una prosa tersa y limpia, salpicada por un hondo sentido del rasgo definidor, del trazo psicológico, de la pincelada biográfica.

Aleixandre dice que estos apuntes no son críticos. No lo son, en verdad, y ese es su mayor encanto. Son retratos de cuerpo entero, hechos con la maestría de los grandes pintores del Renacimiento, que fijaban en el lienzo antes que la figura corporal el alma de quienes posaban para ellos. Como una prueba de lo que acabo de afirmar, deseo extraer para el lector algunos trozos de este libro. Oigamos este párrafo de «El silencio de Pío Baroja»: «La voz sonaba casi inaudible. Se oía como interiormente, con respeto, tal un parte retransmitido desde una frontera de bruma, donde sólo un pie pisase todavía temporalidad.»

Le bastan tres líneas para definir a un personaje. Las escribe y entonces éste aparece en toda su estatura humana. El capítulo dedicado al pensador de Salamanca empieza así: «¿Cómo diremos? ¿Don Miguel de Unamuno? ¿Miguel de Unamuno? Si pensamos en él, aun hoy, vestido y calzado, como él quería sentirse después de muerto, seguirá siendo don Miguel de Unamuno.»

Nada mejor, como recuerdo y homenaje de Salinas, que estas líneas finales de su evocación: «A través de los años, en la vida se ha conocido de todo y casi por todo se ha pasado. Queda el recuerdo noble de algunos seres que dicen un límite de humanidad, un límite sereno, verdadero, donde uno se pierde, donde parece uno haberse encontrado y reconocido. Allí, tranquilo, real, Pedro Salinas.»

En las entrañables líneas que dedica a García Lorca he subrayado este párrafo: «¿Qué te duele hijo?, parecía preguntarle la luna. Me duele la tierra, la tierra y los hombres, la carne y el alma humana, la mía y la de los demás, que son uno conmigo.»

Oigámosle recordando al Alberti recién llegado a Madrid de su soleada y salada Cádiz: «Cantaba Rafael y había que oírle en tierra, en tierra precisamente, la canción que se reparte en la tierra. Un brazo de agua verde y azul había entrado en Madrid, un brazo verdadero de mar que corría por la ciudad, dividiéndola de alegría.»

Por aquí pasa la magra y trágica figura de Miguel Hernández: «Era confiado y no aguardaba daño. Creía en los hombres y esperaba en ellos. No se le apagó nunca, no, ni en el último momento, esa luz que por encima de todo, trágicamente, le hizo morir con los ojos abiertos.»

El poder de descripción es en Aleixandre magistral. Lo he comprobado en este párrafo del capítulo dedicado a José Hierro. Pinta la casa del poeta, a la que tantas veces fué en busca de amistad, de cariño y de belleza. Oigámosle: «Una callecita en un barrio menestral. Y en la ventana, un ramo de criaturas, aguardando. El niño, rubio, pintor infantil, casi rupestre, mágico. Las niñas, gozosas, volando al cuello de sus amigos grandes, que las recogíamos. Y Pepe, volador y acrecido. Mostrando sus jarras populares —barro contento de sus correrías—, hallaba todavía algo de su risa rompiente, entre la luz dorada de este Madrid de sombras...»

Hay aquí también altorrelieves en piedra, como éste de don Benito Pérez Galdós: «Debajo, la mejilla, que parecía secular, y debajo, aún, el bigote, grande, caído, con el color del basalto, tallado a recio golpe por la mano segura del tiempo, como con un inmenso escoplo.»

Completan este armonioso libro, editado en papel de hilo verjurado, preciosas ilustraciones de Joan Miró y Julio Maruri y un retrato del autor por Ricardo Zamorano. Cada capítulo viene encabezado con la reproducción de un trozo escrito por el respectivo escritor.

OSCAR ECHEVERRI MEJIA

EXPOSICIONES EN MADRID

Resulta bastante difícil hacer un resumen ponderado y objetivo de la temporada artística madrileña. Temporada importante por muchos conceptos, en la que se han afirmado una serie de valores nuevos, que en un breve período de tiempo han confirmado su personalidad, y en la que, también, otros nombres casi desconocidos, o al margen del acontecer artístico español de los últimos años, han incorporado su obra, en algunos casos, realmente importante.

Decimos que es problemático establecer un panorama general del momento artístico de España, porque si bien es cierto que en Madrid hemos tenido ocasión, en la pasada temporada, de conocer el desarrollo de la obra de los más interesantes pintores y escultores españoles de hoy, el momento estético mundial plantea una crisis muy aguda y compleja de valores plásticos y teóricos, y, por otra parte, existe un considerable número de artistas jóvenes o en período de madurez silenciosa, que hacen casi imposible considerar globalmente las tendencias y proyecciones futuras del arte español actual.

Indudablemente, la tónica general de las exposiciones de interés ha sido abstracta, de un abstractismo informalista, pero también hemos podido admirar la obra de artistas figurativos de positivo talento, vinculados con la vigorosa tradición expresionista española, tan acendrada en lo mejor de nuestra plástica pictórica y escultórica.

El que, a nuestro juicio, manifiesta de una manera más definitiva y singular su personalidad estética es el pintor Fernando Sáez, artista de jugoso y fuerte lirismo, expresado con una extraordinaria riqueza de medios plásticos, y continuador de lo más humano y hondo que ha tenido siempre la pintura española.

Otra gran pintor expresionista es José Paredes, que en su exposición del Ateneo, hoy por hoy la sala de mayor interés de Madrid, por su tónica rigurosa y valiente, se ha revelado como un excelente colorista y un dibujante para el que las cosas importan más que como son, como es su esquema expresivo.

Mignoni y Máximo de Pablo, en exposiciones colectivas, han dado prueba de la gran vitalidad de la corriente expresionista que pudiera ser el gran futuro del arte español inmediatamente posterior, cuando el informalismo, tan interesante y sugestivo hoy, agote, como todas las formas de expresión en línea de vanguardia, sus posibilidades de comunicación vital.

En esta somera reseña de lo más esencial de cuanto hemos visto durante el año artístico en Madrid, no quisiéramos omitir, también en la línea de la expresión figurativa, la obra de Genovés, muy cruda, pero llena de posibilidades, cerca de muchas cosas y, en último término, personal, y la de Dimitri Perdikidis, griego que está a gusto en España, y que en ella expone como un español más.

Las muestras de arte abstracto, preferentemente informalista, han sido numerosas tanto las colectivas como las individuales. La primera de todas, cronológicamente, la de la Galería Silo, en la que expusieron obras casi todos los artistas más representativos de la tendencia, y en la que el pintor Ricardo Montero expuso por primera vez sus telas, de excepcional calidad pictórica.

Otro pintor nuevo, riguroso y esencial, que también expuso en la misma colectiva, es Manuel Méndez, que con Canogar, Viola, Saura, Lago, Feite, Guillermo Delgado y Lucio Muñoz constituyen, sin duda, la más importante promoción joven del arte informalista español, además de Millares, preocupado por problemas de nuevos materiales, con los que expresa un mundo en crisis que tiene que encontrar una rápida solución, pues cuando el impacto estético se hace costumbre deja de tener vigencia y se convierte en manera. Y Millares es un gran artista en constante evolución.

El mismo caso es el de Saura, verdadero creador de un estado de opinión favorable al arte nuevo, que gracias a su constancia e inteligencia ha llegado a tener carta de naturaleza en España, incluso con interesantes aportaciones a la pintura de grupo, el empleo sistemático del blanco y el negro como colores básicos de la obra propia y la de sus compañeros del grupo «El Paso», detan progresistas realizaciones.

Cuatro pintoras, dos españolas —Juana Francés e Isabel Santaló—, una rumana —María Droc— y otra francesa —Nadia Werba—, expusieron en la Sala Neblí sus lienzos, verdadera sorpresa por su fuerza y personalidad.

Cuixart mostró una serie interesante de pinturas, en las que ciertos aspectos del informalismo se resolvían en un magicismo casi «Dada».

Dos pintores muy jóvenes, estudiantes de arquitectura, Simonet y Manzano, expusieron también su obra: rigurosa y personal la de uno; dúctil y espontánea la del otro. Debe tenerse en cuenta, ya que su expresión es muy peculiar.

De la gran exposición homenaje al genial escultor Julio González ya nos ocupamos a su tiempo. Otra importantísima muestra fué la de Pablo Serrano, escultor desde dentro del hierro y con una problemática forma personalísima. Como, en el polo opuesto, la tiene Jorge de Oteiza, singular ordenador del espacio inscrito en el bloque de piedra.

Y no da más de sí el espacio que nos ha sido designado para resumir un mundo tan vasto y complejo como es el del arte español de nuestros días.

MANUEL CONDE

(1) *Los Encuentros*, de Vicente Aleixandre. 200 páginas. Taller de Artes Gráficas de los Hermanos Bedia. Santander, España. Edición dirigida por Pablo Beltrán de Heredia.



estafeta

VACACIONES EN INGLATERRA. Archer's Court, Hastings. Tel. 51577. Perfección inglesa en Hastings, pueblo simpático, habitantes amables, estancia campestre, quince minutos autobús distante población y playa a dos horas tren de Londres. Pensión completa temporada verano, £ 7.7.0 (1.235 pesetas) semanal; primavera y otoño, £ 5.5.0 (882 pesetas) semanal. Dormitorio salón descanso, agua corriente caliente y fría. Biblioteca. Jardines, arboleda, extensos. Escriban vuelta correo. Con autorización de las autoridades locales de Educación de Hastings, facilitamos también entrenamiento de Secretariado Comercial para estudiantes, a precios reducidos.

JACQUES COMBALUZIER. 2054, Rue St. Germain. Montreal (Canadá).—Joven francés, residiendo en el Canadá, desea correspondencia en español con señoritas de veinte a treinta años.

CLUB INTERNACIONAL DE AMIGOS. Subdirector para Europa, Juan Canela Rovira. Sepúlveda, 21. Barcelona (15). España.—Facilitará sus deseos de mantener correspondencia con jóvenes o señoritas de cualquier parte del mundo, en cualquier idioma. Si usted desea intercambio de sellos, monedas, postales, banderines, revistas, periódicos, discos, etcétera, etc., escribame. Le atenderé con muchísimo gusto. Invito a entidades similares de cualquier país a que me escriban, para efectuar un cambio de impresiones.

RAFAEL LLERENA MENDEZ. Calzada de Guanabacoa, 68. Reparto, Vista Alegre, Colorro, La Habana (Cuba).—Desea mantener correspondencia con lectores de uno y otro sexo, de cualquier parte del mundo para intercambiar sellos, postales, libros.

FERNANDO LUIS MORALES. P. O. Box, 148. Coamo (Puerto Rico).—Universitario. Veintisiete años. Desea correspondencia con personas de uno y otro sexo, con fines culturales, de cualquier parte del mundo, en español o inglés.

ELADIO MATIENZO BLANCO. San José, 18. Jesús del Monte (Cuba).—Desea cambiar tarjetas postales de cualquier país del mundo.

JUAN VALLS ESTRUCH. Marqués de Sentmenat, 20. Barcelona.—Desea intercambio de sellos de todo el mundo.

MARIO SILVA. Calle 1, núm. 259. Vedado. La Habana (Cuba).—Solicita intercambio de sellos con personas de todos los países.

ARLES TANGARIFE. Carrera 11, números 11-12. Popayán (Colombia).—Desea correspondencia con muchachas españolas de quince a dieciocho años, estudiantes de bachillerato.

STELLA SALINAS e INEZ MORENO. Carrera 13, núm. 14-69. Bogotá (Colombia).—Desean correspondencia con muchachos de diecisiete a veinte años.

ELIZABETH RAMOS, GRACIELA ROZAS, ESPERANZA ORTEGA y GRACIELA PENAGOS. Carrera 13, números 14-69. Bogotá (Colombia).—Desean correspondencia con jóvenes de veinte a veintitrés años.

NILCE MATTES. Portán S. S. do Cai. Rio Grande do Sul (Brasil).—Desea co-

BLANCA ALMAGRO. Calle Bogler, 145. Zaragoza.—Desea correspondencia con muchachos de veinte a treinta años, de cualquier país del mundo, en castellano.

ELENA SANCHEZ RODRIGUEZ y DOMINGO SANCHEZ RODRIGUEZ. Apartado 50. Arrecife (Canarias).—Desean correspondencia con jóvenes de habla española.

JUAN A. BILICICH. Wheelwright Santa Fe. (República Argentina).—Desea canjear sellos de todos los países.

JUSTO ORTEGA. Casilla de correos, 293. San Rafael, Mendoza (República Argentina).—Español residente en Argentina. Comerciante. Desea correspondencia con personas cultas, de cualquier país, en español, con personas que deseen prácticas y aprender este idioma.

ARNO MARTIN. Caixa Postal, 630. Blumenau, Santa Catarina.—Desea intercambio de sellos de cualquier país de América o Europa Central por los de Brasil u otros.

LILIANA ADAMO. Balcarré, 571. Rosario (República Argentina).—Desea correspondencia con un muchacho de cualquier país del mundo, en francés o español.

FERNANDA y MERCEDES JACOVILLA. México, 1320. Buenos Aires (República Argentina).—Estudiantes, de diecisiete y trece años, desean intercambio de revistas, sellos, postales, etc., con jóvenes, en español, italiano o inglés.

SERGIO MARQUES NAVARRO. Rubi Libero Badaró, 595, 2.º andar S/208. Sao Paulo (Brasil).—Desea correspondencia en castellano o portugués sobre Historia de España, sus personajes célebres, su música, folklore, religión, etc.

KENNETH MANLEY. Poste Restante. Toronto, Ontario (Canadá).—Soltero, treinta y tres años, desea correspondencia con señorita española.

LUIS FERRE-CASAS. Urgel, 95. Barcelona.—Solicita correspondencia en español, francés o inglés, con señoritas de dieciocho a veintitrés años, de elevada cultura y cualquier nacionalidad.

JUAN F. HOLGADO CARRASCO. Virgen de la Peña, 9. Barrio de la Concepción. Madrid.—Desea correspondencia con muchachas de dieciséis a veintitrés años, para intercambio de ideas sobre costumbres, arte, cultura, etc. Así como intercambio de sellos de todos los países.

JOSE MARIA MEDINA DEL CERRO. Madera, 31. Madrid.—Desea correspondencia con jóvenes de todo el mundo, en inglés, francés y español.

JOSE SIRVENT. Castellón, 8. Elda (Alicante).—Desea correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo, de catorce a dieciséis años, para intercambio de sellos, postales, revistas, etc.

EULALIA ZABALA. Castelló, 48. Madrid.—Desearía intercambio de co-

COMMODORE

PLAZA DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

El Restaurant famoso

MADRID

MARUCHI JIMENEZ. Sanatorio de Valdelatas, Fuencarral (Madrid).—Desea mantener correspondencia con personas de todo el mundo.

AMELIA INES DURANTE. Colonia, número 61. Buenos Aires (República Argentina).—Desea mantener correspondencia con amigos de todo el mundo en español, inglés, francés o portugués.

JOSE CARMINDO. Ospinho. Praia (Portugal).—Desea correspondencia con jóvenes, para intercambio de ideas culturales.

RONALDO DEMETRIO. Rua Barao de Cotegipe, 594. Apartado 101. Río de Janeiro (Brasil).—Desea correspondencia con jóvenes de cualquier nacionalidad.

Desea relacionarse con filatélicos interesados en sellos cubanos, vía aérea, **ANTONIO FERNANDEZ.** Sol, 61. La Habana (Cuba).

CARLOS LOPEZ RODRIGUEZ. Meléndez Valdés, 43. Madrid (15). España. Envíe 50 sellos de Cuba y recibirá la misma cantidad de España y Colonias.

ANTONIO GARCIA OSMÁ. León Leal, 8. Cáceres (España). Desea intercambio de sellos.

Está a la venta en **CASA GALVEZ.** Príncipe, 1. Madrid (España), el mejor catálogo de sellos de correos de España. Edición limitada.

respondencia con jóvenes, en portugués, alemán o castellano.

Mlle. GLAYE RACINE. St. Jean de Orleans. Cte. Montmorency. P. Quebec (Canadá).—Desea correspondencia con un estudiante español de diecinueve a veintidós años, en francés.

LOUISE MASIEPY. 432-24 Rue Saint Paul Apotpe. Quebec, 3 (Canadá).—Desea correspondencia con muchachos y muchachas españolas, católicos, para intercambio de sellos, postales. Sus aficiones son la música y el deporte.

CECILIA GUTIERREZ. Casilla 20. Chillan (Chile).—Desea mantener correspondencia, con fines culturales, con jóvenes estudiantes españoles, de dieciséis a veintidós años.

PEDRO EMILIO SANZ SANCHEZ. Concepción Arenal, 50. El Ferrol del Caudillo.—Solicita intercambio de revistas, periódicos y tarjetas postales.

LEILA MAYA. Almafuer, 311. San Rafael, Mendoza (República Argentina).—Estudiante, diecisiete años. Desea correspondencia con jóvenes de uno y otro sexo, en castellano o inglés, de cualquier nacionalidad.

ALFONSO GARCIA. Apartado 12.016. Madrid.—Desea correspondencia con personas de habla española, radicados en países extranjeros, especialmente Inglaterra.

LUIS RODRIGUEZ GONZALEZ. Academia de Especialistas. P. C. T. El Pardo (Madrid).—Desea correspondencia con señoritas de cualquier país del mundo, de diecisiete a diecinueve años, en español, francés, portugués o inglés.

M. LOPEZ GONZALEZ. General Aranda, 13. Mérida (Badajoz).—Desea intercambio de sellos.

DOLORES SANCHEZ LASSO. Apartado 22. Arrecife de Lanzarote (Canarias).—Desea correspondencia con jóvenes de veinte a treinta años, de cualquier nacionalidad.

EDITH BOURCIER. 19 Rue Beauchemin. Cap de la Madeleine, P. Q. (Canadá).—Desea mantener correspondencia con muchachos y muchachas de unos veinticinco años, español, que hable el francés.

ANTONIO APARICIO MATA y JOSE MARIA BILBAO SUSAETA. III Tercio Sahariano Don Juan de Austria. Primera Oficina de Mando. Aaiun (Africa Occidental Española).—Desean correspondencia con señoritas de dieciocho a treinta años, de cualquier país, rogando envío de fotografías.

MARIA CRISTINA MALENA. Rodríguez Peña, 369. Banfield, Provincia de Buenos Aires (República Argentina).—Desea correspondencia con estudiantes universitarios de todo el mundo.

respondencia con persona seria, en francés o italiano, para intercambio de cultura literaria y de sellos.

GEORGE GAY. Poste Restante 2.170.126. San Juan, 3196. Buenos Aires (República Argentina).—37 years old, wishes to have correspondence in Spanish or English with people from North America.

Desea series completas de sellos sobre Etnografía y Folklore, Navegantes y Exploradores. Tengo de Angola, Mozambique y Portugal. Escribir: **JUAN PEREIRA ANTUNES.** Caixa Postal, 123. Benguela (Angola).

MUNCHY ANTON MUÑOZ. Espronceda, 20. Madrid.—Desea correspondencia con persona de treinta a cuarenta años, en francés, inglés o portugués, con fines literarios y filatélicos.

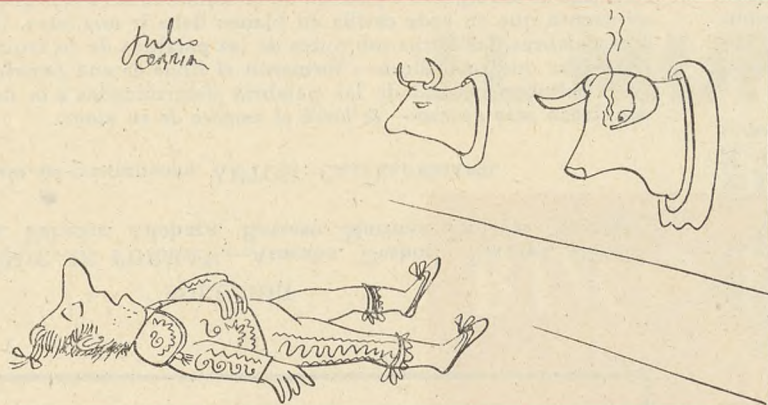
NARDO J. TOYOS. Paysandú, 1174. Buenos Aires (República Argentina).—Desea mantener correspondencia con personas de cualquier país, para intercambio de sellos.

BEATRICE WALZ. Saarbrücken, 3. Heinestrasse, 7. Alemania.—De veintidós años. Piensa viajar a España el año próximo, desea conocer jóvenes españoles para intercambio de ideas, costumbres, etcétera. Escribir en alemán, francés o inglés.

HUMOR por Julio CEBRIAN



—Qué Don Alberto ¿A por una entrada para los toros?



Revista de revistas

Crónicas de la UNESCO

Volumen 6.º, abril 1960.

Informa este número acerca de la celebración del aniversario de personalidades eminentes, entre las que se cuentan el brasileño Pedro Lessa, el jurista Clovis Bevilacqua y el compositor español Isaac Albéniz. También son interesantes en este número las referencias a la educación en Hispanoamérica y la participación de las sociedades en la vida política.

El Correo de la UNESCO

Julio-agosto 1960.

Este número, especialmente dedicado a las actividades científicas en los mares, informa igualmente sobre un plan de construcción de escuelas en México, y otros proyectos científicos y humanistas del máximo interés.

Est & Ouest

15 de julio de 1960.

Esta interesante revista, órgano de la Asociación de Estudios y de Informaciones Políticas Internacionales, publica un interesante artículo sobre el comunismo en Venezuela y otras informaciones internacionales sobre diferentes países de Hispanoamérica.

Oriente Europeo

Números 37 y 38, junio de 1960.

Contiene este número importantes estudios de Jorge Uscatescu, José Ciecker y el reverendo Padre Santiago García Lomas, sobre distintos aspectos de la evolución del comunismo y el cristianismo en los países satélites.

Impact, science et société

Volumen 10, número 3.

Contiene este número interesantes artículos sobre investigación científica y tendencias actuales de la política de los Estados Unidos en estas materias.

Cuadernos Hispano Americanos

Número 127, julio de 1960.

Contiene este número una interesante colección de poemas del periodista cubano Gastón Vaquero y un importante estudio de Juan Beneyto sobre el tema «Grupos generacionales en Hispanoamérica», además de las habituales secciones de arte y pensamientos, brújula de actualidad y sección bibliográfica.

Financial News Survey

Número 48, junio de 1960.

Publica este número, entre otras informaciones de interés, datos sobre la industria argentífera en México, la política económica colombiana, las inversiones extranjeras en Chile y las relaciones de Guatemala con el Fondo Monetario Internacional.

Way

Revista de la Asamblea Mundial de la Juventud, junio de 1960.

Aparece en sus páginas información de interés relacionada con la Vicepresidencia de la Asamblea, la cual desempeña el argentino José Antonelli; relaciones de la «Way» con la República Dominicana y la solicitud de ayuda para Chile, que realiza esta organización internacional.

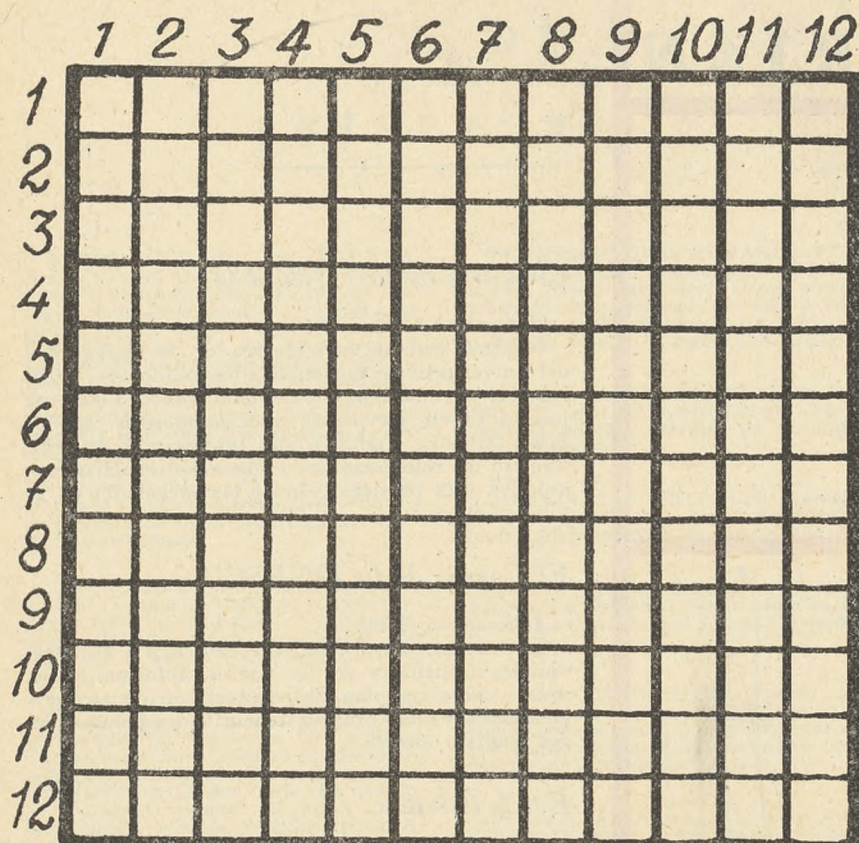
Fomento de la producción

Barcelona, agosto de 1960.

Entre otros reportajes e informaciones reproduce un comunicado sobre el cultivo del algodón en la Argentina.

CRUCIGRAMA BLANCO

(Al resolverlo hay que ir poniendo también los cuadros negros)



HORIZONTALES.—1: Rosal silvestre, de flores encarnadas y fruto medicinal.—2: Antigua ciudad de la Bética, que, según se supone, estuvo situada cerca de Granada. Indicio.—3: Hollaremos. Forma del pronombre.—4: Sigla comercial. Cierta enfermedad. Río español.—5: Enajenada. Nombre de letra. Que sucede una vez al año.—6: Llamarada. Molusco gasterópodo.—7: Punto cardinal. Intentara. Río de Alemania.—8: Taco de billar corto. Conjunto de hilos que, enlazados con la urdimbre, forman una tela.—9: Instrumento músico de viento. Vocal. Número.—10: Aborrece. Aumentóse en subasta el precio puesto a una cosa.—11: Dinastía de príncipes búlgaros. Temperatura elevada. Consonante.—12: Cifra romana. En sentido figurado, sabia.

VERTICALES.—1: Que contiene yeso. Contracción.—2: Unido. Composiciones poéticas en que se repite parte de un vocablo, o un vocablo entero, para formar nuevas palabras.—3: Lirio. Consumidas.—4: Batea de madera usada en Filipinas para lavar la ropa. Planta de flores violáceas, que nace entre las peñas y despiden un olor fuerte y nauseabundo.—5: Clase social que forman los empleados públicos. Cincuenta.—6: Agitaron las alas. Símbolo químico del cobalto.—7: Serie de descendientes de una familia. Otorga. Distrito de Méjico.—8: Cifra romana. Vocal. Río de Holanda. Consonante. Isla del Océano Artico en la costa norte de Noruega.—9: Ciudad de Alemania. Trozo de melocotón secado al aire y al sol.—10: Nota. Afilada, delgada. Juego de niños.—11: Echásemos de menos con melancolía a alguna persona amada. Ciento.—12: Arrasara. Cuadro de tierra en que el hortelano cultiva verduras.

SOLUCION
HORIZONTALES (la X significa cuadro negro).—1: Galabardera. X. 2: Ulpula. X. Señal. 3: Pisaremos. X. Os. 4: Sa. X. Gota. X. Ebro. 5: Ida. X. Ce. X. X. Anual. 6: Fogarada. X. Isa. 7: E. X. Osa. X. Oder. 8: Retaco. X. Trama. 9: Ocarina. X. E. X. O. X. 10: X. Oda. X. Pujóse. 11: Asán. X. Calor. X. R. 12: L. X. X. Salomónica.
VERTICALES (la X significa cuadro negro).—1: Gipsífero. X. Al. 2: Alia. do. X. Ecos. X. 3: Lis. X. Agotadas. 4: Apag. X. Asarina. 5: Burocracia. X. L. 6: Aletheon. X. Co. 7: Rama. X. Da. X. Apam. 8: D. X. O. X. AA. X. T. X. Uco. 9: Essen. X. Orejón. 10: Re. X. Buda. X. Or. 11: Añoa. semos. X. C. 12: X. Asolara. X. Era.

JEROGLIFICO



¿Cómo está Juan de la tos?

SOLUCION.—La tiene acentuada.

Pasatiempos

por PEDRO OCON DE ORO

TRANSFUSION DE LETRAS

(PATENTADO)

T	E	C	L	A	A	A	A	B
H	O	G	A	R	D	E	S	
V	E	N	A	S		I	S	D
P	I	T	O	S		I		O
D	E	B	E	R		A		M
L	A	N	C	E	P	E		L
F	U	R	I	A		A	B	L
B	A	S	T	O	A	D		A
T	I	R	O	S	R	E		A
M	I	R	A	S		A		N
N	I	Ñ	A	S	P	E		C
A	N	S	A	R	G			A
M	E	D	I	O	L		N	R

MODO DE RESOLVERLO.—Complétense las palabras de la derecha, tomando de la respectiva palabra de la izquierda las letras que faltan y teniendo en cuenta que en cada casilla en blanco debe ir una letra. Una vez formadas esas palabras, las letras sobrantes de las palabras de la izquierda —deben tacharse las que se utilicen— formarán el título de una famosa obra literaria, y en la columna central de las palabras determinadas a la derecha —señalada con trazo más grueso— se leerá el nombre de su autor.

OBRA: El genio del cristianismo. AUTOR: CHATEAUBRIAND.

PALABRAS QUE SE FORMAN.—Atacaba. Deshora. Visados. Pistola. Baremos. Penales. Fábula. Retraso. Marinas. Pehasco. Granada. Lindero.

SOLUCION

THERR

¡4.000 modelos de christmas!

Felicitaciones, tarjetas, postales típicas españolas a todo color, bordadas a mano, etc.

La Casa más surtida de España

Fábrica: Velázquez, 124 - MADRID-6



4

**PALABRAS
QUE
SIGNIFICAN
BUEN
CREDITO
EN TODO
EL MUNDO**

BANCO EXTERIOR DE ESPAÑA

CAPITAL Y RESERVAS: Ptas. 875.000.000

*Un Banco especializado
en exportaciones
e importaciones,
y con una experiencia
internacionalmente
reconocida.*





Aceite de oliva español...

GARANTIA DE CALIDAD

El salmón frío y la mayonesa adquieren máxima succulencia preparados con aceite puro de oliva de España. Solicite recetario a la dirección que se indica:

INSTITUTO PARA LA PROPAGANDA EXTERIOR DE LOS PRODUCTOS DEL OLIVAR
ESPAÑOLETEO, 19 • MADRID - 4 (ESPAÑA)